



*Mentiras*

**PELIGROSAS**

*Hugo Sanz*

*Mentiras*  
**PELIGROSAS**

*Hugo Sanz*

Primera edición.

Mentiras peligrosas

Hugo Sanz

©Febrero, 2021

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

## ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Epílogo](#)

# Capítulo 1



No entendía demasiado bien aquella fiesta, pero la pasión que le ponían los sevillanos era para mí digna de admirar.

Acababa de aterrizar en Sevilla justo en Domingo de Ramos. Podía haber ido una semana más tarde, que era cuando comenzaba mi máster en Publicidad, pero pensé que de hacerlo antes mataba dos pájaros de un tiro; me iba familiarizando con el lugar donde iba a vivir un año y conocía aquella fiesta que tanto fervor despertaba.

—Idaira este es Juan—me dijo mi amiga Alexia y él se quedó mudo.

—Joder, Alexia, ya podías haberme avisado de que había llegado.

—Claro, y entonces te hubieras presentado más en condiciones, ¿no? Pues digo que será mejor que ella se vaya familiarizando con lo que hay, tú te paseas en gayumbos por la casa; punto redondo.

Pensé que, dentro de lo malo, mientras no lo hiciera con sus vergüenzas al aire, todo iría bien, aunque aquel cuerpazo bien digno de admirar que era. Anda que no estaba bien terminado ni nada el niño.

—No te preocupes, no pasa nada.

—Ya, miarma, pero es que un poquillo de apuro sí que le da a uno, entiéndeme.

La primera vez que escuchaba un “miarma” de aquellos en vivo y en directo. Siempre me había resultado muy simpática aquella expresión que yo misma estaba dispuesta a adoptar.

—Nada, nada, tranquilo.

—Ok, vale. Por cierto, vaya nombre más bonito, Idaira, es fuerte y musical.

—Sí, y canario también.

—¿Eres canaria? Mira que yo creía que venías del norte.

—Y vengo y vengo. De Asturias concretamente, de Gijón, pero lo que llevo allí son tres años. Antes he vivido en Madrid, en Huesca, en Cáceres y en Alicante, de ahí el batiburrillo de acentos que traigo.

—Niña, pero si tú te has movido más que los precios, ¿y eso?

—Por cuestiones de trabajo de mi padre, que nos hemos visto obligados a ir de allá para acá toda la vida, con la casa a cuestas.

—Ya veo, ya, como los caracoles, ¿no?

—Algo así. —Me eché a reír, aunque ni pizca de gracia que me hicieron algunos de esos movimientos en su momento.

Bastaba que estuviéramos asentados en una ciudad para que tocara coger carretera y manta. Y claro, así no había quien echara raíces. Lo mismo pasaba con las amistades, con los novietes... Ni ilusión me hacía emparejarme porque sabía que en cuestión de un par de años ya estábamos cogiendo el pescante.

Ahora por fin había ganado aquella beca, concedida por una prestigiosa entidad financiera, y mis

padres no tuvieron voz ni voto en mi decisión. A mis veintitrés añitos, me vi con la potestad de hacer lo que me viniera en gana que, en ese caso, como no podía ser de otra manera, se trató de aceptarla e irme a vivir a la capital andaluza.

A Alexia la había conocido en Gijón y su caso era similar al mío. Cursábamos el segundo curso de la carrera cuando hubo de trasladarse a vivir a Sevilla. Cuál no sería mi sorpresa cuando, una vez asignada la beca, me comunicaron que mi destino era la ciudad de la Torre del Oro, ni más ni menos, por lo que acabaríamos juntas.

Juan se metió para su cuarto, y es que tampoco era plan de desayunar de esa guisa, por mucho que yo lo hubiera disculpado por completo.

—A este ni caso. Muy inteligente y todo lo que tú quieras, pero está sonado perdido.

—¿Y eso?

—Pues que se las lleva a todas de calle y va poniendo su semillita de flor en flor, como las abejas. ¿Me explico?

—¿Ha dejado embarazada a alguna? —Me llevé las manos a la cabeza porque ese tipo de cosas no me cabían en ella.

—No, mujer, tampoco me refiero a poner tanto, tanto la semillita; pero que va regando con su esplendor media Sevilla, leñe.

—Vale, vale, tomo nota mental. Juan a un mínimo de cincuenta metros de distancia, ¿es así?

—Yo diría que por lo menos cien, por mayor seguridad tuya, pero tú misma.

Alexia hizo un juegucito con sus dedos, uniendo dos como si se fueran a dar un beso y abortando misión en el último momento, negando con ellos.

—Lo capto, tranqui. Oye una cosa, es mayor que nosotras, ¿no?

—Sí, sí, como te digo una cosa te digo otra; el tío es un cerebritito y está terminando su segunda ingeniería. Su familia tiene tela de pasta y él ha aprovechado para formarse de narices. Está en su último año y ya tiene ofertas de trabajo. Eso sí, va para los treinta, de modo que le vendrá genial.

—Toma ya, eso quisiéramos las demás, ¿verdad?

—Sí. Yo ahora estoy con los cursos de Marketing, un poco quemada ya de tantos años de estudio, ¿tú no?

—No creas, a mí estudiar no me pesa. Por cierto, ¿cómo has logrado quitarte a tus padres de encima?

Me alegraba que mi amiga por fin gozara de algo de independencia, lo mismo que yo.

—Pues porque a mi padre hace unos meses lo destinaron a Granada y yo dije que ya me plantaba, que no quería dar más vueltas, que llevábamos toda la vida que parecíamos una peonza. Eso por no mencionar a Nacho.

—¿A Nacho? ¿Quién es Nacho?

—Mi novio, estoy enamorada, tanto que me duele la patata, amiga. —Señaló a su corazón y yo la abracé.

—No veas lo que me alegro por ti, condenada. Bien calladito que lo tenías, ¿eh?

—Es que te lo quería contar en persona. Ya lo conocerás; es tan guapo y tan gracioso, y tiene un don gentes, y...

—¿Y un amigo aparente? ¿No tiene un amigo aparente? —le pregunté con cierta efusividad.

—No creas que no, que todavía pulula por ahí alguno al que no le han echado el guante.

—Pero mira que no vaya a tener ninguna tara, ¿eh?

Estaba de broma, aunque lo cierto era que hacía ya un tiempo que no le hincaba el diente a ninguno y tampoco estaría de más que le diera una alegría a mi cuerpo serrano.

Aunque para cuerpo serrano el de Juan, que salió ya vestido de persona humana y deliciosamente perfumado.

—¡Qué bien hueles! —exclamé porque me salió del alma. —¿Qué perfume es?

—Es mi aroma natural, preciosa—me soltó como quien lava y no enjuaga.

—Y un jamón con chorreras, amiga, que este, cuando viene de correr, huele a queso de Cabrales, como todo hijo de vecino.

Yo no recordaba a Alexia tan suelta. Bien se veía que su estancia en Sevilla y, sobre todo en aquel piso de estudiantes, le había dado mogollón de tablas.

El piso en sí estaba perfectamente situado, en las cercanías de la calle Sierpes, en todo el centro de Sevilla. Se trataba de un edificio histórico, cien por cien rehabilitado, y cada uno de sus cuatro dormitorios contaba con un amplio ventanal a la calle por el que entraba el sol a raudales.

Sus dos cuartos de baño, amplios y con ventana al exterior, por lo que permitían una perfecta ventilación, nos permitían utilizarlos por parejas. Allí viviríamos nosotras dos con Juan y Lolo, a quien yo todavía no conocía, pues se había ido a pasar la Semana Santa a su pueblo, Carmona.

La cocina era enorme y muy, muy confortable, con una zona de office en la que daba gusto sentarse

a departir animadamente. Eso me hacía sospechar que se convertiría en el punto de reunión por excelencia de la casa.

Finalmente estaba el salón, con unas dimensiones igualmente considerables, en el que había un par de buenos sofás y una televisión de mogollón de pulgadas en la que ya me veía yo disfrutando de mis series de Netflix.

Matizo, no sabía si me veía o no, porque era la primera vez que vivía en un piso de estudiantes e ignoraba por completo cómo nos pondríamos de acuerdo para ese tipo de cosas. Fuera como fuese, ¿qué más daba? Si no había consenso, con meterme en mi dormitorio y verlas en el ordenador o en la Tablet, tendría bastante.

He dicho finalmente el salón, pero no, me olvidaba de la joya de la corona de la casa; su formidable terraza.

Aunque ya la había visto por fotos y vídeo, que Alexia me había enviado antes de mi llegada, la terraza superó con creces todas mis expectativas. Espaciosa y soleada, invitaba a estudiar allí, o más bien lo pedía a gritos.

—¡¡Esto es vida!! —chillé cuando me vi en ella.

—Sí que lo es. ¿Te puedes imaginar las fiestukis que nos hemos marcado aquí?

—Me imagino, me imagino... Es que es una cucada, así que hay que añadir, ¡y las que nos vamos a marcar!

No era que yo hubiese ido a Sevilla a emborracharme como un piojo todos los días ni a hacer vida de niñata, que eso ya me quedaba un poco lejos, pero sí que tenía ganas de marcha. Y pensar en alguna de esas fiestas era algo que me daba vidilla.

—Eso díselo a Juan, que es el *number one* de los fiesteros y te va a preparar una de bienvenida que se va a cagar la perra. Con decirte que, en alguna ocasión, hasta una piscina de esas hinchable

ha colocado y hemos terminado todos a remojo como los garbanzos.

—¿Qué me dices? Pues sí que se da trazas el tío entonces...

—No lo sabes tú bien, guapi. Es lo nunca visto para esas cosas.

—¿Y el otro chico?

—¿Lolo?

—Sí, aquí no vive nadie más, ¿no? A ver si me has dado coba y este es un piso como esos de los chinos, en los que entras y te vienes a encontrar como unos mil pares de zapatos en la puerta.

—¿Te imaginas? No, mujer, eso no, tranquila.

—Vale, vale, porque yo ya sí que me imagino cualquier cosa.

—No, digamos que Lolo y Juan son la noche y el día.

—Entiendo, o sea que Lolo no es de ir repartiendo la alegría a chorros, ¿no?

—Qué va, Juan le llama “el cenizo”, con eso te lo digo todo.

—¿“El cenizo”? Pues sí que pinta bien la cosa, chica.

—Un poco pájaro de mal agüero sí que es, lo que pasa es que el otro también es más exagerado que el cine.

Diversión no me iba a faltar en aquel piso, eso ya lo veía yo venir.

Me instalé en mi cuarto que estaba un poco, cómo decirlo, desangelado.

—Parece un hospital robado—le indiqué a mi amiga cuando hube terminado de colocar mis cosas.

—Un poquillo desangelado sí que está, pero esto lo ponemos tú y yo en nada que es una monería, ya lo verás.

—Tienes razón. De hecho, tengo que poner fotos. Vamos a hacernos el primer selfie tú y yo y la llevo a revelar.

—Venga, vámonos que nos vamos...

—Mírala qué flamenca ella.

Anonadada me tenía mi amiga, con lo apocadita que había sido tiempo atrás.

Posamos las dos para el selfie y... justo en el momento en el que disparaba, Juan que llegó por detrás y se coló, sacando además la lengua.

—Serás chupacámaras—le dije dándome la vuelta.

—No vayas a decir que no mejoro la foto, porque no cuela.

—Oye, tú tienes la cara muy dura, ¿no?

—No lo sabes tú muy bien, como el marmolillo la tiene este, te lo digo yo de buena tinta.

Mi amiga decía que lo tenía calado y se veía que así era.

—Alexa, cállate un poquito y prepara una paella para comer, *please*.

—Muy gracioso, ya salió el chiste.

—Anda, que me he vuelto a equivocar, ¿tú no eres esa Alexa?

Dado el parecido de los nombres, Juan la estaba cargando con la guasita del sistema operativo, dándole órdenes.

—Sí, sí, soy y como sigas así voy a hacer que la tapa del piano te pille los cataplínes.

—Joder, qué burra eres, menos mal que no tenemos piano. Me duele solo de pensarlo.

—Pues déjate ya de tonterías y arreando que es gerundio...

Juan salió de mi cuarto y, antes de hacerlo, me dedicó una última miradilla.

—Cuidado con este, te lo repito, que muerde.

En ese instante caí en una vecina de mi abuela Maruja que tenía un original azulejo en la fachada de su casa en el que ponía “Cuidado con la dueña, es más cabrona que el perro”.

Se lo conté a mi amiga y las dos nos reímos juntas.

—Pues tú igual, ponlo en un letrero en la puerta y no se te ocurra bajar la guardia.

—Joder, solo me falta que me digas que no puedo mojarme ni alimentarme después de medianoche, como el Mogwai de los Gremlins, vaya percal...

## Capítulo 2



A eso de las siete de la tarde salimos a la calle.

—“*Es un domingo de Ramos, cuando suenan los tambores...*”—Se escuchaba cantar en la calle.

Para mí el ambiente, aparte de tradicional, era de lo más pintoresco, pues nunca había tenido la posibilidad de vivirlo de cerca.

—Vas a flipar con la Carrera Oficial—me iba contando Alexia.

—¿Con la carrera? ¿Es que los pasos van corriendo? Qué alucine.

Me imaginé la escena, que no entendía demasiado bien.

—No mujer, la Carrera Oficial es el camino que recorren, no me seas palurda.

—¿Y yo qué sé? ¿Es que acaso he estado alguna vez aquí? Mira, si te digo la verdad, a mí lo de los penitentes me impone un poco.

—Eso lo puedo entender, a mí todavía me dan algo de yuyu, y más desde que hicieron la peli aquella tan polémica, ¿te acuerdas? En la que se lía parda y todo el mundo tiene que salir corriendo. ¿Cómo se llamaba? Ah, sí, “Nadie conoce a nadie”.

—Mira, cállate, ni me lo recuerdes, que yo prefiero que me coja un toro de Miura antes que salir

volando con los tacones.

Alexia y yo habíamos salido de punta en blanco. Ella iba a encontrarse con Nacho y su pandilla, a los que me presentaría, y yo quería ir monísima de la muerte, que para algo era una fecha señalada. Y aunque no lo hubiera sido, que a mí me gustaba un trapito más que a un tonto un lápiz.

El problema también estaba en avanzar por aquellas calles abarrotadas.

—Señora, cuidado, que me ha dado un pisotón tremendo, por Dios—se quejó Alexia, y a mí me estaba dando un poco de ansiedad la situación.

Nos habíamos quedado encajonadas en una esquina y no veíamos manera de salir de allí.

—Niña, un poquito de consideración, que aquí somos muchos y es normal que nos pisemos, tampoco hay que ponerse así.

—Ea, pues nada, si lo tiene usted a bien, cuando le parezca, me da otro...

—Pues lo mismo te toca, sí, y al mal tiempo, buena cara, niña...

—Eso, eso, usted me deja el pie como un Tranchete y yo le rio la gracia.

—Será insolente, la niña...

—Y dale, que no soy una niña, ¿o es que no tiene usted ojos en la cara?

Le dije a Alexia que se callara, no fuera ella a terminar con uno de los ojos de su cara, precisamente, a la virulé, porque estaba visto que todo podía pasar entre tantísimo gentío.

Permanecimos atrapadas una media hora antes de poder echar un paso, y yo sentía que lo pies, de

estar así paradas como pasmarotes, me ardían.

—Yo no sé si ha sido muy buena idea ponerme estos zapatos. Te juro por la gloria de mi tío abuelo que no siento las piernas, como Rambo.

—Pues ya te vas a tener que aguantar porque, como te podrás imaginar, por aquí no va a pasar el autobús.

El autobús o la guagua, como lo llamábamos en Canarias... No, no parecía que fuera a venir ninguno a nuestro rescate. Ya podía yo echarle gracia al asunto, porque nos quedaba tela del telón por delante.

Por fin, en un momento dado, pudimos echar a andar y la multitud se dispersó un poco.

—No me tiro al suelo a besarlo como el papa porque, de lo que me duelen las piernas, sería luego incapaz de levantarme, que si no...

—Tranquila, ya llegamos... Verás, que vamos a ir a un sitito que te va a encantar, ponen unos boquerones en vinagre que están para chuparse los dedos.

Los dedos, pero los de los pies, los tenía yo a estallar. Sentía como palpitaciones en todos ellos y me los imaginaba como en los dibujitos animados, extendiéndose y contrayéndose al quitarme los zapatos.

Hablando de zapatos, los que yo llevaba, aunque me esté mal decirlo, eran una preciosidad en azul eléctrico, de charol y brillantes, que combiné con un traje de chaqueta de estilo Chanel que era una monería, jaspeado en tonos verdes y blancos.

Su corta falda, rematada con unos simpáticos flequitos, igual que las mangas de la chaqueta, dejaba mis piernas al aire, lo que no pasó desapercibido para más de uno de los viandantes que, con todo el salero del mundo, me echó algún que otro piropo.

—Mira la tía, que está triunfando como la Coca-Cola, si lo sé, me pongo yo también una falda de esas—me dijo mi amiga.

—Como que vas tú mal con las narices, tampoco te han dicho cosas ni echado miradas, guapa—le contesté.

—¿Quién le ha echado miradas a mi chica?

Entre que ella estaba empanada y que yo no lo conocía, nos habíamos topado con Nacho sin darnos cuenta.

—Pues más de uno y más de dos, así que deberías hacerle de guardaespaldas. Yo soy Idaira y tú debes ser...

—El bombonazo de Nacho, ese es—se apresuró a decir mi amiga mientras se fundía en un besazo de cine con él.

Hacían una pareja de lo más bonita. Altos y espigados, parecían dos modelos de esos de los anuncios. Si me los imaginaba tumbados, tomando el sol en alta mar, bien podrían protagonizar uno de esos de los perfumes con los que nos atosigan en todas las campañas navideñas.

—Pues ya lo ha dicho ella todo. No sé si soy o no bombonazo, pero Nacho sí. Ven, que te presento a mis amigos.

Simpático se veía aquel sevillano. A ver si caía la breva y tenía algún amiguete que también mereciera la pena, que ya me estaban entrando a mí ganas de que me dieran algún que otro arrechucho (por decirlo de un modo suave).

Resumo un poco el tema; David, el estirado de turno, que me miró por encima del hombro por alguna extraña razón que todavía no acierto a comprender; Fede, con el que me partí de la risa

porque tenía un extraño tic nervioso que se asemejaba bastante al hipo y que no le permitía estarse quieto ni un momento; Javi, tímido hasta decir basta, su cara alcanzó todas las tonalidades entre el rojo y el granate al darme dos besos; y Bony, que no sabía yo de dónde provenía semejante diminutivo. Me quedé fría cuando el chaval me dijo que se llamaba Bonifacio, pues no me había encontrado a nadie llamado así en mi vida.

De todos ellos, el que parecía partir el bacalao era precisamente él, y no porque tuviera afán de notoriedad ni porque fuera otro engreído como David, sino porque el chaval parecía tener dotes de líder nato. Eso sí, a diferencia de Juan, mi compi de piso, no era ni mucho menos un tunante, o no me lo parecía a mí.

A mi entender, Bony era un chaval formal, pero llamaba la atención de aquellos que lo rodeaban. Y no tanto por su físico, que no era tan llamativo como el de Juan o el de Nacho, como por su forma de ser.

—Me he quedado loca con tu nombre, no estoy muy familiarizada con él, la verdad—le comenté en cuanto nos quedamos a solas.

—Yo sí que me he quedado loco con el tuyo, y no por raro, sino por bonito.

Su expresión me vino a indicar que no solo era mi nombre el que le había parecido bonito, sino que su gusto se hacía extensivo a mi persona.

—¿Sí? Bueno, es que es canario, no se escucha demasiado por aquí. ¿Y el tuyo?

—El mío es un nombre de papá, ¿a que ahora te suena más?

—Jo, pues ahora que lo dices, sí. Tienes toda la razón. ¿Tú eres un capillita?

—Veo que ya te ha aleccionado bien tu amiga sobre la idiosincrasia sevillana, pero no lo soy. —  
Se echó a reír.

—Mi amiga, y que yo he visto la peli esa de “El mundo es nuestro”, que no me he reído más en la vida. Y ahí queda todo bastante claro.

—Hombre, tanto como claro no te diría yo, un poco esperpéntico, pero reírme me reí también lo mío y lo de mi prima con ella.

—Entonces igual que yo, que la debo haber visto cuatro o cinco veces y cada vez me río más.

—¿Sí? Pues cuando quieras la vemos juntos, que a mí también me encanta.

—¿En serio?

—Claro, ya verás las risas que nos echamos.

Me imaginé en el salón de casa, viendo la peli con él y con el resto cotilleando alrededor. ¿Cómo se haría aquello? Lo mismo, en ocasiones así, el salón se reservaba por ratos. No sabía, tenía que aprender mucho todavía de aquello, es decir, de cómo compartir los espacios comunes.

En cuanto a los privados, esto es, los dormitorios, tenía menos dudas, pero ni en broma me llevaba yo un tío a la cama así a las bravas, por mucho que me gustase.

—Vale, pues ya le preguntaré a Alexia a ver cuándo puedo disponer del salón, que no tengo ni idea.

—También puedes venir a mi casa cuando te apetezca. No es por nada, pero hago unas pizzas que me salen de escándalo, te vas a chupar los dedos.

—¿Te gusta la cocina?

—Sí, la cocina no es fea, aunque yo no entiendo demasiado de decoración—bromeó.

—Que no, tonto, me refería a las pizzas.

—Las pizzas son cojonudas, de Buitoni, ¿las conoces?

Me harté de reír, se veía inteligente a la par que risueño y alegre.

—Anda que no tienes guasa ni nada.

—Ni *ná*, que diríamos aquí, que somos muy prácticos y lo acertamos.

De gracia era de lo que no iba corto el chaval. Por lo que iba viendo, no me iba a aburrir, y eso que era mi primer día en Sevilla.

—Pues ni *ná*, miarma—añadí y ahí fue él quien se echó a reír.

Nos dirigimos hacia el bar que me había comentado Alexia, el de los boquerones en vinagre, y la muchedumbre ocupaba toda la acera.

—Madre mía, ¿todo esto vamos a tener que esperar? Pues vamos a probar los boquerones a las tres de la mañana.

—Mujer de poca fe, tú déjalos a ellos, que ya verás lo bien que se apañan.

No sé cómo lo hicieron, pero Nacho y Bony se dirigieron al interior del bar y, en menos de lo que canta un gallo, nos pusieron a cada uno un tubo de cerveza fresquito en la mano, junto con una tapa de boquerones que, ciertamente, estaban de vicio.

—Y a los demás que nos parta un rayo, ¿no? —les preguntó David, quien tenía pinta de moverse menos que una pelusa en una tirita.

—A mí, ya, como no me despeine, no sé qué más me va a pasar—añadió Fede con ese tic tan particular suyo que me hacía mirar para otro lado si no quería caer en la tentación de reírme.

—¿Y tú? ¿No dices nada? —le pregunté a Javi, que parecía estar en la inopia.

—¿Yo?

Era dirigirme a él y ponerle dos rosetones en los mofletes, para partirse.

—Mira, David, solo faltaba que tuviera que servirte a ti también, eso lo hace uno por las damas—le respondió Bony a David, sin querer entrar demasiado al trapo.

—Muy bonito, luego son los problemas. No te olvides que los colegas somos los que quedamos cuando las tías te dan la patada.

—Eso ha sido un golpe bajo, retíralo.

—No tengo que retirar nada, es la puta verdad.

—¿Por qué no te callas la boca, David? —Nacho salió en defensa de Bony.

El ambiente se caldeó tela del telón en un momento y Alexia, muy pizpireta, tiró de mi brazo antes de que se liara parda.

—Me estoy haciendo pis, vamos al baño.

—Espera, que no sé lo que está pasando...

—Uff, es una larga historia, ya te la contaré en otro momento. Bony es que salió escaldado, pero

bien escaldado, con su ex, fue todo muy injusto. Y tuvimos que echarle un buen cable, porque se quedó como un mojón despeinado, ya me entiendes.

—Pero Alexia, ¿tú de dónde me sacas esas expresiones? No te conozco...

—Me encantan, yo es que me parto de risa. Ya no tengo demasiado que ver con la que tú conociste, ¿o no?

—Poquito, poquito, asombrada me tienes.

—Eso es bueno. Renovarse o morir, chica, ¿no te parece?

Igual sí necesitaba yo una buena renovación como esas que acometía de vez en cuando en mi armario, en el que metía mano y no dejaba títere con cabeza.

Bony parecía un buen tío. Y probablemente ese fuera el motivo por el que le hubiera ido fatal en el amor, porque yo era de las que pensaba que a veces había que ser un poco hijo de la gran china para que no te la dieran mortal.

## Capítulo 3



La verdad es que pasamos un Domingo de Ramos genuino entre unas cosas y otras. Lo malo es que lo que empezó con unas tapitas de boquerones y unas cervezas fresquitas fue dando paso a lo tonto a lo tonto a unas cuantas copas de más.

Cuando abrí los ojos a la mañana siguiente, tenía la cabeza como un balón de Nivea, a cuenta del resacón. Miré el reloj de la mesilla y eran cerca de las doce del mediodía.

Pegué un bote en la cama y me froté los ojos. Traté de recordar el fin de fiesta, pero solo me venían recuerdos difusos al pensamiento. Me levanté del catre y observé mi precioso traje de chaqueta, dejado caer de cualquier manera sobre el butacón que había bajo la ventana.

Detrás de la puerta del dormitorio, mis súper tacones de charol tirados, con más mierda que el palo de un gallinero. Los cogí del suelo y vi que uno de ellos tenía hasta un pedazo de chicle pegado en la puntera. De pena, vamos.

De repente me acordé de Bony, aquel chaval de nombre tan en desuso, pero con tanta gracia. Gracia y buenas maneras, porque era un rato educado y se veía que no es el típico personaje que va de gracioso por la vida.

Agarré el bolso y saqué el móvil. Estaba muerto. Yo sí que debí llegar muerta a casa para no ponerlo a cargar antes de dormir. Mi gente dice que soy una histérica para estas cosas, y tienen razón. Basta que vea que tengo menos del cincuenta por ciento de batería para que ya esté corriendo como las locas para ponerlo a cargar.

En serio, solo una vez en mi vida se me ha apagado por eso, por descarga de la batería. Bueno,

con esta, dos. Tuve que mover un poco hacia el lado el cabecero de la cama para dejar el enchufe a la vista.

Me duché, me puse un chándal y mis deportivas Nike (mu pija yo), y me fui para la cocina. Silencio sepulcral en el piso. Vamos, que estaban todos tiesos aún.

Aunque anduve con cuidado de no hacer ruido, al ir a sacar la leche del frigo se me cayó un plato con restos de macarrones y se estrelló en el suelo. Supongo que fue el estrépito lo que despertó a Alexia, que apareció por la puerta enseguida, anudándose una bata cortita de raso.

—Buenas —me dijo medio afónica—. ¿Qué? ¿Nos hemos levantado con hambre?

—Hola, guapa. Yo siempre, pero ya veo que no te acuerdas de nuestros tiempos.

—Me acuerdo, me acuerdo. Lo que me extraña es que todavía te queden ganas de meterte nada en el cuerpo. Te pusiste ciega anoche de boquerones y de pimientos fritos. De birras, ni te cuento ya.

—Calla, calla, ya imagino.

—¿Que lo imaginas? Espera un momento...

Se dio la vuelta y se perdió por el pasillo. Cuando volvió, lo hizo con el móvil en la mano.

—Venga usted para acá, señorita Idaira. A ver si conoce a estos dos.

Pulsó un vídeo. Casi me quedo muerta al reconocirme, bailando por sevillanas con Bony. ¡Yo bailando sevillanas! Y Bony... pues eso, mirándome cara a cara, que es la primera. La primera y la última, me dije para mí misma.

—Vamos, no me fastidies, niña. ¿Cómo me dejas hacer el ridículo así?

—¿Yoooo? ¡Pero si la idea fue tuya, corazón mío! Yo lo único que hice fue seguirte el rollo cantándote, como me pediste.

—Y grabándome.

—Te equivocas ahí también, guapa. Eso fue idea de mi chico. Luego me lo pasó por wasap. Por cierto, ¿has sabido algo de él?

—No. Bueno.... —me acordé de que tenía el móvil apagado —supongo que no.

Otra vez que me equivoqué, y es que, al volver a mi habitación y encenderlo, ví que tenía un wasap de Bony pendiente. Recuerdo que (es de las pocas cosas que tengo claras en la memoria), nos intercambiamos los números de teléfono allí en la barra de un bar en las inmediaciones de la catedral.

Con razón tenía los zapatos hechos una mierda también. Supongo que la afonía de Alexia, igualmente, tendría que ver con el numerito, que para eso había sido aquí mi amiga la que se había arrancado al cante.

El wasap de Bony me pareció muy simpático: “No te mentiré. No puedo decirte que bailes mejor que la Carmen Amaya, pero a guapa no te gana a ti ni la Sara Baras. De todas formas, con un par de clasecitas, seguro que te pones al día. Cuando quieras, te las doy también. Sesión de baile, pizza y peli. ¿Cómo lo ves?”

Así, con rima y todo, el niño. ¡Qué gracioso! Se lo enseñé a Alexia, que en ese momento estaba a punto de entrar al baño. Se echó a reír.

—Pues nada, ya tienes plan para hoy lunes, guapa —me dijo guiñándome un ojo.

—Déjate, tía, que tú sabes que yo no estoy tan lanzada para estas cosas.

—Ya, ya. Pero bien que te agarraste de su mano.

Eso era cierto, pero me defendí ante ella porque aquel gesto por mi parte no tuvo ninguna maldad de fondo. Fueron las circunstancias, punto.

—Mira que eres mala cuando quieres, ¿eh? Acuérdate de que fue porque vi que me perdía de todas, todas, entre aquella marabunta de gente.

—Sí, sí, y todo lo que tú quieras. Pero no te dio por agarrarte de Javi o de David, vaya por Dios.

—Anda y cállate la boca, titi, que menudos. Pero te juro que es que me agobié un montón, niña. Por poco me pegan a la pared como un sello, con tanto jaleo. Además, esos ni me escucharon. Todavía puedo estar yo desgañitándome.

Así había sido. Tal era la congregación de devotos al paso de la virgen de la Estrella por el Arco del Postigo, que en un momento dado me quedé ahí en medio atrapada, apretada entre de los cientos de feligreses como si fuese yo una sardina más de la lata.

Miré alrededor de mí y no vi a ninguno de los míos. Solo empinándome logré ver, como un par de metros por delante, la nuca de Bony.

—¡Ehhh! ¡Esperadme, capullos! ¡Bonyyyy!—tuve que ponerme a chillar.

El guapo sevillano se giró al escuchar mis gritos. Le hice señas con un brazo en alto y fui abriéndome paso como pude entre el gentío, a base de presionar una también a unos y otros con su cuerpo.

Bony me tendió su mano y la acepté. Era la única manera de no volver a descarriarme del rebaño.

Alexia siguió con lo suyo, dándome caña.

—¿Entonces qué? ¿Vas a rechazar su propuesta para esta tarde?—me preguntó.

—Ayyy, yo que sé. Todavía no le he contestado nada.

—Ah, *mu* bien. Anda que no me da coraje a mí ni *ná* que me dejen en visto. Aunque, pensándolo bien, ese tiene que estar todavía en los siete sueños. Iba fino de Manzanilla también.

—Me supongo, como los demás.

—Anda, vete con él que te lo vas a pasar bien, ya verás. El Bony es un buen tío.

—No te digo yo que no. Lo que me da apuro es verme así a solas con él en su casa. Que lo acabo de conocer, guapi.

—Bueno, se me ocurre otra cosa, una solución intermedia.

—Miedito me das, a ver qué está pensando esa cabecilla loca.

—Queda con él esta tarde por ahí para daros un garbeo. Así no te quedas sola, porque mi Nacho y yo nos vamos de cenita esta noche, que es nuestro aniversario.

—Ainssss, qué brujona eres, y estás ahí más callada que en misa. Es broma. Me alegro mucho de veros tan bien, guapa. Me parece que tu Nacho también es un buen chaval.

—No lo dudes.

Juan, arrastrando el pantalón del pijama, apareció por el pasillo.

—Buenos días, chicas. ¿Tan pronto y ya trapicheando?

—Uy este. Pronto, dice. Son las doce y media ya, hijo. Poco más y empalmas otra vez con la noche.

—Cheeee. De empalmes no hablemos, eh, no liemos la pita —le puso una sonrisa de lo más picacona—. Bueno, bueno, seguid dándole a la alpargata, que yo voy a tomarte un cafelito.

—Jeje, tus ganas. Esta que está aquí se ha cogido la última cápsula que quedaba en el paquete. Como no te bajas al Mercadona, chungo lo llevas—le soltó Alexia.

Así se organizaban en aquel piso. Cosas como el café, la leche, el azúcar, e incluso el papel higiénico, eran de todos. Ponían un fondo común y cada uno de ellos se encargaba de la compra una semana. Se organizaban por turnos.

Luego ya, la comida propiamente dicha o los frascos de champús y demás pijotadas, era asunto particular de cada uno.

Estuve ahí dándole vueltas a la idea de Alexia respecto a lo de la cita con Bony. Meterme en su casa así sin más no me hacía mucho, es más, no me parecía apropiado (lo reconozco, soy un poco tonturria para estas cosas, qué le vamos a hacer). Pero lo de quedarme encerrada en el piso, tampoco me apetecía un pimiento.

Al final, me armé de valor y le lancé la propuesta.

—¡Hola, niño! ¿Qué tal si nos comemos la pizza por ahí? O unas cañitas y un tapeílo. Con tanto ambientazo estos días por la calle, lo prefiero. Otro día me apunto a esas clases de baile...jejeje.

No le entraba mi mensaje. Supuse que debió pasarle lo que a mí, o que tendría el teléfono apagado. Hasta una hora después no recibí su respuesta.

—Buenassss. Claro que sí. A la hora que me digas. ¿Quedamos en algún sitio o prefieres que te pase a recoger por ahí?

Tanto ofrecimiento por su parte me recordó a una vieja canción de Dyango que oía mucho en casa cuando era niña, y es que a mi madre le encantaba este hombre. Todo el día andaba tarareándola; “Cuando quieras, donde quieras, el sitio que mejor prefieras...”

Se lo enseñé a Alexia.

—Jajaja. Dile que venga a buscarte. Tienes tú los pies hoy como para andar dando muchas carreras por ahí.

—Y que lo digas, mira—le señalé la pedazo de ampolla que tenía en el talón izquierdo.

—Pues nada, ahora coge y plántate otra vez los mismos taconazos, a ver si, con suerte, mañana tienen que amputártelo.

—Estaría yo monísima a lo Kunta Kinte.

A lo Kunta Kinte, no, que una no tiene esos hocicos ni esa nariz chata, pero monísima... ya lo creo que sí. Tenía otro maravillo vestido por estrenar, en verde lima, y ya le iba tocando...

## Capítulo 4



No, no estaba yo para experimentos, por lo que me pillé mis bailarinas rosa palo y las combiné con unos pantalones de pitillo en tono gris que eran una cucada. Mi chaqueta de piel en el mismo tono de las bailarinas le daba el toque al conjunto.

Si de por mí fuera, me habría calzado mis Converse blancas y sanseacabó, pero con lo maqueada que iba la gente en aquellos días, pensé que eran demasiado informales. Tiempo habría para calzarlas.

A través de los cristales, detecté que el sol se iba retirando antes de tiempo, dando paso a unos nubarrones que, sin llegar a amenazar lluvia, sí traían un viento curioso. Por esa razón, me cogí una cola de caballo, que no tenía ganas de andar toda la tarde luchando con mi melena.

Lo que de verdad me apetecía era andar tranquilita, departiendo animadamente con aquel chaval que, a todas luces, se veía que tenía los ojos puestos en mí.

Alexia salió de punta en blanco.

—Madre mía, niña, ¿no me digas que es hoy tu pedida y no me he enterado?

—Impedida estás tú, pero mentalmente.

Sí que estaba graciosa mi amiga. Allí el que no corría, volaba.

Rematadamente guapa. Así la vi con aquel vestido verde turquesa conjuntado con unos altísimos

zapatos de tacón que nada tenían que envidiarles a los míos del día anterior.

—Oye, y luego tienes valor de darle a la lengua, cuando lo cierto es que tus zapatos son del estilo de los me han destrozado los pies.

—Sí, bonita de cara, pero es que yo no voy a ir zascandileando calle arriba y calle abajo con ellos, sino que Nacho me va a invitar a un lujoso restaurante que está por la zona de la Plaza de España.

—Toma ya, de esos que te revisan los ceros que tienes en la cuenta antes de entrar, ¿no?

—Más o menos.

—Pues sí que le va bien como arquitecto, y mira que solo debe llevar dos días y medio con el título debajo del brazo.

—Ya, pero es que trabaja en el estudio de su padre, y eso es un punto a su favor, claro. Ha sido llegar y besar el santo.

—¡Qué suerte! O sea, que ya tenéis vosotros un pie en el altar, como aquel que dice.

—No corras tú tanto, que él no tiene ni treinta y yo soy una niña, no me veo todavía con familia. Bastante tengo con aguantar a la bruja de mi suegra, que debe estar sobrevolando todos los pasos de Sevilla con su escoba.

—Ay, por favor, qué topicazo. Cuenta, cuenta, que ardo en deseos de saber. Me encantan las pelis de suspense y las de suegras perversas.

—Sí, pues a mí me hace una gracia loca, no veas. La tía es la perfecta mezcla entre una zorra y una víbora, un verdadero fenómeno de la naturaleza. Y lo peor es que ya sabes cómo son estas cosas, tampoco le puedes estar dando por saco al hijo con el dichoso temita todo el día, porque es su

madre y él no lo ve igual.

—¿Es madrero? Porque mira que esa es una de las peores cosas que veo yo en un hombre.

—No, madrero no es, pero aun así, ya sabes, ella es la madre...

—Sí, la madre que lo echó por...

Me callé a tiempo antes de decir un disparate, y es que la cercanía con mi amiga me estaba soltando la lengua a pasos agigantados.

—Sí, por ahí mismo.

Las risas de ambos llamaron a Juan, que estaba deseoso de que le diéramos vela en el entierro.

—Reunión de guapas, ¿dónde va tanta belleza junta?

—Yo a cenar con mi Nacho, que es una ocasión especial, y aquí mi amiga...

—Tu amiga es que debe haber quedado conmigo, pero se me ha ido el santo al cielo y no lo recuerdo.

Tablas tenía el tío para dar y regalar. Y un algo que también me llamaba bastante la atención, no lo podía negar.

En la vida me había sentido atraída por dos chicos a la vez, y menos en tan poco tiempo, pero es que Bony y Juan eran la noche y el día. El uno, tan formal y atento, la viva imagen del yerno que toda suegra quisiera tener. Y el otro, tan caradura y espontáneo, con una personalidad arrolladora que me atraía poderosamente, pese a que no quisiera reconocérmelo ni a mí misma.

—Me temo que no, que miedito me das—le contesté para dar por zanjado el asunto.

Si de algo quería yo convencerme era de que, a bote pronto, para mí Bony le ganaba por goleada, por la sencilla razón de que tener algo con el “vendeamores” de Juan se asemejaba para mí a lo que sería un sombrero chiquitito, en el sentido de que no me entraba en la cabeza.

—¿Miedo? Menos lobos Caperucita, que yo todavía no me he comido a nadie. Vamos, al menos que yo recuerde...

Yo no sé si habría comido o no a alguna, pero dejarse devorar por él sería un placer. Lo malo es que existían muchas probabilidades de que ese placer luego se convirtiera en un martirio chino, porque ese debía ser de los de “si te he visto, no me acuerdo”.

Además, existía un impedimento añadido, y no era otro que el hecho de que fuéramos compañeros de piso. Lo normal sería que, de liarme con Juan, aquello acabara como el rosario de la aurora. Y tenía que dar gloria encontrarte luego por todos los rincones de la casa con alguien a quien no quisieras ver ni en pintura.

Vamos, que no le iba a dar más vueltas. Que, como se suele decir, “lo que no puede ser, no puede ser y además es imposible”. Aparte, sería para darme de leches hasta en el cielo de la boca, cuando ahí estaba Bony, que era la antítesis de Juan, con los ojos puestos en mi persona.

—Mejor creerlo que no averiguarlo—le contesté y a continuación le indiqué que carretera y manta, porque el tío había entrado en mi habitación como Pedro por su casa.

La carilla de Alexia cuando nos quedamos a solas me resultó de lo más significativa.

—Brujona, a ti te gustan los dos, no me lo niegues.

—Ains, calla, que hasta corte me da, no me digas eso.

—¿Corte? Niña, tú estás en el mundo porque tiene que haber de todo, pero no puedes ser más tonta. ¿Tú tienes perrito que te ladre o algo?

—No, claro que no.

—Pues entonces, vive la vida y no te comas el coco.

—Sí que has cambiado Alexia, me tienes que dar el nombre del sitio en el que te han reseteado el coco, que voy a ir yo también.

—Nada, nada, un par de libros de autoayuda y una buena amiga, que en este caso voy a ser yo. No hay más, y en un mes no te va a conocer a ti ni la madre que te parió.

Podía ser, porque en cuestión de unos días ya había empezado a cambiar.

—Entonces, ¿tú qué sugieres?

—¿Yo? Lo único que de digo es que tú no tienes compromiso con nadie y que, por lo tanto, puedes hacer lo que te dé la real gana, como si te quieres dar un revolcón con uno y luego con el otro.

—Sí, porque con los dos a la vez estaría feo—bromeé.

La risilla maliciosa de mi amiga me hizo comprobar que tampoco lo hubiera visto tan descabellado y ahí fue ya cuando me dieron ganas de santiguarme, a pesar de que yo no era capillita, como decían allí.

—Estás majara. Si además fuiste tú la que me advirtió de que es más chulillo que un ocho y un mujeriego.

—Y lo mantengo, pero si te lo quieres beneficiar, es harina de otro costal. Ahora, si lo que quieres es algo serio, yo entonces no me lo pensaba, me iba a por Bony de cabeza.

Lo cierto es que eran polos opuestos. Y yo nunca había sido una mujer de rollitos, que a mí los únicos que me gustaban eran los de primavera y siempre que salieran de la cocina de un restaurante chino, por eso me decantaba por el formal.

—Por cierto, hablando de eso, como esta mañana teníamos por medio a “la vieja del visillo” no me pudiste contar lo de Bony y su exnovia.

Lo de “la vieja del visillo” lo decía por Juan, que era un tanto cotilla.

—Ah, bueno, si es que no hay ni mucho que contar. No lo hemos entendido en la vida.

—Pues dale, que estoy intrigada.

—Mira esos dos llevaban un porrón de años juntos. La chica, que además era bastante amiga mía, por eso de que nuestros novios son íntimos, se llama Patricia. Y qué quieres que te diga, pero estaba igual de coladita por Bony que lo estoy yo por Nacho. Ella rozaba ya la treintena, igual que ellos, y los dos se iban a casar.

—¿A casar? Pues sí que estaba avanzada la cosa.

—No lo sabes tú bien. Y no creas que iba a ser una boda cualquiera, sino una por todo lo algo en la catedral de Sevilla. Vamos, un bodorrio en toda regla.

—La leche, ¿también estaban forrados?

—Sí, chica, Bony también es arquitecto, como Nacho, ya te lo habrá contado.

—Sí, me lo dijo.

—Pues con él viene a suceder tres cuartos de lo mismo, que es hijo de otro de los principales

arquitectos de Sevilla. Su padre es socio de mi suegro en ciertos proyectos.

—Miarma, anda que te has arrimado tú a unos muertos de hambre, qué nivel, Maribel...

Alexia se doblaba en dos de la risa cuando yo soltaba un “miarma” de aquellos...

—Pues ya sabes, apúntate al club, que Bony estará encantado.

—Ya, ya, te veo venir. Pero en serio, ¿qué pasó con Patricia?

—Pues que lo dejó tirado a dos meses de la boda, fue un auténtico escándalo.

—¿Se fue con otro? No me lo puedo creer, pobre Bony.

—Eso parece, aunque ella nunca me confirmó nada, porque huyó como de la peste de todo el entorno de su ex, y eso me incluyó a mí.

—¿No te dio ni una explicación?

—Ni media y me eliminó de sus redes sociales. Debió hacer borrón y cuenta nueva a lo grande. Lo único que supe es que cogió el pescante y se fue de Sevilla. Creo que ahora vive en Madrid, espero que le vaya bonito, porque imagínate el coraje que le cogí con todo aquello.

—Pues mira, sí, porque si se enamoró de otro, tú tampoco te la ibas a comer. Pero salir huyendo así no está nada bonito, que le den dos duros.

—Eso es, y piensa que a ti te ha hecho un favor.

—Cierto. Y lo mismo él me hace otro...—En ese instante fui yo quien sacó a pasear su vena picaresca, que tampoco es que una sea tonta de remate.

—Pues eso es lo que tienes que hacer y dejarte ya de tonterías. Venga, yo me voy, ¿y tú?

—Viene a recogerme en diez minutos también.

—Muy bien, pues ya sabes, a pasarlo genial. Y te me dejas de chaladuras y mojigaterías, que aquí nadie va a juzgarte, ¿me has entendido?

Como para no entenderla, su dedo me pareció el de un juez y me acordé de la serie aquella de dibujitos animados que veía en mi infancia del juez Klaus, un gnomo que iba repartiendo justicia a diestro y siniestro.

Menos mal que no le dije a mi amiga que la había comparado con un personaje así, o se hubiera quitado el zapato, y hundido su tacón en mi cráneo, rollo peli Álex de la Iglesia.

Estaba emocionada por la inminencia de mi cita cuando me cortó un poco el punto la cara de cordero degollado que me puso Juan al salir.

—No me mires así, ¿tú no sales?

—Sí, luego iré a darme un garbeo, pero triste, que me estás partiendo el corazoncito. —Se llevó la mano al pecho en plan teatrero y yo le saqué la lengua al supuesto mártir.

## Capítulo 5



Como una niña con zapatos nuevos, no quise ni coger el ascensor, sino que bajé los escalones de dos en dos. Que llevara bailarinas en vez de tacones me ayudó bastante en ese sentido, pues de ser de otro modo igual hubiera dejado las paletas clavadas en uno de los escalones, tipo respunte de una máquina de coser.

—Pero bueno, niña, ¿se puede saber qué he hecho yo para merecer pasear al lado de semejante preciosidad?

—¿Qué dices, hombre? Pero si me he hecho un arreglito de lo más informal.

—Pues estás maravillosa, tú me dirás, ¿qué es lo que se te antoja?

Imposible decírselo, porque él venía también de lo más atractivo, con un look casual en el que destacaba una chaqueta de piel marrón ligeramente desgastada que le sentaba como un guante. Ni que nos hubiéramos puesto de acuerdo, ¿sería por lo del *feeling* que se respiraba entre ambos? Total, que no se lo podía decir porque, si me dejaba llevar por mis apetencias, le habría besado sin pensarlo.

—Pues lo que te había comentado, que me dan igual unas pizzas que un tapeillo.

—Ok, ok, ¿y hay ganas de gente o de estar más tranquilos?

—Hoy prefiero reservarme, que ración de gente ya tuve ayer, y doble. Qué agobio, llegó un momento en el que pensé que la muchedumbre me iba a engullir.

—No habrá valor en el mundo ni de intentarlo—me soltó con toda la franqueza.

Me gustó su decisión, ¿a quién no le gusta que alguien salga así en su defensa?

—Pues lo dicho, que prefiero que vayamos a un sitio tranquilito.

—Perfecto, niña. Se me ocurre que podemos apartarnos del centro. Hay un restaurante italiano que me fascina y su dueño es amigo. Tienen el mejor provolone del mundo, ¿te gusta?

—Me encanta y suena mejor que bien.

—Pues entonces, no se diga más.

Muy atento, Bony me había esperado en el portal de casa y me condujo hacia su coche, momento en el que me quedé con las patas colgando.

A mí los coches me encantan y de toda la vida he estado puesta en modelos y precios, de modo que cuando vi que, al pulsar el mando, la lucecita que se encendía era ni más ni menos que la de un BMW M3 me eché las manos a la cabeza.

—Joder, ¡anda que vas descalzo! Menudo carro...

—¿Te gusta?

—¿Cómo no me va a gustar? Ni que fuera tonta.

—Pues venga, condúcelo.

—¿Qué dices? Yo nunca he cogido un carrazo de estos y no me gustaría estamparlo.

—Pues si lo estampas, para eso está el seguro. Toma.

La decisión con la que me entregó las llaves no dejaba lugar para la duda; me lo decía en serio y esperaba que fuera yo quien lo condujese.

Me subí al asiento del piloto, que no podía ser más cómodo, y agradecí al cielo mi idea de haberme colocado las bailarinas, pues el rugir de aquel motor no hubiera sido demasiado compatible con lo de llevar tacones.

—¡¡Guauuu!! —exclamé cuando le entregué la llave, en las cercanías del restaurante en cuestión, pues tuvimos la suerte de poder aparcar por allí.

—¿Te ha gustado?

—¿Tú qué crees? No había conducido un bicho así en la vida, algún día yo también tendré un carrozo.

—No lo dudes, nena, seguro que sí.

“Nena”, qué cariñoso, cómo molaba. Nos bajamos del coche y eché un vistazo a la fachada del restaurante, lo que me hizo temblar un poco. Como tuviera que pagar la mitad de la cuenta, me veía fregando platos, porque no tenía pinta de ser un sitito de comida rápida precisamente.

Tal y como imaginaba, su interior terminó por darme toda la razón. Y el hecho de que un metre acudiera solícito a nuestro encuentro, hizo que me reafirmara en mi idea.

Repasé mentalmente cuánto dinero tenía en la cuenta. Todavía no me habían ingresado el dinero de la beca y lo llevaba bastante justo por semanas. ¿A que me llevaba diez días sin comer por culpa de aquello? Me veía pidiéndole un préstamo a Alexia, aunque era probable que ella también estuviera a la cuarta pregunta.

Maldita sea, por qué no le habría dicho yo de ir a un Telepizza y santas pascuas. No, le había dejado elegir a él y ahora estaba que temblaba de los nervios.

—¿Te pasa algo, bonita? Es que te noto un tanto ausente.

—No, no, cosas mías, que estaba pensando.

—Vale, vale.

—Lo dicho, ¿provolone de entrante?

—Sí, sí, eso fijo.

Por mí que después de eso nos pusieran un vasito de agua del grifo a cada uno y ya el susto, digo, la cuenta. Pero claro, no iba a ser el caso.

—¿Y luego? ¿Te parece si pedimos un par de platos para compartir?

—Me parece, me parece. — ¿Qué iba a decirle? ¿Que me estaban entrando sudores fríos solo de pensar en lo que nos iba a costar la cena? Pues no, de perdidos al río.

Terminamos decantándonos por una deliciosa pizza de salmón con roquefort y por unos tortellini con salsa de trufa, todo regado con un Lambrusco.

Como era de esperar, todo aquello nos supo a gloria bendita, aunque lo que más me gustó fue el interés que mostró por mi persona. Lejos de ser el típico tío con dinero que cree estar por encima del bien y del mal, me preguntó hasta la saciedad por mis cosas.

En cuanto a lo de la cuenta... salvada por la campana, como en la película. Cuando el metre se acercó con la cajita de madera en que venía el sablazo, Bony echó mano al bolsillo de su chaqueta

para sacar la cartera.

Como es natural, no traté de hacerme la sueca. Otra en mi lugar quizás lo hubiese hecho, pero no sería yo, desde luego. Me moriría de la vergüenza. A la par que él, cogí mi bolso, colgado del respaldo de la silla, pero mi apuesto acompañante me frenó en seco.

—Ni se te ocurra —me dijo dándole fuerza a sus palabras extendiendo la palma de la mano hacia mí.

—A pachas, ¿no?

—Conmigo no hay pachas que valgan. Invito yo y no hay más que hablar.

—Uy, qué mandón —bromeé, poniéndole cara como de resignación.

Lo que no sabía era que me estaba haciendo un gran favor. Si él supiera como tenía una los números en ese momento...

Con todo y con eso, le dije de invitarle a una copa en cualquier bar de la zona. Qué menos. Por caras que fuesen por allí, hasta ahí podía permitírmelo. En realidad, no era ya por corresponder de algún modo a su invitación, sino por prolongar un poco la noche junto a tan maravilloso hombre.

—Como quieras —me contestó.

—Pues tú dirás dónde vamos, porque lo que toca a mí... pues eso, que conozco casi nada por aquí. Estamos en tu terreno, así que tú mandas.

—Tampoco se trata de eso, mujer. A ver, déjame pensar. ¿Te gustan los mojitos?

—Tú lo que eres es un poco brujo, me da a mí. ¡Me encantan!, aunque la verdad es que no todo el

mundo sabe prepararlos bien, con su punto de alcohol.

—Pues prepárate a probar los mejores mojitos de toda Sevilla. Y de España entera, diría yo.

—Brujo y exagerado, ¿no hemos dicho?

—Bueno, bueno, ya me lo dirás tú a mí después. Ahora en serio. Vas a creer que estás en Jamaica, muñeca.

No lo decía solo por los mojitos, que estaban realmente exquisitos, como me aseguró. El pub al que me llevó, a unos ciento cincuenta metros del restaurante más o menos, recreaba aquellos paisajes caribeños.

Detrás de la barra, una enorme bandera de Jamaica y un póster con la cara de Bob Marley. En las paredes, las altas palmeras dibujadas sobre unas arenas blancas y un mar turquesa que, algún día, esta que está aquí tiene que visitar.

Llevaba años deseando hacer ese viaje, pero aún no se me había presentado la ocasión. Y no sería por falta de tiempo, que eso me ha sobrado muchas veces. Se trataba básicamente de dinero, como casi todo en esta vida, pero bueno, como dice mi hermana Ani, hay que pensar en positivo. Visualízalo y se hará realidad. Esa es una de sus frases favoritas. Yo me agarro a ella.

Volviendo a lo que estábamos, que ya me he ido por las ramas; pese a lo que pueda parecer por la descripción del local, aquel no era un sitio corriente de esos en que te ves entrar y salir a los chavales para echarse unos canutillos en las inmediaciones.

Nada de eso. Todo lo contrario. Se veía el nivel de la gente allí dentro. Además, tampoco era gente muy joven que digamos. De unos 35 o 40 años de promedio. Y todos ellos muy bien vestidos, las cosas como son.

No era el clásico pub para bailar. En este no había pista ni nada de eso. La música reggae sonaba como de fondo, a un volumen suavcito para poder hablar sin necesidad de hacerlo a gritos. Y por

allí se veían pocas personas de pie, más que nada porque no había que pedir que te sirviesen en la barra.

Los camareros (había varios dando vueltas por allí porque era un local bastante grande), se acercaban a las mesas y te tomaban nota con mucha educación.

Por cierto, entre unas y otras, unos tabiques encalados, como de un metro de altura, daban más intimidad a los grupitos. Digamos que eran pequeños reservados.

Las mesitas de bambú, a juego con los butacones, no podían ser más propios. Cortésmente, Bony retiró el mío para que me sentase. Todo un caballero como los de antes, que digo yo. Lástima que esos detalles están cayendo en desuso entre las nuevas generaciones, pero aún quedan hombres así, y yo estaba conociendo a uno de ellos. Suerte la mía. Educadísimo y guapo a rabiar. ¿Qué más podría pedirse?

De nuevo charlando animadamente, llegamos a tomarnos tres refrescantes mojitos. Se agradecían porque, a esas alturas del año, las temperaturas en la capital hispalense ya empezaban a atizar. En un momento dado, Bony me hizo un comentario que no me esperaba.

—Tengo que irme mañana de viaje. No me apetece lo más mínimo, pero...

—¿Y eso?—le interrumpí y me arrepentí de inmediato de haberle dejado con la palabra en la boca. Qué apuro.

—Ya sabes, el trabajo. Tengo que asistir a Santander a un congreso de Arquitectura. Además, queremos aprovechar para presentar unos proyectos.

—Vaya, qué cerquita de mi casa.

—Pues sí, ya ves tú qué casualidad, pero te confesaré algo, no he estado nunca en Gijón, y eso que tengo un colega allí que está como loco por que le haga una visitilla. Es un chico que conocí en la carrera, aunque él iba dos cursos por delante de mí.

—A ver, no es porque yo viva allí, pero creo que te gustaría.

—No lo dudo. Bueno, algún día me lo enseñas, si te apetece.

Lo dejó caer, así como el que no quiere la cosa, con una tierna sonrisilla. No sabe lo que esas palabras provocaron en mí. De inmediato, mi cabeza se puso en situación; me vi paseando con él de la mano, mostrándole los rincones más emblemáticos de mi ciudad, y presentándoselo a mis amistades. Conociendo sus gustos, seguro que mi amiga Laura fliparía.

—No estaría mal —le contesté mirándole fijamente a los ojos.

En ese momento, se hizo un silencio entre los dos que lo dijo todo. Esa noche se estaba fraguando algo muy especial entre nosotros.

Bony aprovechó que me levanté para ir al baño, para pagar la cuenta. Eso no entraba en nuestro acuerdo, pero bueno... era su gusto. Y el mío haberle conocido.

Y no solo a él. También el sabor de sus labios de caramelo. Metidos en el coche, el guapo sevillano me dio un largo beso de despedida frente al portal...

## Capítulo 6



Me quedé un poco colgada, lo reconozco. Bony no volvía hasta el viernes. Bueno, en realidad, estaría de vuelta el jueves, pero eso no contaba. Me explico; según me dijo, caería por Sevilla bastante tarde, por lo menos a las diez o las once de la noche.

Y cansadito, supuse, porque el chaval iba en coche. Calculo que habrá unos ochocientos kilómetros y pico entre Sevilla y Santander. Lo bueno es que no iba solo, llevaba a dos compañeros de trabajo, así que no se aburriría tanto y, además, podrían coger el volante por turnos.

Por otro lado, con Alexia no podía contar mucho, y es que mi amiga, rato que le sobraba, rato que era para estar a solas con su chico. Lo del Domingo de Ramos había sido una excepción. Me refiero a lo de salir todos en pandilla. Eso era cosa que solían hacer, por lo que me explicó, solo de tanto en tanto, en ocasiones especiales.

Tampoco es que estos dos anduvieran todo el día de zascandileo. Nacho venía algunas noches a casa, se quedaba a cenar y luego a dormir con Alexia.

El miércoles por la mañana, desayunando con ella, me contó sus planes para el día siguiente.

—Mañana, como Dios no lo remedie, te quedas aquí solita con Juan.

—No fastidies, ¿y eso?

No sé a santo de qué le dije eso de no me fastidies. Me salió solo, supongo que por lo inesperado

del asunto, porque la verdad es que la idea no me contrariaba.

A fin de cuentas, todos éramos compañeros de piso, y cuando no faltaba uno, faltaba otro. Allí, cada uno iba a su bola.

—Nacho y yo vamos a salir.

—Ahí estamos. ¿Ahora de cenita de aniversario del primer revolcón o qué? —se lo dije riéndome.

—Anda que no eres nadie tú también, guapa. Pues no. Vamos a ir al cine, a ver no sé qué película me ha dicho.

—Ammm, *mu* bien—ya se me estaba pegando a mí también el acento andaluz—. Entonces cómo hacemos, ¿quiere la señora que le vaya preparando ya las palomitas? ¿Cómo las prefiere? ¿Saladas o dulces?

—Te has levantado hoy con una mijita de guasa, ¿no?

—¿Yo? Qué va. Con una mijita, no. Con un montón de ganas de vacilarte.

—Venga, Idaira, ahora ya hablando en serio. ¿Qué te pasa? ¿No te ha molado lo de quedarte sola en casa con el Juanillo?

—Buah, ¿qué más me dará a mí eso?

Era una verdad a medias, seamos claros. Yo no dejaba de pensar en Bony, quien me había prometido volvernos a ver a su regreso. Aparte, el día antes habíamos estado wasapeándonos, y yo veía que cada vez estaba ganando más terreno en esa parcelita del “tilín” de mi corazón.

Pero no puedo dejar de reconocer que también me sentía atraída por Juan, ese hombre que me

echaba unas miradas que para qué, ya se me entiende. La cosa es que con aquel compañero de piso no tenía tanta confianza porque no habíamos tenido esas largas charlas que una sí había mantenido ya con Bony.

Pensándolo bien, de Juan sabía pocos detalles, pero tampoco estaba segura de no querer descubrirlos. ¡Qué lío, leñe!

En fin, que llegó la hora de marras en que mi amiga cogió la puerta para irse al cine con Nacho. La joía iba guapísima, como siempre que quedaba con su amorcito.

Media hora antes, Juan se había marchado de casa sin dar explicaciones. Ni ninguna de nosotras se las había pedido. A juzgar por la vestimenta, pensé que no iría muy lejos, vamos, que no creía que se hubiera largado de fiesta. Era Jueves Santo y aparentes son los sevillanos para estas cosas, que salen todos a la calle como un pincel para ver las procesiones.

Poco después de irse ella, apareció el misterioso con una bolsa como de la compra en la mano. Y con el pelo y la ropa chorreando.

El tiempo había dado lluvia, amenazando con deslucir el resto de la Semana Santa. Esos chaparrones, típicos de la primavera, suelen ser más oportunos que el quinientos uno, como diría mi tía Juani. Ninguna tontería el tema, teniendo en cuenta que la madrugada del Jueves Santo al Viernes santo es cuando sale La Esperanza Macarena, una de las procesiones más aclamadas por los sevillanos, junto al Jesús del Gran Poder y El cachorro.

Juan entró dando un portazo y fue directo a la cocina con la bolsa.

—¡Buenas! —le dijo desde allí a servidora, que estaba tan tranquila en el sofá haciendo zapping con el mando.

—Buenas —le contesté sin mucha efusividad.

Enseguida se vino para el salón.

—Tela la que está cayendo. Por poco me pego un carajazo con la moto.

No pude evitar echar a reírme, no por la posibilidad de que se hubiera metido un trompazo, lógicamente, sino por la palabra.

—Es que solo se te ocurre a ti salir con la moto según está el día—le solté yo la mar de chula.

—Ya, mujer, pero cuando me fui no llovía todavía. Pensé que me iba a dar tiempo, pero me he entretenido un poco. Está todo cerrado y he tenido que ir hasta la quinta puñeta a un Opencor de esos que no cierran nunca, así se lo mande el médico.

Saleroso venía aquí el amigo.

—Pues yo tampoco me muevo hoy de aquí. Luego me haré una tortillita francesa y a dormir.

—Ahora hablamos. Voy a darme una ducha y a cambiarme.

Eso de cambiarse, de alguna manera me llevó a reparar en mi vestimenta. Llevaba todo el día con un viejo pantalón de chándal y una camiseta de lycra. Incliné mi cabeza hacia mi axila izquierda y percibí el olorcillo a sudor. No me había duchado en todo el día, por lo que decidí hacer lo mismo.

Bueno, ya se sabe cómo somos las mujeres para estas cosas. Mientras que ellos se meten bajo el chorro y en tres minutos están listos, nosotras nos enredamos y podemos estarnos tres horas encerradas en el baño.

Ya puestos, cogí la cuchilla de afeitar y me la pasé por las piernas, no fuera a ser que se me notara alguna pelusilla. Aproveché también para lavarme el pelo. Lo que más pereza me da es lo del secador. Con un melenón de leona como el mío, a veces termino hasta con dolor de brazo de tener el cacharro ahí en alto dale que te pego.

Y luego ya el colmo; las dichosas planchas. O eso, o parezco una loca, porque mi pelo no es rizado, pero tampoco muy liso que digamos, y se me queda muy encrespado si no le doy matarile también con mis súper GHD. Laura, que es peluquera, siempre está riñéndome porque dice que tanto planchado es malo para el cabello. Todo lo que ella quiera, pero yo a lo mío.

Me puse un pantalón cortito y una camiseta de rayas marineras a juego. Las chancletas de goma de andar por casa las eché en un cubo en remojo porque también necesitaban ya un lavadito, que olían un poco a sudor. A sudor no, a queso rancio, llamemos a las cosas por su nombre.

Todavía no he escuchado a nadie decir que le huelen los zapatos a sudor. No somos tan finos, no. “Esto apesta a perros muertos”, esa es otra variante muy propia de mi madre.

Cuando salí del baño, Juan andaba liado con la batidora en la cocina. Yo ni caso, volví a tirarme en el sofá en busca de alguna película con que distraerme. Ni *patrás*, como dirían todos estos. Nada más que películas asociadas a la fecha: La pasión de Cristo en Antena 3, María Magdalena en Telecinco... Ufff. Tengo que confesar que esa temática no me gusta nada.

Apagué la tele y me fui a la cocina a por una Coca-Cola, con idea de tomármela mientras echaba un vistazo al Face, a ver qué se cocía entre mis amistades.

—Espera, espera —me dijo Juan cuando me disponía a tirar de la anilla de la lata—. ¿No te apetecerá más una copa de Rioja del bueno? He traído una botella para que cenemos.

Esa sí que fue buena. Daba por hecho que lo haríamos juntos, y aquí el donjuán (a él precisamente le venía como anillo al dedo tal apelativo) se había tomado la molestia de ir a buscar no solo una botella de vino carísima, también había traído una caja de langostinos. Los tenía metidos en el microondas para que se fuesen descongelando.

—¿Te gustan con mayonesa? —me preguntó.

—Y sin ella, jeje.

—Di que sí. Tú como el del chiste.

Me quedé a la espera con la boca entreabierta, y es que no sabía de qué me hablaba.

—Tonto, tonto, ¿te gustan las habas con jamón? Y sin habas también—lo contó con tanta gracia poniendo cara de lelo que casi me tiro al suelo de la risa.

—Me parto, niño. Pero que eso, que yo me los como igual, con mayonesa o sin ella.

—Me alegro, porque mira...

Levantó la batidora y esta escurría algo parecido a un caldo de puchero.

—Dicen que la voluntad es lo que cuenta —siguió diciendo—, pero en casos como este no te vale de *ná*. Creo que en mi puta vida voy a ser capaz de hacer mayonesa sin que se me corte.

—Anda, déjame a mí.

Tan decidida que entré yo al ruedo, como la que es una experta en la materia. Nada más lejos de la realidad; no tengo mano para la cocina, sobre todo porque cocinar es algo que no me gusta ni un pelo.

Todavía me acuerdo de mi primer bizcocho. Era mi cumpleaños. Cumplía los dieciséis y mis padres se habían marchado de puente. Ni corta ni perezosa, decidí hacer una fiestecilla en casa con mis amigas, así que agarré un libro de recetas de repostería y allá que fui a preparar lo que debía haber sido eso, o sea, un bizcocho para la merienda.

Lo que salió del horno fue bien distinto: un bulto carbonizado por fuera y medio crudo por dentro. Quise quitarle aquella costra negra que tenía por encima rascándolo con un cuchillo, a ver si todavía estaba aprovechable. Pero cuando le hincó un palillo de esos de los pinchitos a ver cómo

estaba de jugoso por dentro, me encontré con que estaba todo pegajoso.

Aun así, me tiré dos días en el wáter con unas diarreas de caballo, cosa que no tendría explicación de no ser porque metí dos veces la cuchara en la masa mientras la preparaba para ver si estaba al punto de azúcar. Creo que uno de los huevos debía estar en mal estado. Ya me dio mala pinta el color de la yema al cascarlo, y no solo eso, sino que me dio también un tufillo que... en fin.

Pues nada, aquel bizcocho fue a parar enterito a la basura, pero con lo de la mayonesa no estaba dispuesta. Había visto cómo la arreglaba mi madre en alguna ocasión. Aunque ella cocina de lujo, estas cosas le pasan hasta al más experto.

Cogí otro frasco de plástico parecido al de la batidora, eché un dedito de aceite de oliva, una clara de huevo y... bate que bate, aquello empezó a montar. Luego solo fue cuestión de ir añadiendo poquito a poco aquel caldillo que había preparado aquí mi amigo. Juan me lo alabó como si una hubiera hecho un milagro.

—Guauuu. Tomo nota para la próxima. Bueno, no. Creo que mejor la seguiré comprando ya hecha.

—Qué vagos sois los tíos para la cocina—le dije para pincharle un poco.

Mira tú quién fue a hablar. Con tal de no ponerme el delantal y agarrar los cacharros de cocina, lo que haga falta. Anda que no me he comido ya fabadas y callos de lata. Y tortillas de patatas envasadas, y arroces de esos congelados... lo que me echen.

## Capítulo 7



Lo mío no tiene perdón, lo sé. Cuando abrí los ojos al día siguiente y observé la lámpara del techo, yo también me quedé muerta, a qué negarlo. Aquel plafón no tenía nada que ver con el globo de mimbre que pendía del techo de mi dormitorio.

Cerré los ojos otra vez, maldiciendo mi estampa y sin atreverme a moverme. No quería comprobar lo que daba por sentado; que estaba acostada en su cama y que le tendría a mi lado, durmiendo como un angelito. Pero sí, ahí estaba él, en aquella súper cama de 1,50, en pelota picada como yo, con un brazo sobre su vientre, el otro flexionado sobre la almohada y la cabeza ladeada hacia la ventana. Tal cual lo describo. Para hacerle un cuadro, señores.

Me levanté con todo el cuidado del mundo para no despertarle, recogí mi tanga y mi sujetador del suelo (las únicas prendas mías que vi) y salí de allí cagándome en todo lo que se menea, hablando mal y pronto.

Pensaba encerrarme directamente en mi cuarto, pero me lo pensé mejor y tiré para el salón por echar un vistazo. Total, aunque estuviera desnuda, la única que podría verme de tal guisa sería Alexia, a lo sumo.

Fue en él donde me encontré el resto de las pruebas del delito: la botella de Rioja vacía, sobre el mantel de la mesa grande. En la del sofá, cinco latas de tónica y una botella de ron a la que quedaba como un par de dedos. Entre los cojines, mi short y mi camiseta corta, hecha un guiñapo y empapada.

Ahí fue cuando empecé a recordar el numerito de la velada. Me estaba contando Juan una historia de esas que dan yuyu, algo relacionado con una aparición. Según él, era una historia verídica, algo

que le había ocurrido a su tatarabuela en los años de la Tana y que había corrido de boca en boca entre las siguientes generaciones.

Tonta de mí, me lo estaba creyendo todo y seguía el relato con el corazón en un puño, y es que a Juan también se le da de miedo eso de meter toda clase de detalles escabrosos, por lo que pude comprobar.

Cuando más asustadilla me tenía, ¡zas!, pegó un grito espantoso y se abalanzó hacia mí con la simple intención de acojonarme ya del todo, porque lo cierto es que no llegó ni a tocarme.

Esta que está aquí, justo en ese momento se disponía a dar un trago de su cubata, pero con el sobresaltó se tiró el cubata entero por encima. El vaso fue a parar al suelo, aunque no se rompió gracias a la alfombra. El muy canalla se partía.

—¡La madre que te parió! —dije llevándome las manos al pecho—. Casi echo el corazón por la boca del susto.

—Pero qué inocente que eres, Idaira. ¿Tú crees en estas cosas?

—Pues ya ves, contigo y tus maneras de contarlas, se traga ya una todo.

—Pobrecita ella, joé. Espera que te sirvo otra copa.

El muy vacilón volvió de la cocina, trayendo también el rollo de papel. Cortó un buen trozo y me lo presionó contra la camiseta para empapar lo más gordo.

Creo que ahí fue donde empezamos a tontear dándonos un piquito. Poco más retenía mi memoria. Lo que sí que se me vino claramente al pensamiento fue la imagen de esa otra persona que a esas horas ya tenía que estar de vuelta en su casa, ajeno a lo que se había cocido de madrugada en nuestro piso.

Agarré el móvil y me encontré con que tenía dos mensajes de dos chats. Uno era de él, el otro, de Alexia. Se ve que el de Bony no debió sonar, porque era de las once y media de la noche. Yo tuve el teléfono todo el tiempo allí delante en la mesa, pendiente por si me escribía, pero nada, cosa que me extrañó. Esas son las gracias del wasap.

Como es de esperar, abrí primero el de Bony. Qué lindo él.

“Espero que la princesa de los labios de fresa tenga dulces sueños. Yo me acuesto ya también, que acabo de llegar y estoy rilado”

Para contraste, el de la otra cachonda. Me lo había escrito a las tres y media de la mañana, hora en que debió llegar. Se conoce que a esa también le cundió la cena.

“¿Qué pasa, bruja? Que el que se fue de Sevilla es el que ha perdido la silla, ¿no? Buena fiestecita os habéis montado, titi. Menos mal que no querías, jeje. Por cierto... os he cerrado la puerta del dormitorio para que no cojáis frío. ¡Me ha dado pena veros en cueros ahí acurrucaditos!”

Lo remataba con el emoji del abracito, malas *puñalás* le den.

Cogí mi ropa y me fui pitando para mi dormitorio. Me metí en la ducha y no sé cuánto tiempo estuve regocijándome con el agua caliente. Con decir que volví a lavarme el pelo, ya lo digo todo.

Sintiendo el chorro resbalar por mi cuerpo, traté de poner en orden mis ideas. Estaba claro que nadie me había obligado a hacer nada que yo no quisiera, pero ello no quitaba para que me muriese de vergüenza, pensando en cuando se levantarán aquellos dos.

Decidí quitarme de en medio para retrasar el momento de verles las caras, y salí a la calle con intención de desayunar en cualquier bar. Tarará que te vi, Idaira. Las ganas mías, que no tuve en cuenta que en un Viernes Santo no encuentras abierto ni qué te digo yo a ti.

No obstante, no regresé a casa. En lugar de ello, me monté en el tranvía y aterricé en el parque de María Luisa. Llevaba como media hora dando vueltas por aquel entramado de árboles y fuentes,

cuando recibí la llamada de Bony.

Por un momento estuve tentada de no cogerlo. Me daba hasta vergüenza hablar con él, lo juro. Cualquiera dirá que yo no tenía ningún compromiso todavía con él, y es cierto, pero aun así... No. No estaba bien lo que había hecho. Tenía que aprender a controlar un poquito lo de la bebida.

A ver, no es que una sea una borrachina, pero si es verdad que a veces se me ha ido la mano y a partir de ahí ya me ha dado igual ocho que ochenta. Eso es lo que no podía consentirme. Mente fría, Idaira, mente fría...

## Capítulo 8



—Buenos días, pero buenos, buenos. Ya está el Bony de vuelta en Sevilla y con unas ganas locas de verte, muñeca, ¿qué estás haciendo?

—Buenos días, Bony. Me alegro de escucharte, ¿qué tal ha ido por Santander?

—De lujo, pero vamos, que podía haber estado mejor si hubieras venido tú—me soltó así a lo tonto.

—¿Yo? ¿Y me puedes explicar qué se me ha perdido a mí en un congreso de Arquitectura?

—Pues nada, mujer, hacer turismo por la ciudad, comer en los mejores restaurantes y dejar que te bese, si es que te gustó tanto como a mí.

Se me revolvieron todos los cimientos, esa es la realidad. Si quería, contaba con la posibilidad de hacerme la sueca y no tenerme en cuenta a mí misma eso de que estaba jugando a dos bandas, pero lo estaba haciendo.

No era mi estilo mirar hacia otro lado. Si algo me había dicho siempre la madre que me parió, que para eso nadie me conocía como ella, era que yo siempre cogía el toro por los cuernos. Y aquella no debía ser una excepción.

Debía decantarme por uno y el candidato ideal tenía un hombre; Bony. El otro era un vividor follador, como diría Amador en “La que se avecina”, y yo una mamarracha que, sabiéndolo, había caído en sus garras. ¡Gañán!

—Ah, vale, vale—le contesté a Bony mientras mi cabeza daba vueltas y más vueltas.

—¿Tienes planes para hoy? —me preguntó sin dilación.

—Pues todavía nada. De momento estoy dando una vueltecita por el mismísimo Parque de María Luisa, pero no creas que está demasiado concurrido. Por no tener, no tengo ni dónde tomarme un cafecito.

—Eso lo arreglo yo en un pis pas. Ahora mismo me subo en el coche y te recojo, ¿te he dicho que en mi cocina ponen el mejor café del mundo?

Miré al cielo y comprobé que las amenazantes nubes volvían a hacer acto de aparición, por lo que no era en absoluto descartable que me pusiera como una sopa de seguir por allí.

—Pues no sé, ¿a tu casa?

La vocecilla que debí poner engañaba. Lo había dicho como si el hecho de ir a su casa me diera demasiado respeto. En definitiva, como si no hubiera roto nunca un plato, cuando venía de hacer añicos la vajilla entera.

—A mi casa, pero, a ver, mujer, que estoy hablando solo de un cafecito. Ya verás lo bien que te va a sentar.

No sé exactamente ni lo que le contesté. Solo sé que ni quise ni pude zafarme de la invitación.

Por un lado, estaba deseando verlo, aunque por el otro se me cayera la cara de vergüenza. Tenía la sensación de que llevaba un cartel con la palabra “culpable” en la frente, por lo que tocaba disimular.

—Tan bonita como siempre—me dijo mientras se bajaba del coche para abrirme la puerta, pues

no lo había más educado.

Y pensar que el pobre me tendría a mí por una persona tan formal como lo era él... Hasta me dolía el pecho de la presión que sentía. Y, tampoco es que él fuera tan desencaminado, porque yo no le había hecho una jugarreta así en mi vida a nadie. Y para una vez que la hacía, la culpa había sido del alcohol.

...Del alcohol y mía, que debía ser más tonta que Pichote. ¿En qué momento me había dejado liar por Juan, con el rollito del vino y los langostinos?

*“El vino, qué tiene el vino, que alegra las penas mías...”*, dice la letra de unas famosas sevillanas. Pues en mi caso habría sido al contrario, el vino me había agriado bien el día. El vino y los cubatas después del vino.

Para más inri, ni me acordaba de una sesión amatoria que debió ser de aúpa, porque Juan tenía una pinta de empotrador que no podía con ella, pero lo dicho... No me acordaba de nada. De chiste, una jodienda de esas que no tiene enmienda.

Es un decir, porque la enmienda la iba a buscar yo, levantando entre Juan y mi persona un muro que dejaría anonadado al mismísimo Donald Trump, que era el rey de ellos.

Me subí en el coche y él me volvió a enseñar las llaves, por si me apetecía conducirlo.

—No, gracias, no te preocupes, no tengo hoy el cuerpo para jotas—le contesté sin pensarlo.

—¿Y eso? No me digas que has pasado mala noche, porque por tu aspecto nadie lo diría. Estás preciosa, ya te lo he dicho.

Para matarme a escobazos era lo mío, qué cabrona. Un hombre así derretidito por mí y yo haciendo el tonto por ahí.

—Sí, un poco de mala noche—le contesté pensando que ojalá que el cartel de “culpable” solo estuviera en mi mente.

—¿Y eso?

—No sé, creo que me sentó un poco mal la cena.

Ni que me hubiera tomado medio kilo de pepinillos en mal estado. Si él supiera... Y mal ejemplo se me había venido al coco, que un pepinillo sí se me había colado en el cuerpo, pero no precisamente por la boca (o sí, que mejor no pensar).

Ay, Dios, qué mal me sentía... Mandaba narices, la había liado parda sin darme apenas cuenta. Más me valía sacarme todo aquello de la cabeza o me iba a estallar.

Con Alexia, mi secreto estaba a salvo. Antes de que llamase Bony le había escrito y dicho que, por lo que más quisiera, no le dijera ni media palabra de mi rollito con Juan a Nacho. Al fin y al cabo, él y Bony eran amigos, y nada tendría de particular que Nacho se lo contara.

Llegamos a casa de Bony y ahí comprobé que el niño vivía en una chabolita, sí, precisamente... Menudo ático que se había agenciado. Si la terraza de nuestro piso era hermosa, la suya parecía un estadio olímpico. Y eso por no hablar de las dimensiones de las estancias interiores, todas las cuales habían sido decoradas con un gusto exquisito.

—La Virgen, ¿la has decorado tú? —le pregunté porque vaya mano que tenía quien lo hubiera hecho.

De estilo minimalista, lo cierto era que no le sobraba ni le faltaba un detalle para crear un conjunto armonioso, en el que imperaban los tonos blancos. La calidez se dejaba reflejar en cada uno de los rincones de una casa que, además, recibía el sol por doquier.

—¿Yo? Qué va. Fue mi hermana Sara, que tiene una mano para la decoración impresionante. Es interiorista, de hecho. Yo, como buen arquitecto, encargué algunas reformas sobre plano, pero de

“vestir” la casa se encargó ella.

—Pues dile de mi parte que ha hecho un gran trabajo cuando la veas.

—Difícilito lo veo, porque no nos hablamos ahora, y eso que vivimos en el mismo edificio.

—¿No te hablas con tu hermana?

—Pues va a ser que no. Sara es que es un poquito suya y no hay Dios que la contradiga en nada.

—¿Es tu hermana mayor?

—Sí, y un poco marimandona, por no decir un montón.

Acabáramos, qué mala suerte tenía este chico con las mujeres de su vida. Primero, la tal Patricia, que lo debió dejar tirado como una colilla. Y segundo, su mismísima hermana, que tampoco debía ser demasiado de fiar.

Yo lo sabía por mi prima Conchi, que tenía ese mismo talante. Ella era la mayor de las primas y de toda la vida de Dios había intentado ningunearnos al resto. A resultas de aquello, ninguna la podíamos ver ni en pintura, por lo que no me extrañaba ni lo más mínimo que Bony la hubiera mandado a freír espárragos, dado que una hermana metomentodo y encima vecina, era una auténtica joyita.

Pensar en esa mala suerte que tenía el pobre no me hizo sentir en absoluto mejor, porque tenía guasa que, ahora que se ilusionara nuevamente, lo hiciera con alguien como yo, que lo primero que había hecho era adornarle la cabeza con un buen par de...En fin, mejor me callo la boca.

—¿Estás bien? —me preguntó, viendo que me había quedado pillada.

—Sí, sí, perdona. Es que me estaba acordando de una prima que tengo que también es así.

—Pues entonces ya sabes de lo que te hablo, ¿verdad?

—Sí, sí, te considero, qué rollo.

—Bueno, no pasa nada, créeme que tengo cosas más importantes en las que pensar ahora mismo que en mi hermana—me confesó con unos ojos chispeantes que no me quitaba de encima ni a la de tres.

—¿Sí? A ver, déjame adivinar, ¿soy yo una de ellas?

Me aventuré a preguntárselo porque sus ojos me indicaban que sí y porque, justo en ese instante, me vine arriba a tope.

De repente, caí en la cuenta de que aquel chico me estaba gustando más por momentos y, seamos sinceras, a nadie le amarga un dulce. Me refiero al hecho de que el entorno en el que vivía también ayudaba un poco, que allí parecía que íbamos a rodar una serie de televisión de esas de lujo.

Espero que no se me malinterprete, pues ni mucho menos me considero una persona interesada, pero hay que reconocer que un ambiente tan especial te hace sentir bien, por mucho que una aspire a ganarse el pan por sí misma.

—Por supuesto que lo eres.

Se lo puse a huevo, y claro, él lo bateó... Me refiero a que volvió a envolver mis labios con los suyos para nuevamente dejarlos impregnados de un dulzor que compitió con el del café con leche y doble de azúcar que me sirvió a continuación.

Las nubes nos habían dado una tregua y el sol comenzó a salir tímidamente, por lo que decidimos tumbarnos a tomarlo en dos hermosas hamacas que, al efecto, tenía en la terraza.

—¿Dónde quieres que cenemos esta noche? —me preguntó sin más.

—¿Esta noche? Pero a ver, Bony, ¿todavía estamos desayunando y ya estás pensando en la cena?

—Sí, te explico; el congreso ha ido fenomenal y vengo cargado de un buen puñado de ideas que vendrán fenomenal a nuestro estudio, ¿hay alguna razón para que no quiera celebrarlo con la chica a la que llevo días echando de menos?

—Jo, ha sonado muy profundo. —Sí que lo había sonado, para qué íbamos a decir lo contrario.

—Tal cual lo he sentido. ¿O es que tienes otros planes?

—No, no. —Mi respuesta fue de lo más apresurada. El resto de “los planes” que yo pudiera tener iban a quedar desterrados desde aquel día, porque había llegado la hora de priorizar.

—Pues entonces no se diga más. A media tarde te llevo para que te cambies y te recojo para cenar. De paso, si quieres echar unas cuantas cositas en una bolsa y quedarte, ya me harías el hombre más feliz del mundo.

No se andaba con rodeos el muchacho. Acababa de decirlo alto y claro. Nada más llegar de Santander, me estaba proponiendo que pasáramos esa primera noche juntos, tras lo cual poca duda me quedaba de que me propondría lo mismo para el resto del fin de semana.

A las siete de la tarde puse los pies en casa. Lo hice de puntillas porque no quería encontrarme con Juan. Como si fuera “la misteriosa” pasé de largo cuando llegué a su cuarto.

—¿Idaira? —me preguntó él.

—Tengo prisa, Juan. Me voy a dar una ducha, no vengo con tiempo de nada.

—Pero, mujer, algo tendremos que hablar, ¿no?

—Tendrá que ser en otro momento. Yo aquí soy solo un holograma, visto y no visto.

Lo dejé pasmado con la palabra en la boca y debió resignarse, porque ya no se atrevió a volverla abrir más. Él estaba solo en casa y yo lo único que quería era salir de ella. En esos momentos, hubiera firmado por no tener que volver a poner nunca más los pies en aquel piso.

## Capítulo 9



En vista de la propuesta de Bony, metí en una bolsa de deportes mi cepillo de dientes, ropa interior de repuesto y ropa cómoda de estar por casa; una camiseta larga de tirantes, una falda larga de estilo hippy y unas sandalias planas.

Mientras me duchaba, seguí con el come, come de tarro. Solo había podido apartar mínimamente el temita de mi pensamiento durante esas horas previas compartidas con Bony.

Tampoco pude evitar que se me cayesen algunas lágrimas por los remordimientos de conciencia, con lo que salí de la ducha con los ojos enrojecidos también, además de unas ojeras tremendas que daban el cante de que una había pasado media noche de jolgorio.

Pese a todo, a Bony le había parecido que estaba fantástica, así que me dispuse a sacarme el máximo partido para que pudiera hablar, pero con razón. Me eché unas gotitas de Vispring en los ojos para blanqueármelo (truco que nunca falla) y saqué el corrector de mi neceser de maquillaje.

No he sido yo nunca de maquillarme en exceso, salvo en casos especiales como cenas de Navidades y tal. Sin embargo, aquel día me esmeré a base de bien. Bueno... con la ayudita de un tutorial de YouTube, reconozcámoslo. Seguí los pasos de aquella quinceañera y me preparé unos ojos ahumados con sombras negras chulísimo. Solo me faltó colocarme unas pestañas postizas, y no porque no las tuviese, que sí, pero me parecía ya demasiado. Me las regaló Laura en su día, me acuerdo perfectamente de mi reacción al verlas.

—¿Esto qué es, criatura?

—Ya lo estás viendo, lo que llevan la mayoría de *celebrities* cuando acuden a cualquier evento —

me contestó.

—Sí, ya, como la Carmen de Mairena, no me jorobes.

Di la imagen de una ingrata total, lo sé, cuando la chiquilla me las estaba regalando con toda la ilusión del mundo. En fin...

Terminada ya de maquillar y de peinar, cogí uno de mis mejores vestidos del armario, pero era incapaz de subirme sola la cremallera hasta arriba, de manera que busqué a Alexia, que andaba por la terraza apoyada sobre la barandilla, mirando absorta al cielo a través de su telescopio.

A mi amiga siempre le ha fascinado la astronomía y a veces ha tratado de inculcarme su afición, pero a mí como que no me van mucho esas cosas. Yo miro al firmamento por la noche y todas las estrellas me parecen iguales. Ella se queda flipando señalándome unas y otras. Que si eso es Saturno, que si esto y que si lo otro. Anonadada como estaba, no me escuchó acercarme a ella y se sobresaltó.

—Ay, Dios. ¡Qué susto me has dado, *joía!*

—Lo siento, niña. No era mi intención. Échame una manita, guapa —le pedí volviéndome de espaldas.

—Muy guapa tú, no yo, pero te veo un tanto apagada, Idaira. Hazme el favor, ¿vale? No te comas más el coco. Olvídate de todo y disfruta esta noche con Bony todo lo que puedas.

—Ya. Es fácil, pero...

—Ni peros ni niño muerto. Ya está bien, que estás un poco *gartible*.

*Jartible*. Otra palabrita más de la que tomar nota por allí.

Alexia cayó en un detalle que a mí se me había pasado por alto.

—Tan mona tú con el maquillaje que te me has hecho, ¿y te piensas ir con esas uñas? Ya te vale, guapa.

—Joooder. Con las carreras ni me he dado cuenta. Pues ya no me da tiempo. Bony tiene que estar a punto de desaparecer.

—¿Cómo que no? Tráete el esmalte —me dijo entrando en el salón —que yo te las pinto en un santiamén.

Le hice caso. Y si no llega a ser por su ofrecimiento, me voy con las manos tal cual. Estaban mis nervios como para andar ahí a pulso con la brochita. Me hubiera pintarrajeado hasta los nudillos. Eso sí, cuando Bony llamó al telefonillo anunciándome que ya estaba abajo, salí soplándome las uñas para acelerar el secado.

Pero ya se sabe lo que dicen: vísteme despacio que tengo prisa. Pues eso, que con tanta carrera me dejé olvidada arriba la bolsa de deportes. Y no me dejé la cabeza porque una tiene pescuezo como todo hijo de vecino que, si no, también. Ni cuenta me di del despiste.

Estaba saliendo por el portal cuando Alexia me llamó por teléfono. Qué oportuna, pensé, y es que Bony ya estaba allí fuera, esperándome con una sonrisa y un brillo en la mirada que delataban su entusiasmo. No quería entretenerme.

—¿Qué pasa?—le pregunté incomodada.

—Sal y mira para arriba, que estoy en la terraza, corazón.

Levanté la cabeza y allá que la vi, balanceando en el aire mi bolsita rosa de deportes.

—¡Ay, la virgen! ¡Espera, que subo otra vez!

—¡Nooo! ¡Aparta!

La muy loca no me dio opción a réplica. Miró a ambos lados, vio que no pasaba nadie en ese momento y me la tiró sin más.

—¡Ea! ¡Ya te he ahorrado el viaje! ¡Pasadlo bien, chicos!—saludó a Bony agitando la mano—. ¡Cuídamela, guapetón!

—¡¡Descuida!! —le grito él también, devolviéndole el saludo.

Casi me rompe el tímpano con el chillido. No sé de dónde sacó semejante torrente de voz, y es que Bony es una de esas personas de voz aterciopelada que habla a un volumen moderado tirando más bien a bajo, tanto que, a veces, tenía que afinar el oído para entenderle. No quisiera ser yo la que me peleara con este, pensé en ese momento, a cuenta del grito.

—Estás increíble —me dijo mirándome de arriba abajo, según nos metimos en el coche.

—Muchas gracias. Tú también estás muy guapo.

—Ummmm, ¿qué llevas en esa bolsa? No me lo digas, déjame adivinar. ¿Un pijama para quedarte en mi casa, tal y como te pedí?

Caliente, caliente, pensé, pero me lo callé. No quería dar la impresión de estar haciendo un juego picarón con las palabras.

—Bueno, por ahí va el tema, jeje —le respondí en lugar de lo otro.

—¿Dónde te apetece cenar hoy?

—Donde quieras tú.

—Vale. ¿Te fías de mí entonces?

—Anda, ¿y por qué no? Claro que me fío.

—Venga, pues te voy a llevar a un sitio que creo que te va a gustar mucho.

—Apuesto por ello. Vamos, arranca.

—A sus órdenes, mi reina.

Su reina... Ya no era la princesa de los labios de fresa de aquel wasap suyo. Estaba claro que una también iba ganando puntuación a pasos agigantados, cosa que me encantó, como es normal. De hecho, el talante me cambió por completo al oírle aquella palabrita mágica.

Bony me llevó esa noche a un restaurante hindú precioso. Se veía que aquel bombón se conocía todos los sitios de élite en lo que a restauración se refiere.

Hablando precisamente de Alexia mientras cenábamos, y de la bonita pareja que hacían ella y Nacho, quise indagar un poco más en todo aquel extraño asunto de su ex, pero Bony me cortó. Con toda la delicadeza del mundo, sí, pero me echó el freno de mano.

—Si no te importa, preferiría no hablar de eso ahora. No me apetece para nada removerlo, y menos estando contigo —me dijo un poco serio.

—Vale, vale, perdóname la indiscreción —le pedí.

—No te preocupes, mujer —me acarició ligeramente una mano por encima de la mesa, a la par que lo dijo.

A partir de ahí, cambió de tercio radicalmente. Me contó dos o tres anécdotas más sobre su viaje,

un cotilleo sobre Fede, cuyo tic no tenía desperdicio, y muchas otras cosas. Por mi parte, tampoco era muda y estuve todo el tiempo atizando la conversación. Parecíamos dos putas cotorras espídicas.

Al terminar de cenar, Bony me ofreció tomar una copa donde yo quisiera; en cualquier pub o en su casa. No me apetecía andar dando muchas vueltas por ahí, a pesar de que el tiempo se estaba comportando. La lluvia parecía haber resuelto darnos una tregua, de modo que pensé que en su súper terraza estaríamos tan a gusto. Aparte, arrastraba todavía el cansancio de la noche anterior.

—¿Un gin tonic? —me preguntó sacando el hielo del congelador.

El estómago se me puso en pie con la sola mención. Gin tonic, justamente...

—Gracias, pero preferiría algo más ligerito, a poder ser. ¿Tienes algún licor sin alcohol o algo así?

—Voy a ver —metió mano al botellero de la entrada del salón—. ¿Te gusta esto? Es licor de manzana verde, está sin abrir todavía.

—Venga esa copa. Me gusta, sí.

Volvíamos a salir a la terraza, pero esa vez no nos sentamos en las tumbonas como por la mañana, sino en un sofacito de bambú blanco, con una mesita baja a juego.

Bony alzó su copa.

—Por ti —me adelanté yo.

—No. Por nosotros —me corrigió mi anfitrión.

Encendió unas cuantas velitas sueltas por la mesa y entró al salón para poner una musiquita al

volumen justo para escucharla de fondo desde la terraza.

No llevaríamos allí afuera ni diez minutos cuando comenzó a levantarse el viento, preludivando una tormenta. Tres de las velas se apagaron y a mí, con el vestidillo de tirantes, empezó a entrarme fresco, por lo que decidimos meternos en el salón para continuar la velada en el sofá.

Fue sentarse a mi lado y venírseme otra vez la imagen de Juan.

—¿Estás bien? —creo que Bony debió notarme algo extraño de golpe en la expresión.

—Ehhh, sí, tranquilo.

En ese momento se arrimó más a mí y me abrazó. Empezó a acariciarme la nuca con una mano y a hablarme bajito al oído.

—Creo que hay algo que me estás ocultando, mi niña, algo que te preocupa, pero tú tampoco estás obligada a contarme nada que no te apetezca.

Esas palabras me dieron un tanto que pensar. Ni le contesté. En realidad, casi que ni hubiera tenido tiempo, porque Bony, acto seguido, me cogió la cara con las dos manos y acercó su boca a la mía.

Nos fundimos en un beso de película. Ya estamos al lío, me dije, pero poco me importaba. Al contrario; me apetecía dejarme arrastrar por ese deseo de mi cuerpo, por ese deseo de sentirle, de conocer el suyo a fondo, de conocerle en su faceta de amante...

Sin despegarse de mis labios, se puso a acariciarme los senos lentamente, a masajearmelos en círculo, a pellizcar con suavidad mis pezones a través de la tela del vestido.

Después de que sus palmas recorriesen a su antojo mis caderas y mis muslos de arriba a abajo, se apartó despacio de mí y se puso en pie. Se desabrochó un par de botones de la camisa y ahí paró.

Debió pensárselo mejor y me tendió una mano.

—¿Vamos a mi dormitorio? —creí advertir la duda en sus ojos.

Preferí no contestar a aquella pregunta. Acepté su mano con una tímida sonrisa y me dejé guiar por él hasta aquella habitación, formidable como el resto de la casa.

La de Bony no era una cama corriente, no. La suya era una de esas camas de diseño futurista, baja y de una sola pieza, con barra de leds roja incluida en la cabecera. Desde que las descubrí por casualidad en fotos por internet, estaba antojada de tener una así.

Al pie de la cama, me hizo darme la vuelta para bajarme la cremallera del vestido. Y en la misma postura, sin volverme, comenzó a acariciarme los hombros. Sus labios buscaban mi nuca. Su cuerpo, apretándose contra el mío, se encendía por segundos. Notaba la presión del bulto que crecía poco a poco bajo sus pantalones.

Bony me apartó la melena y me besó el cuello, aunque esos besos fueron dando paso a unos mordisquitos, ligeros al principio, pero que fueron ganando en intensidad. La sacudida de mi cuerpo por los escalofríos no le dejó indiferente; pareció excitarle más aún.

Quise darme la vuelta para verle cara a cara, pero me lo impidió agarrándome con un brazo por la cintura. Con su mano libre se bajó el pantalón y, sin soltarme, me hizo ponerme a cuatro patas sobre el colchón.

Yo no paraba de seguirle la corriente sin replicar. Bony se colocó por detrás de mí y me separó las piernas. Me bajó el tanga hasta las rodillas y se agachó para lamer mi sexo, que a esas alturas rezumaba ya humedad.

Su lengua también cobraba vigor por momentos, al punto de que, sintiendo los lametones por aquí y por allá, no pude resistirlo más y... pues eso, que mis contracciones estallaron en su boca, mientras él seguía con ambas manos sujetándome las nalgas para tenerme abierta de par en par a su disposición.

Más empeño le puso todavía al asunto oyéndome aullar como una loba, y es que yo tampoco me corté ni un pelo. Estaba segura de que aquellos tabiques estaban bien insonorizados. Su lengua era un verdadero torbellino incansable.

Cuando los gritos de esta que suscribe fueron dando paso a una coletilla de discretos gemidos, mi amante puso en marcha ese otro órgano que esperaba ansioso su turno y me embistió desde atrás como una bestia parda, agarrándose a mi cintura. Por poco me parte los piños contra las luces del cabecero.

Parecía mansito el chaval, pero nada de eso. Me enganchó por la melena, enroscándose en una mano, y me penetró con una furia que no había percibido en ningún otro hombre en toda mi vida.

Aquel chaval de voz dulzona y educación intachable dio paso en la intimidad del dormitorio a un ser completamente distinto, tanto que hasta llegó a darme un poco de miedo en momentos puntuales.

Incluso llegó a soltar por su boca una serie de palabras y expresiones que no me quedaría muy fino reproducir por aquí, pero bueno, dicen que en la cama todo vale, y yo, que tampoco tenía tanta experiencia, no le di a eso demasiada importancia.

Era un juego de lo más picantón, algo con lo que no contaba. Era un juego muy excitante, pese a la brusquedad. Era la primera vez que lo hacíamos y me había cogido con muchas ganas. Demasiadas ganas, aunque ello no quitó para que se alargase no sé cuánto. Qué pedazo de polvo, nunca mejor dicho...

## Capítulo 10



Otro amanecer y otra extraña sensación. Otro dormitorio que nada tenía que ver con el mío. Otro hombre durmiendo plácidamente a mi lado.

La diferencia es que esa mañana una no estaba dispuesta a salir huyendo por la puerta trasera, y que, además, tenía bien anclado en la memoria todo lo sucedido horas antes sobre aquella cama, con pelos y señales.

Me había despertado con muchas ganas de ir al baño, pero Bony me tenía echada una pierna por encima, con lo cual, por mucho cuidado que quise poner para no molestarle, de poco me sirvió. Se espabiló de inmediato.

No contento con tenerme apresada de esa forma, me agarró con un brazo por la cintura, inmovilizándome.

—¿Dónde vas, princesita mía? ¿Ya quieres abandonarme? —dijo con ronca voz fingida, pero con tonito vacilón.

—Buenos días, príncipe de las mareas —le respondí, colocándole a la altura de mi nueva condición. Estaba visto que la “reina” que salió por el portal había descendido unos peldaños al amanecer.

—¿Has dormido bien?

—Y del tirón.

—Me alegro. Oye, ¿te apetece desayunar unos churritos con chocolate?

Los visualicé en mi cabeza y la boca se me hizo agua.

—Qué brujo eres. Mato ahora mismo por semejante desayuno.

—Tampoco es para ponerse así, muchacha. Pues venga, arriba.

Es curioso. No sé por qué, contaba que aquel amante tan fogoso querría guerra otra vez al despertarse, pero no fue así, cosa que, si he de ser sincera, agradecí en cierto modo.

Todavía sentía el ardor interno de aquella brutal sesión nocturna. Ahora en serio; que solo lo hicimos una vez, hasta ahí estamos de acuerdo, pero fue como hacerlo dos o tres veces seguidas. Además, Bony no había sido muy delicado que digamos. Me había dado la del pulpo en todas las posturas habidas y por haber. Yo no sé a qué hora terminaría aquel homenaje. ¡Madre del amor hermoso!

Nos duchamos cada uno en un baño distinto por petición mía (también tenía ganas de hacer de vientre, ¡qué apurazo!) y cogimos la puerta. Bajando en el ascensor hasta el garaje, Bony me dio un pellizquito en la cintura y me guiñó un ojo. Le sonreí sin decir nada.

Siendo sábado, el ambiente en la calle era ya muy distinto al del día anterior. Todos los comercios estaban abiertos y los bares empezaban a animarse.

Nos sentamos al solecito (había salido, por suerte) en una terracita del popular barrio de Triana. Quise immortalizar el momento haciéndome una selfie con él y el puente de fondo, pero a Bony no pareció hacerle mucha gracia la idea. No obstante, me la quitó con el mismo arte que rehusara hablar de lo de su ex durante la cena.

—Ainsss, no me hagas esto, porfi. Odio hacerme fotos, salgo fatal. Pero te compensaré llevándote

a ver una cosa dentro un rato. ¿Te parece?

—Claro.

Qué remedio, ¿no? Hay muchas personas que eso de las fotos también lo llevan fatal. Mi madre, sin ir más lejos. Cualquiera la pillá, y menos todavía si no está arreglada. No he visto mujer más coqueta.

A lo que íbamos, que ya sé que se me da de perlas eso de desviarme del tema. El guapo sevillano me hizo un tour por los monumentos más destacados de la ciudad, esto es, la catedral, los Reales Alcázares, el Archivo de Indias, etc, etc. Visitamos hasta el mismísimo Palacio de Dueñas, de la ya fallecida duquesa de Alba.

Entramos en todos los que pudimos (algunos eran solo por visitas concertadas), y Bony se lució a base de bien como guía turístico. Defecto profesional, que se dice.

Esta que está aquí no tiene ni puñetera idea de estilos arquitectónicos. Todo aquello lo vio por encima en sus tiempos de estudiante de instituto, pero lejos me quedaban ya. Lo de una es el diseño publicitario, eso en lo que me había especializado y que me había traído hasta la capital hispalense. Sin embargo, aparenté todo el tiempo mi interés en todas sus explicaciones.

Justo cuando nos disponíamos a sentarnos a comer en otra terraza (esa vez, de una lujosísima marisquería), me llamó Alexia.

—¿Qué tal, guapa?

Conociéndola, se me hizo raro que me llamase tan solo para eso, y más, sabiéndome en compañía de Bony.

—Bien, bien, ¿ocurre algo?

—No. Estás con Bony, ¿verdad? —me preguntó.

—Claro, pero dime —por si acaso quería decirme algo que él no debiera escuchar, le hice una seña con la mano como de disculpa. Me levanté y me aparté un poco de la mesa, dándole la espalda.

—No, nada, solo quería que supieras que me voy con Nacho. Creí que saldríamos también a comer por ahí y poco más, pero me tenía preparada una sorpresa, chica.

—¿Una sorpresa? Cuenta, cuenta.

—Pues que se ha plantado aquí hace un rato y me dice que nos vamos para Huelva, al hotel ese de su tío. Ha pensado que echemos allí el finde, así que volveremos mañana domingo por la tarde noche, calculo.

—Vale, vale, no te preocupes —ladeé un poco la cabeza y miré a Bony de reojo con disimulo. Andaba a lo suyo, como leyendo algo en su móvil.

—No me preocupo, solo te recuerdo que Juan está en casa y que no tiene mucha pinta de largarse hoy. Anda ahí tirado en el sofá con cara lánguida, así que tú veras, vuelves o te quedas también esta noche con tu Bony.

—Vale, cariño. Te dejo que vamos a comer. Tranquila, que lo tendré en cuenta. Un besote.

Se lo dije volviéndome ya y en voz alta para que se me oyese. No sé cómo la mente puede tener a veces esa capacidad de reacción, y es que ya me había inventado sobre la marcha la justificación de la llamada, de cara a él.

—¿Va todo bien? —me preguntó en cuanto me senté.

—Sí, bueno, poca cosa... Era Alexia, que dice que se ha quedado bloqueada la lavadora en mitad

del lavado y que no va ni para delante ni para detrás. Me ha dicho que tenía que salir y que, si yo volvía antes, que no la tocara.

—Estos electrodomésticos de ahora, cuanto más sofisticados, más problemas dan.

—Ya lo creo, lo mismo que pasa con los móviles. El primero que tuve, hace un cerro de años, tenía ya unos seis o siete años por lo menos, si mal no recuerdo. Bueno, pues lo tuve que jubilar por aburrimiento, pero ahí seguía el tío, funcionando como el primer día. Igualito que los de ahora...

—Obsolescencia programada, que dicen. Ahí está el truco.

—Eso es, y ahora digo yo, ¿qué tenemos programado comer?

Bony me tendió la carta.

—Ahí tiene el menú, señorita. Elija usted.

—Pero bueno, ¿siempre tengo que elegir yo todo?

—No. Casi siempre, vamos a hacer una cosa, tú eliges la comida y yo el vino. ¿Lo ves bien?

—Como quieras.

Con la carta en la mano, yo no sabía ni dónde mirar, releyéndola de arriba abajo y viceversa. Todo me gustaba, pero todo costaba un riñón y medio. Aunque Bony no me consentía ni bien ni mal pagar nunca, la cosa empezaba a darme apuro, así que no quise excederme pidiendo. Ya lo hizo él con el vino, ya... No me refiero a la cantidad, sino a la calidad. Si más caro lo hubiera habido en aquel restaurante, más caro lo hubiera pedido.

Un sitio de postín, sí señor, de esos en que los camareros están todo el tiempo pendientes de todo

y no permiten que nadie moleste a sus clientes bajo ningún concepto. Menuda la rapidez con que uno de ellos salió al quite para alejarnos una gitanilla que trató de acercárenos pidiendo limosna. Me dio pena de ella, y es que era una chavalita muy joven que llevaba en brazos un crío sin zapatos, que no tendría ni un año siquiera. Así son las cosas, unos tantos y otros a la cuarta pregunta siempre.

Por mi parte, comí como una marquesa, si bien terminé chupándome los dedos con los gambones a la plancha. Ya sé que no es un gesto muy elegante, y esperé a que él cogiese el primero para ver cómo lo lidiaba. Me maravillo de la habilidad de la gente que los pela con cuchillo y tenedor, y temí que él fuera de esos y verme obligada a imitarle. Por fortuna, no fue así.

Desde allí nos fuimos a tomar un buen helado de postre cerca de la Plaza de España, uno de los rincones más bonitos de la ciudad, para mi gusto. Aproveché para hacerme una foto sentada en cada banco de delante de cada provincia. Quienes conocen aquello saben bien de lo que hablo.

Recordando que a Bony no le gustaban las fotos para nada, ni se me ocurrió volver a intentar que saliese conmigo en ninguna de ellas. Él se limitó a hacer de fotógrafo todo el tiempo, aconsejándome volver la cara “un poco más hacia la derecha” o relajar “una mijita los hombros, que se te ve como muy tensa”, y cosas por el estilo.

Buen fotógrafo, sí señor. Viéndolas luego, no sabía cuál escoger tampoco para cambiar de una vez la de mi perfil de wasap, que ya era hora. Llevaba más de un año con la misma.

Qué hombre tan completo, me dije por enésima vez en esos primeros días conociéndonos. La de las fotos era otra faceta que le descubrí esa tarde, sin saber que aquella en que era especialista de verdad estaba aún por asomarse. La vida te da sorpresas, sorpresas te da la vida...

## Capítulo 11



Aunque andaba distraída todo el tiempo con Bony de un lado a otro, tenía presente lo que me había contado Alexia. ¿Qué hacer al respecto? Por mí, encantada de echar ya el resto del fin de semana con él, pero había un detalle, y es que una se había metido en la bolsa la ropa justa para echar el sábado. Es decir, andaba con lo puesto, nunca mejor aplicado el dicho.

Supuse que Bony daría por sentado que no me separaría ya de él hasta la noche del domingo, pero lo cierto es que no se había pronunciado al respecto, con lo cual, tiré la china a ver por dónde me salía el tiro. Serían como las ocho de la tarde aproximadamente.

—Bueno, se me va acabando el duro —le dije cerrando el puño y echándole un ojo a mi reloj.

—¿Y eso? ¿Tienes algún compromiso con alguien?

—La verdad es que no, pero...

—¿Entonces? ¿Ya te has hartado de mí? —lo preguntó agachando la cabeza y haciendo un pucherito con los labios, como el niño que está a punto de romper a llorar.

—Anda ya, no seas bobo.

—Pues tú me dirás a qué viene eso de que se te ha acabado el duro.

—A ver, Bony, es una pamplina. No me importa seguir contigo, que sabes que estoy muy a gusto, pero no me he traído más ropa y necesitaría cambiarme, ya me entiendes.

—Madre mía, menudo problemón tenemos chica—ahí se llevó las manos a la cabeza como con cara de disgustazo, haciendo la pantomima—. ¿Tú crees que podríamos solucionarlo pasando por tu casa a por más ropa?—me sonrió.

—Qué guasa tienes—le respondí. Y le seguí el juego, además —. Sí, creo que lo mismo podríamos arreglar así un poco este marronazo.

—En ese caso, vamos a intentarlo. Anda que...

Cogimos el coche y enfilamos hacia el piso. De camino, iba rezando para mis adentros por no encontrarme con Juan allí; una tontería, insisto, porque viviendo los dos bajo el mismo techo, se daría la misma circunstancia a todas horas. De todas maneras, procuraría en adelante, en la medida de lo posible, no coincidir a solas con él. Mira tú por dónde, en esa ocasión lo tenía facilísimo.

Bony aparcó a apenas treinta metros del portal.

—¿Me acompañas?—le pedí, y él se quedó un tanto asombrado.

—Uy, ¿tiene miedo la princesa de perder el tacón por el camino y que no vaya luego el príncipe a buscarla? —me guiñó un ojo. —Claro que sí, faltaría más.

La primera en la frente, y es que, al ir a meter la llave en la cerradura, no entraba.

—Qué extraño —le dije al segundo intento.

—Déjame a mí —Bony me quitó la llave e intentó abrir, pero tampoco lo consiguió —. Tiene que haber alguien en casa que ha debido dejar otra llave metida por dentro.

Vaya chasco, me dije ya para mis adentros. El único al que no tenía ganas de verle el careto, ese

es el que fijo que estaba allí. Llamé al timbre, pero nada. Tuve que hacer un par de intentos más hasta escuchar de lejos el “¡ya voy, joé” de Juan.

—Idaira...

Muy contento pronunció mi nombre abriendo la puerta, pero esa alegría se transformó en un pis pas en una expresión de contrariedad en su rostro, al ver que una no estaba sola tras ella. Saludó a Bony de aquella manera y salió pitando para su dormitorio, disculpándose con que estaba hablando con alguien por teléfono.

—Pasa —le pedí—. No tardaré, pero voy a darme una ducha rápida, que estoy un poco sudada. Coge una cerveza del frigo si te apetece, que compré hace unos días unas Coronita.

—Vale.

Creo que no debí tardar ni quince minutos, el tiempo justo de darme un agüilla, recoger mi melena en una coleta de caballo y meter al tun tun en una bolsa de tela algo ropa para el domingo, sin saber todavía dónde iríamos a parar.

Bony me esperaba en la cocina, cerveza en mano, apoyado en la ventana, esa que daba a las cuerdas de tender la ropa, que en esos momentos solo tenían un paño de cocina aireándose. Era una de las muchas manías de Alexia, que según terminaba de secar los cacharros tenía que colgar el trapo “para que no coja olor a humedad”.

Viéndole allí, me vino de golpe a la memoria la excusa de lo de la lavadora y la miré. Estaba más vacía que los ojos de un ciego. Como Cagancho en la plaza de Las Ventas, podía quedar servidora... Y casi, si no es porque mi agilidad mental volvió a socorrerme. A Bony no se le había escapado el detalle. ¡Qué tío!

—Ummm, estás muy guapa con el pelo recogido así. ¿Nos vamos ya?

—Estoy lista, vámonos.

Saliendo de la cocina, me la señaló. Tenía la puerta entreabierta y, allí en el tambor, como he dicho, ni rastro de ropa, al igual que en los cordeles.

—Los chicos han debido llamar a algún técnico para arreglarla —me dijo alzando una ceja.

—Sí. Estas lavadoras secadoras (lo de secadora sobra; otra trolilla) tienen mucha guasa, y aquí, encima, le damos mucho tute, vaya... que no nos molestamos ni en tender. Es meter la ropa sucia y sacarla lista para guardar. —Me sentí mal teniendo que volver a mentirle, pero no me quedó otra.

—¿Qué hacemos esta noche? ¿Salimos a dar una vuelta y picamos algo por ahí o nos quedamos en casita y cenamos allí más cómodos?

—Venga, vamos a tu casa —le contesté.

¿Qué otra cosa podría haber hecho con tal manera de plantearme las dos opciones? Tampoco es que me arrepintiera en absoluto. Bony, que se veía que tenía buena mano en la cocina (pese a que inicialmente me despistó), preparó con arte en un abrir y cerrar de ojos unas almejas a la marinera y unos filetitos en salsa que estaban de rechupete.

—¿Quién te ha enseñado a cocinar? —quise saber.

—Si te soy franco, nadie. Pero cuando uno vive solo como yo, tiene que apañárselas a base de libros de cocina y tirando de recetas por internet.

Lo que yo digo; un hombre de los más completo. Cocinero y todo el niño. Para mí, el complemento ideal.

Las horas siguientes a su lado fueron parecidas a las de la noche anterior, solo que esa vez no salimos para nada a la terraza. Ni falta que hacía, porque con aquel pedazo de sofá tan confortable, las luces indirectas y la suave música instrumental, no podía haber mejor escenario.

En cuanto a la sesión de cama, más de lo mismo. Pensé que esa segunda vez quizás se mostraría algo más tierno, no sé, me había imaginado que haríamos el amor de una forma más pasional, más tranquilita, pero nanai de la china.

Era como si Bony, al cruzar el umbral de su dormitorio, comenzara a transformarse en “El increíble Hulk”; La Masa, esa especie de monstruo verde que tanto me impresionaba de niña.

Y ojito con el monstruo porque, no contento con tanta energía, sobre el colchón era un dominante de aquí te espero. Con decir que en un momento determinado me apeteció tomar las riendas y ponerme encima de él y no hubo manera, creo que ya digo bastante.

Tal cual lo cuento. En la cama, Bony no partía peras con nadie. Fuera de ella me daba a elegir lo que quisiera, pero en materia de sexo era él quien tenía que llevar la batuta. No me importaba, repito. Cada uno tiene sus tendencias en ese aspecto y yo tampoco me sentía incómoda dejándome hacer, es decir, dejando que me hiciera suya bocarriba y bocabajo.

El despertar del domingo tampoco fue distinto al del sábado, con la única diferencia de que Bony se despertó antes que yo y que, cuando quise abrir los ojos, ya había cogido las de Villadiego y andaba por la cocina preparando una jarra de zumo de naranja. Desde la cama lo escuché.

Según me levante entré directa al baño, pero antes de sentarme en el wáter me di cuenta de que se había terminado el rollo de papel higiénico. Me quedé mirando el mueble de columna, convencida de que allí tendría de repuesto.

Por supuesto que sí, pero dentro, entre tantos cachivaches, me llamó la atención una cajita de cerámica de colores. Dicen que la curiosidad mató al gato, y servidora tampoco pudo evitar la tentación de abrirla para ver su contenido. Dentro de ella, un puñado de horquillas de varios estilos. ¿De quién? No podía decirse a ciencia cierta, aunque lo lógico es que pertenecieran a su ex. El motivo de que siguiesen allí es lo que resultaba más chocante.

Era el único rastro femenino en toda la casa y, evidentemente, no por descuido. Vamos, que no

podía decirse que estuvieran en aquel armarito porque Bony no hubiese reparado en la colorida cajita, ya que estaba entre todas sus cosas. Es más, hasta en la misma balda donde se encontraba su máquina de afeitar y su perfume, ese que nunca faltaba en su cuello y que a mí me gustaba tanto.

Volví a dejarla en su sitio y me olvidé de ella. Cuando entré en la cocina, estaba sentado en uno de aquellos taburetes altos de la chulísima barra, y ojeaba su móvil. Bony era una de esas personas que podían pasarse las horas muertas, según sus propias palabras, cotilleando por el Face las publicaciones de sus amistades. Lo soltó al verme aparecer.

—Buenos días, preciosa. No te habré despertado, ¿no?

—Buenos días. No, no, tranquilo.

Volví a mentir. ¡Chico escándalo que formaba el exprimidor eléctrico del amigo! Si todavía hubiera cerrado la puerta del dormitorio o de la cocina, pero... en fin. Siempre digo que los hombres son unos desastrillos para todas estas cosas. Eso o que yo soy ultra precavida con todo.

Desayunamos como Dios en aquella lujosa cocina en que solo faltaba un robot-mayordomo que le sustituyese. Mascando mis tostadas, poco podía imaginar que mi chico también me tenía reservada una sorpresita para el domingo.

—¿Qué te parece si nos vamos hoy de excursión? Acabo de mirar el tiempo y el día va a estar despejado. Por lo que he visto, va a salir ya el sol en un ratito y van a subir bastante las temperaturas a mediodía.

—¿De excursión? No me he traído ropa de deporte ni calzado para andar pateando mucho.

—Tranquila, mujer, tampoco te va a hacer falta. Pretendo llevarte a las ruinas de Itálica, que seguro que no las conoces.

—Mira, ahora que lo dices, no. He escuchado hablar de ellas. Además, tú fijate qué coincidencia, justamente de eso hablaba con Alexia estos días atrás, a cuenta de una foto que tiene en su mesilla

de noche con unas ruinas de fondo.

No hubo más que hablar y allá que nos plantamos en suspiro en el cercano pueblecito de Santiponce, donde se encuentra el famoso conjunto arqueológico romano, uno de los más importantes de España.

Aquel es un amplio yacimiento, muy curioso para dar un paseo por él, plagado de ruinas, mosaicos y con unas atractivas vistas al valle del Guadalquivir.

También visitamos por allí lo que se conoce como la Nova Urbs, un barrio de los años catapún, de travesías enlosadas y señoriales casas, como la del Planetario o la Exedra, entre otras tantas. Pero, sin duda, lo más llamativo del conjunto es el enorme anfiteatro, que yo no sé cuántísimos espectadores cabrían en él.

Con todo el día por delante, porque serían aún las doce más o menos, a Bony se le ocurrió sobre la marcha la siguiente idea: tirar para la playa. Me sorprendió su propuesta.

—¿A la playa?

—Mujer, no me refiero a coger la sombrilla y el bañador para meternos en el agua. Digo para comer por allí y aprovechar para dar otro paseíto. Ya mañana nos tocará currar a la sombra.

Ya lo creo. Él en su despacho y yo...a comenzar mi máster en las aulas. Se acababa lo bueno, aunque ello no significaba que tuviésemos que dejar de vernos, que un día puede dar de sí todo lo que uno quiera.

Dicho y hecho. En hora y pico caímos por Islantilla y terminamos comiendo al aire libre en la terraza de un coqueto restaurante del paseo marítimo. Esperando el postre, me acordé de Alexia, por la gracia de que ella también andaba a esas horas por la provincia de Huelva con su Nacho. Iba a alucinar cuando se lo contase.

En cualquier caso, eso tendría que esperar a que nos encontrásemos cara a cara. No me parecía ni

medio bien echar mano al móvil ni siquiera para anticipárselo por wasap, estando en compañía de Bony. Bueno, en realidad, ni de Bony ni de nadie. Me parece de poca educación tal gesto. En mi opinión, es lo que se está consiguiendo con todos estos adelantos; que muchas veces se pierdan los modales y el respeto hacia la persona con quien se está.

Nuestra excursión terminaría sobre las siete de la tarde. Sí, sobre esa hora sería cuando entramos por las puertas de casa de Bony.

—¿Te quedarás también conmigo esta noche? —me preguntó soltando la llave del coche en la entrada.

Yo, que llevaba todo el día pensando en lo mismo, de momento no tuve claro que responderle, aunque al final fue que sí. Tendría que darme el madrugón para pasar por el piso a cambiarme nuevamente de ropa y todo eso, pero bueno, ¿qué más daba?, que “a quien madruga Dios le ayuda”, ¿no?

## Capítulo 12



Lunes por la mañana y yo con los ojos pegados, no había manera de separarlos...

—Buenos días, princesa, ¿quién comienza hoy su máster?

—Buenos días, corazón. Esta que está aquí y, por cierto, como no salga corriendo ya, no llego.

No sabía qué clase de efecto producía sobre mí aquel hombre, pero debía ser poco más o menos que adictivo porque yo, que me jactaba de ser de lo más metódica, había dejado que me cogiera el toro a base de bien.

—Ni te preocupes, mientras te das una ducha voy preparando un zumo de naranja con unas tostadas de esas que tanto te gustan, y ahora mismo te dejo en casa para que te vistas y recojas tus cosas.

—¿Harías eso por mí? Lo cierto es que es el favor del siglo, porque no veas si voy apurada.

—Idaira, te voy a decir una cosa: ahora estás conmigo y no hace falta que me hagas ese tipo de preguntas. Yo no soy un hombre de esos que pasen de todo, a mí me gusta cuidar a mis parejas, mucho.

Me quedé un poco a cuadros. Ya lo había dicho él todo; por lo visto éramos pareja, aunque a mí todavía no me hubiera dado tiempo a digerirlo. Pues sí que corría que se las pelaba.

Por otra parte, ¡cómo somos las mujeres! Si lo hubiera visto con miedo o reticencias, seguro que

me habría tocado las narices, por eso de tildarlo de alguien con miedo al compromiso. Sin embargo, bastaba que lo viera totalmente decidido para pensar que iba demasiado rápido. Iba a tener razón mi amigo José cuando me decía que a las mujeres no había quien nos entendiera.

—Vale, guapo, te lo agradezco mucho.

—No hay de qué, venga ¡*alehop*, perezosa, que se acabaron las vacaciones!

Sí, en eso tenía más razón que un santo, debía cambiar el chip, pues había llegado el momento de ponerme manos a la obra. Desde que llegué a Sevilla todo el monte había sido orégano, con eso de que estábamos en Semana Santa, pero ya tenía que apenar.

Bony me puso por delante el desayuno de una reina (que ya debía yo haber vuelto a subir de nivel) y me lo tomé a la carrera. Por su parte, se tomó un café mientras comenzaba a mirar un dossier que parecía preocuparle.

—¿Mucho jaleo en el estudio?

—Estamos con tela de proyectos nuevos, sí, no te creas. Pero vamos, que para mí un poco de estrés no es malo, me resulta de lo más estimulante.

Sonreí ante su “estimulante” y a él no se le pasó por alto.

—No me mires así, que “estímulo” te iba a dar yo a ti si no fuera porque tenemos el tiempo contado.

Pues menos mal que lo teníamos, porque yo llevaba encima “la soba de los gitanos” de la que me había metido (y nunca mejor dicho) durante todo el fin de semana. Y eso por no hablar de que yo ya había inaugurado la temporada con Juan, que escalofríos me daba solo de pensarlo.

Media hora después, tras despedirme de Bony con un beso en el portal de mi casa, subí a

vestirme.

—Tú debes ser Idaira—me dijo aquel chico de porte amable y ojos tristes que me encontré en la cocina.

—Sí, y tú Lolo, he escuchado hablar mucho de ti.

—Ya, me lo imagino, capaces son estos dos cabroncetes de haberte puesto al tanto de mi apodo, que son muy graciosos ellos.

—¿A mí? Qué va. —Me hice la tonta, aunque no colaba y al final terminé por reírme.

—¿Ves? Ya lo sabía yo, estás al tanto de lo de “el cenizo”.

Fue decirlo y yo ya no poder aguantar la risa ni bien ni mal. ¿Cómo pensaba ese chico que podría hacerlo cuando su apodo era tan divertido?

—Buenos días nos dé Dios—dijo en ese momento un somnoliento Juan que entró por la puerta de la cocina.

—Buenos días, Juan—le respondí yo sin poder ni siquiera mantenerle la mirada.

—Idaira, te he conocido momentos mejores, ¿vienes de un velatorio? —me respondió con sorna.

—No, no exactamente—añadió una Alexia que, atraída por las voces, acababa de hacer acto de presencia también en la cocina.

—No sé, es que como últimamente no se te ve el pelo por esta casa, pensé que igual...

—Juan, déjame de gaitas, anda. Hoy empiezo el máster y ando un poco nerviosa.

—Pues nada, yo no te molesto más. —Levantó las palmas de las manos como en señal de inocencia.

Alexia se vino conmigo a mi dormitorio a cuchichear.

—No le hagas ni caso, está totalmente escocido, el muy tonto.

—Más que tonto, yo creo que es un poco tunante, aunque en el fondo me sigo sintiendo mal.

—Mira, no empieces que me aburres, ¿eh? Hija mía, que pareces un disco rayado, ¡qué hartura!

—Vale, vale. Oye, ¿tú no crees que Juan pueda irle con el cuento a Bony?

—¿A Bony? Tú te has hartado de pastis. Anda ya, primero que él no es así y segundo, que no lo conoce de nada. No te digo que no sea un golfete, pero no tiene mal fondo. Puedes quedarte tranquila, de verdad.

—Vale, vale, pues nada. Deséame suerte, que hoy es mi primer día.

—Suerte, brujona, aunque no la vas a necesitar para nada. Fíjate, si ha sido poner un pie en Sevilla y constatar que tienes un éxito arrollador con los tíos. Esta noche me lo tienes que contar todo, ¿cena de chicas?

—Dalo por hecho.

Me puse divina de la muerte, con aquellos pantalones encerados en azul y mi camisa blanca perfectamente planchada. El que tenía por delante en el campus era un día primaveral que invitaba a la ilusión.

No era por casualidad eso que decían de que “Sevilla tiene un color especial”, porque una vez

que las nubes se hubieron marchado, el cielo quedó despejado, luminoso y precioso.

Inmersa en mis pensamientos, llegué al campus y me dirigí al salón de actos de la facultad, en el que se celebraba el acto de inauguración.

Siempre me ha gustado vivir experiencias nuevas y la que me proporcionaba aquel máster no era moco de pavo.

Me encantó recibir ese wasap justo en el momento en el que entré por las puertas del salón. Bony seguía acordándose de mí.

“Princesa, te deseo una mañana maravillosa, a la altura de tu persona. Ya estoy deseando verte de nuevo”.

Madre mía, pues sí que le había dado fuerte a aquel chico conmigo. Conociéndolo, seguro que no pasaba del mediodía que me hiciera una nueva oferta para cenar esa noche o algo parecido.

Si era honesta, ganas sí tenía de verlo, pero había quedado para cenar con Alexia y no pensaba faltar a mi palabra. En honor a la verdad, a Bony lo veía un pelín absorbente y prefería mantener a salvo un poquito de esa faceta de chicas que tan importante era para esta que está aquí.

Le di las gracias en otro mensaje y entré en un salón que estaba como la plaza a la que aludía el Dúo Sacapuntas en su día, “abarrotado”.

—Hola, me llamo Elvira, ¿estás tan perdida como yo?

—Poco más o menos, sí—le contesté con total convicción.

—No os preocupéis, chicas, que en dos días le tenemos cogido el tranquillo, ya lo veréis.

—¿Y tú quién eres? —le pregunté a aquel chaval, que parecía la mar de echado para delante.

—Yo soy Ricky, ¿y vosotras?

Las dos nos presentamos y pensé que, de aquella, íbamos a hacer un trío (en el buen sentido de la palabra) bastante apañado.

Los dos eran sevillanos y derrochaban gracia a raudales.

—Ya mismito estamos pensando en la feria—decía Elvira cuando salimos del acto, que fue un poco farragoso.

—Calla, calla, que yo tengo una paliza en el cuerpo que no es normal, de cargar—repuso Ricky.

—De cargar, ¿qué?

Por mucho que hubiera vivido la Semana Santa en vivo y en directo, todavía no estaba yo totalmente familiarizada con aquello.

—De cargar el Cristo de mi barrio, niña, que no veas si pesa.

—Anda, ¿eres cargador?

—Mira, esto te lo va a contestar...

Las dos ampollas que lucía en sus hombros me dejaron patidifusa. Y yo que me había preocupado de la que se me hizo a mí en el pie, eso sí que era sufrir y lo demás eran tonterías.

Vaya mérito que tenía el chaval, qué sufridor. Aluciné en colores y más cuando Ricky me contó que cargaba desde hacía un par de años por una promesa que hizo. Su madre había pasado un cáncer y él prometió hacerlo el resto de su vida si salía indemne de aquella. Por esa razón me explicó que no solo no le pesaba el hacerlo, sino que para él era todo un honor.

Al margen de otras consideraciones, que yo al chaval no lo conocía de nada, me pareció de lo más loable el tema de su promesa. ¿Se podía ser más lindo? Elvira también se lo alabó y él nos dijo que no tenía la menor importancia, todo ello mientras nos tomábamos un café.

Ella parecía también muy divertida y yo pensé que no podía haber tenido más suerte para un primer día en el que no me las prometía demasiado felices en ese sentido, al no conocer a un alma en aquella facultad.

Llegué a casa al mediodía con más hambre que un piojo en una peluca y la primera en la frente. Juan estaba allí, terminando un trabajo que debía defender al día siguiente, por lo que aquella mañana no había ido a clase.

—Dichosos los ojos que te ven, niña, ¿de verdad no vas a volver a mirarme a la cara o es una sensación mía?

No le faltaba un ápice de razón al pobre, porque estaba claro que yo no había tenido redaños de cruzar con él más de dos palabras seguidas desde que nos acostáramos.

—¿Yo? No sé, Juan, no sé ni qué decirte, solo que lo de la otra noche fue...

—¿Un error? ¿Es eso lo que vas a decir?

—Has dado en el clavo. Justamente eso. —De nuevo mis ojos se fueron para el suelo.

—No es por nada, Idaira, pero te tengo por una mujer mucho más original, eso suena a topicazo.

—Lo mismo no soy tan original como tú crees, ni tan...

—Mira, yo no soy nadie para decirte ni media palabra sobre con quién debes o no debes ir, pero si te digo la verdad, no me gustó ni un pelo ese chico.

—¿No te gustó Bony? ¡Qué raro! Y yo que creí que te iba a encantar—ironicé.

Pues claro, si Juan tenía el interés que fuera en mí, ¿cómo leches le iba a gustar Bony? Le tendría un asco que para qué, al pobre.

Qué incómoda me estaba resultando la conversación, pues por mucho que quisiera seguir negándolo, Juan también ejercía una atracción curiosa sobre mí, solo que yo sabía que la suya no era una atracción que me conviniera en lo más mínimo.

—Ya, sé perfectamente lo que vas a decirme, que es por celos y demás. Y no te digo que no tengas algo de razón, me hiere la sangre cuando pienso que estás con él, pero no es solo eso.

—No, y entonces, ¿qué es?

—Pues que me parece que ese tío no es trigo limpio.

La súbita entrada de Lolo en la cocina en ese instante dio lugar al silencio por ambas partes.

—¿Alguien tendría la bondad de darme algo de comer hoy? Es que no sé qué me pasa, que parece que estoy destemplado, y no tengo ganas de currar.

—¿Y cuándo has tenido tú ganas de currar? —le preguntó Juan.

—Joder, a ver si vas a decir que como yo a costilla de los demás todos los días, ¿no te jode?

Lolo se puso un poco a la defensiva y yo no tenía ganas ningunas de gresca.

—No te preocupes que yo te saco un plato, haya paz.

Si además de cenizo era un poco vago, el chaval lo tenía todo, ¿qué se le iba a hacer?

## Capítulo 13



Me pasé media tarde hablando por teléfono con Bony. Hasta una videoconferencia se empeñó en que hiciéramos.

Cuando terminamos, me fui para la cocina con la intención de preparar una tortilla de patatas. No es que yo fuera un hacha entre fogones, ni mucho menos. Creo que eso ya ha quedado claro, pero las tortillas no eran de lo que peor se me daba, se dejaban comer.

Alexia y yo habíamos “reservado” el salón para esa noche. Queríamos disfrutar de una cena de chicas, sin interrupciones.

Todavía no llevábamos dos minutos en él cuando el olor a tortilla atrajo a un Lolo que estaba desmayado de hambre, por lo que vimos.

—Sigo un poco malillo, ¿no me podríais dar un trocito? Prometo irme de inmediato. —Puso carilla de mártir.

—¿Por qué no te vas a cenar con Juan?

—Porque vosotras tenéis mejor corazón, estoy seguro.

Ese sabía más que Briján.

Por lo que después me contó Alexia no es que Juan y él se llevaran mal ni mucho menos. En el fondo, llevaban varios años conviviendo, pero “el cenizo” tenía un poco fama de garrapata y a

Juan no le dolían prendas en ponerle en su sitio cada vez que venía al caso. Por lo demás, parecían ser buenos colegas e incluso confidentes.

Ninguno de mis compañeros parecía ser mala gente en absoluto y yo había tenido más suerte que un quebrado desde que puse un pie en Sevilla.

—Toma un trozo de tortilla, anda—le dije a Lolo y él acudió a mi lado con un plato como si fuera un perrillo. Solo le faltaba mover el rabo.

—¿Y a ti qué te pasa? ¿Estás malo o disgustado? —le preguntó Alexia.

Pese a tratarse de una cena de chicas en la que él no pintaba nada, nos estaba dando cierta penilla, pues Lolo parecía perjudicado por algo.

—Es que no veáis la putada. Resulta que yo tenía pactadas las prácticas de Arquitectura con una empresa de Carmona, conocida de mi familia, y al final me han dejado tirado. Y ahora estoy con el agua al cuello.

—¿Y no te proporciona otra empresa la universidad?

—Pues no, porque yo había renunciado a ello, de modo que, como no espabile, me voy a quedar con las prácticas colgadas hasta el año que viene, una putada. Así estoy, que creo que tengo hasta fiebre.

—¿De Arquitectura? No sabía que también ibas a ser arquitecto.

Estaba claro que nuestro sino en Sevilla, el de Alexia y el mío, era estar rodeadas de ellos.

La miré, pensando en la posibilidad de que alguno de nuestros chicos pudiera echarle una mano y enseguida lo captó.

—Yo que sé, se lo podría contar a Nacho, a ver si necesitan a alguien de prácticas, pero me da que no. Creo que tienen la plantilla a tope.

—Pues Bony decía esta mañana que estaban un poco sobrepasados, pero a mí me da un apuro espectacular. Nosotros no somos novios como vosotros...

—Pero os quedan dos telediarios para serlo, mujer. Además, tampoco te va a comer porque se lo insinúes. Si puede, bien, y si no, también...

Bueno, pues con apuro y todo se lo diría. Todo fuera por echarle un cable a un compañero. Desde que yo había aterrizado en Sevilla todos me habían tratado de mil amores, por lo que era de justicia que yo también tratara de ayudar al chaval.

—Está bien, está bien, mañana se lo comento a mi chico, que es arquitecto—le dije a Lolo, quien se fue del salón dando saltos de alegría, a pesar de su fama de apesadumbrado.

Por fin me quedé a solas con mi amiga, algo que se había convertido en una especie de misión imposible.

—Y ahora cuéntame con todo lujo de detalles cómo te va con Bony, que me tienes en ascuas.

—Genial, si no me suelta ni a sol ni a sombra.

—Ains, qué suerte hemos tenido. Todavía hay veces que no me lo creo, ¿te has dado cuenta? Te estás ennoviando con uno de los mejores amigos de Nacho, por no decir el mejor...

—Sí, es como de película, rollo “Dos amigas para dos amigos” o algo así, ¿no?

Nos echamos a reír, a lo que también contribuyó una botellita de vino fino que nos habíamos puesto y que acompañaba a la tortillita, junto a unas latas de mejillones y berberechos que estaban de toma pan y moja.

Y, para más inri, nos tomamos también unos profiteroles que le había regalado su suegro.

—¿Puedo cogerlos con tranquilidad? —le pregunté con sorna.

—Sí, porque mi suegra no estaba. — De estar, lo mismo les había inyectado un poquito de veneno y acabábamos las dos en urgencias esta noche.

—¿Te imaginas? Yo es que me parto, estoy visualizando a esa mujer con la verruga, el gorro, la escoba y la inyección dale que te pego rellenando los profiteroles, y es que no puedo.

—Tú te partes porque no es tu suegra, normal, como es la mía...

—Sí, es verdad. ¿y tú a los míos los conoces?

—¿A los padres de Bony? Claro, son gente normal, o eso me parece a bote pronto.

—Pues me alegro, porque con su hermana hay mal rollito, fijate. Me lo ha contado él.

—¿Con Sara? No sabía nada. ¿Tú estás segura?

—Que sí, que sí, que andan con los cuernos de punta los dos, parece ser que a ella le ha dado por meterse en su vida y él ha dicho que ni de coña.

—Arsa, pues no tenía ni idea. A ella apenas la conozco, es una chica un poco reservada.

—¿Reservada? Pues parece que se reserva una parcela para darle por saco a los demás.

—Qué se le va a hacer, chica, no todo puede ser perfecto.

Disfrutamos de una divertida cena de chicas, tras lo cual ambas nos dirigimos a nuestros dormitorios.

Antes de entrar en el mío me encontré con Juan por el pasillo y apreté el paso, pero no me sirvió de nada.

—Idaira, necesito hablar contigo—me dijo, mientras con su fuerte brazo, evitaba que yo cerrara la puerta.

—Juan, ya me estás tocando un poco la moral, lo pasado, pasado.

Se lo dije con tal contundencia que él no dudó en soltar la puerta. Si soy sincera, me dio un poco de pena dirigirme a él en esos términos, pues en ese instante detecté tristeza en sus ojos.

A ver, que fuera un donjuán no quiere decir que no tuviera determinados sentimientos. Pero lo cierto es que esos sentimientos no tardarían en tornarse en problemas en cuanto yo le diera vidilla soltando cuerda.

No obstante, qué duda había, el tío tenía algo. Un “algo” que me gustaba y que me atraía, por lo que sería mejor que siguiera poniendo entre ambos ese muro que me mantenía a salvo de él.

Una y no más, Santo Tomás. A mí no me volvía a coger en un renuncio.

Me metí en mi cuarto y vi un mensajito de wasap de Bony que me sugería la posibilidad de que habláramos un poquitín por teléfono.

Ni corta ni perezosa, lo llamé yo.

—Tienes la voz un poquillo perjudicada, ¿de veras has estado con Alexia o tengo algo de lo que preocuparme? —bromeó.

—Con Alexia, con Alexia, y en el salón de casa. La única intromisión ha sido la de Lolo, mi otro compañero de piso...

—Huy, mucha gente hay allí ya. Yo creo que a ti lo que te convendría sería coger la maleta e instalarte en mi casa.

—Buen intento, ¿te imaginas?

—¿Crees que te lo estoy diciendo en broma?

Me paré en seco porque capaz era. A continuación, le conté el apuro de Lolo y, de lo más servicial, se ofreció a echarle una manita.

—Dile que se pase mañana por mi oficina, ahora te envío ubicación. O, mejor todavía, ¿por qué no te pasas tú con él y así la conoces? La he reformado yo, estoy seguro de que te va a encantar.

—Puede ser, miarma, porque tú, buen gusto sí que tienes. —Me eché a reír por la parte que me tocaba y él me dio la razón.

Podría hacerlo, ya que a la mañana siguiente contaba con un par de horas libres. La oficina de Bony no estaba demasiado lejos del campus, por lo que, de un saltito, mataría dos pájaros de un tiro.

La cara de “el cenizo” durante el desayuno, cuando le conté que probablemente le hubiera resuelto la papeleta, no tuvo nombre.

—Te cojo en hombros y te paseo por toda Sevilla, niña—me decía en tanto que, en agradecimiento, me servía un café.

—Pues tenemos que estar allí a las once, así que ya sabes...

—¿Qué es lo que tiene que saber este almendruco? —me preguntó Juan al entrar en la cocina.

Su talante ya parecía distinto, menos sufriente. Por Dios que fuera así porque no me estaba resultando nada de cómoda la convivencia con él en otras circunstancias.

—Que Idaira me ha conseguido unas prácticas en el estudio de su novio. —A Lolo le faltó el tiempo para llamar a Bony así, el mismo que le faltó a Juan para que su rostro volviera a ensombrecerse.

—Pues vaya, sí que parece entregado el muchacho—murmuró y, sin más, salió disparado de la cocina.

Si hubiera sido por mi gusto, habría salido de ella, corrido tras él y preguntado que qué era exactamente lo que quería de mí. Aunque hubiera sido muy hipócrita por mi parte, dado que yo sabía perfectamente lo que pretendía.

A la hora acordada y, efectivamente como un pincel, me encontré a Lolo abajo del estudio de Bony. Los dos subimos un tanto alucinados, porque el sitio era una pasada de cabo a rabo.

—Tu chico tiene que estar forrado, no es por nada—me comentaba él mientras silbaba de la emoción por todo lo que venía.

—Bueno, el estudio es de su padre...

Hasta ese momento no había yo caído en la cuenta de que era posible que saliera de allí habiendo conocido a mi suegro, pues el hombre todavía estaba en activo.

Menos mal que, por el simple hecho de ir a encontrarme con Bony, yo iba vestidita como un dulce y mi pelo... Mi pelo parecía haber salido de una revista de esas de peluquería.

Sofía, la secretaria de Bony, de quien yo le había escuchado hablar, fue quien salió a recibirnos.

Jolines, parecía un adorno más de aquel increíble lugar, la chica era como una modelo de pasarela.

—Te ha puesto un poco negra que sea tan guapa, ¿eh? —me soltó “el cenizo” en cuanto la otra salió andando para avisar a su jefe.

—No digas chorradas o te quedas sin prácticas.

Una también se tenía por muy mona, lo que pasa es que las comparaciones siempre son odiosas.

Bony salió a recibirnos junto con un hombre de cierta edad y apariencia afable. Por el evidente parecido físico no me quedó más que concluir que era su padre; extremo que él me confirmó en cuanto abrió la boca.

—Papá, esta es mi novia, Idaira—le dijo, y mis mejillas debieron arder.

—Encantada, señor.

—¿Señor? Hija, llámame Ernesto. Si vamos a ser familia, digo yo que tendremos que tutearnos.

“Familia”, toma ya... El caso es que me sentí increíblemente bien acogida por aquel hombre, que terminó por llevarse a Lolo con él para hablar en su despacho.

Al mismo tiempo, Bony me tomó de la mano y me enseñó el suyo. Aquel espacio parecía haber sido creado expresamente para trabajar en él como los ángeles.

Salvo ciertos detalles, la vida de Bony no podía ser más idílica y yo sentí que tenía mucha suerte de que quisiera compartirla conmigo.

Incluso, ¿quién sabía? ¿Y si el día de mañana no solo éramos pareja, sino que pudiéramos colaborar profesionalmente? Desde que estaba en Sevilla mis miras no podían ser más amplias en

todos los sentidos. Me sentía poderosa y aquel hombre tenía bastante que ver con ella, ¡vaya suerte la mía!

## Capítulo 14



Durante aquella primera semana del máster, todo marchó viento en popa. Elvira y Ricky eran dos personajes encantadores con los que pronto cogí confianza, y todas las mañanas desayunábamos juntos en la cafetería.

Sobre todo, él, aunque la otra también tuviera lo suyo, era un personaje divertidísimo con el que me reía a carcajadas. Era para verlo, tirándole con tanta gracia los tejos a la chica que atendía la barra. Con más arte todavía le respondía aquella chavala pecosilla y de nariz respingona.

En cuanto al ambiente en casa, los ánimos también fueron relajándose poco a poco. Con Juan coincidía casi a diario a la hora del almuerzo, en el que solía estar presente Alexia. Y cuando no lo estaba, tampoco me suponía ningún problema.

Juan y yo comíamos viendo las noticias en los telediarios y las íbamos comentando, pero ya no salió a relucir ningún tema personal entre nosotros. Las cosas le habían quedado claras, lo que no quitaba para que siguiese mirándome de un modo especial.

En lo referente a “el cenizo”, estaba de lo más simpático conmigo, agradecido por el capotazo que le había echado.

En cambio, a partir de la segunda semana, las cosas empezaron a cambiar entre Bony y yo, y no es porque yo me estuviese desinflando ni nada por el estilo. Era él el que comenzó a mostrarse más distante conmigo, más frío, como más serio que de costumbre.

—¿Te ocurre algo, Bony? ¿Tienes algún problemilla en el trabajo? —le entré de esa manera cierta noche porque no me cabía en la cabeza que pudiera ser algo contra mí, ya que yo me mantenía en

mi línea.

—No, nada. Estoy un poco cansado, me van haciendo falta unas buenas vacaciones.

No terminaba de creérmelo. Verdaderamente, el hombre se daba unas panzadas de currar de dos pares de narices, lo que estaba derivando en que cada vez nos viésemos con menos frecuencia. Eso sí que lo entendía.

Yo misma he tenido periodos durante la carrera, próximos los exámenes, en que no tenía ganas de nada, ni de ir una tarde al cine con los compañeros o con Laura, que siempre trataba de tirar de mí para que cambiara un poco de aires. El trabajo mental puede llegar a cansar tanto como el físico.

Viendo el panorama, un mediodía de viernes en que salimos del máster antes de lo usual, quise darle una sorpresa presentándome en el despacho para invitarle a comer.

Al llegar, escuché a través de la puerta las voces de él y del padre. No quiero decir que estuviesen ahí a grito pelado discutiendo, sino que se les oía charlar. Di un toquecito con los nudillos y fue Ernesto quien me abrió.

—Idaira —me dijo con efusividad —, tú por aquí, qué casualidad, mujer. Pasa. Digo casualidad porque ahora mismo estábamos hablando de ti mi hijo y yo.

Bony, que estaba en esos momentos haciendo algo sobre una mesa un par de metros atrás, también se sorprendió al verme allí, pero no se levantó del tirón.

—¿Qué tal, preciosa? Un segundo, que acabo una cosilla, porfa —me levantó la palma de la mano —. Pues sí, justo cuando has llamado a la puerta me estaba diciendo que por qué no vamos a cenar esta noche a su casa.

—A Alejandra, mi mujer, le encantará conocerte —Ernesto se metió en medio.

—¿Esta noche?

—Sí, le he preguntado a Bony y me ha dicho que de momento no teníais ningún plan. Quiero decir, ningún compromiso con nadie. ¿Qué me dices? ¿Aviso a mi mujer?

Así, sin más. Y tenía una que responderle sobre la marcha, sin saber hasta qué punto llegaba el interés de Bony en aquel asunto familiar. Traté de hallar la respuesta en su cara, pero no me quedó muy clara que digamos porque él se limitó a encogerse de hombros y yo no supe discernir si eso quería decir “te está preguntando a ti” o “nos ha tocado el marrón, qué se le va a hacer”.

—¿Idaira? —el toque de Ernesto me hizo entender que estaba quedando como una auténtica imbécil. Como si me hubieran preguntado de sopetón de qué va el teorema de Pitágoras.

—Perdón, Ernesto. Claro que iremos. Será un placer.

Ahí lo dejé. Ni “será un placer para mí”, ni “será un placer para nosotros”, y es que yo seguía con mis dudas acerca del entusiasmo de Bony con la improvisada cena.

—Estupendo. Ahora en un rato la llamo. Ya verás, Alejandra cocina como los ángeles.

—Seguro que sí —le sonreí y busqué de nuevo el auxilio en Bony. Qué papeleta, la virgen. Suerte que debió captar mi incomodidad y salió al paso levantándose de la silla y acercándose a mí.

Me dio un beso en la mejilla.

—No te esperaba. ¿Cómo no me has avisado de que vendrías?

—Bueno, no lo tenía planeado. Se me ha ocurrido al salir del campus. Al ver que era temprano, me supuse que todavía no habrías comido y he preferido darte la sorpresilla. ¿Comemos juntos? ¿Puedes?

Bony miró a su padre como buscando su aprobación.

—Tranquilo, hijo. Márchate que ya atiendo yo ahora a Matías. Estará a punto de llegar.

—De acuerdo, pero dile que...

—Bony —le interrumpió —, no te preocupes que sé perfectamente todo lo que tengo que decirle sobre esa obra. Yo me encargo.

—Vale, ya me contarás.

—Muy bien. Y ahora, venga, a disfrutar, chicos —me sonrió e hizo un gesto con el brazo, invitándonos a los dos a coger la puerta sin más demora.

Al salir a la calle, Bony me dijo que prefería no ir muy lejos porque no tenía mucho tiempo, y es que parece ser que, aunque el padre se hubiera ofrecido a hacerse cargo del tal Matías, él tendría que lidiar en hora y media con otro cliente bastante castañoso al que necesitaba atender personalmente por narices.

Puestas así las cosas, almorzamos en un bar cercano donde servían menús, pero menús de cierto nivel, no de esos en que te meten un platanito o una cutre tarrinilla de helado del día para el postre.

Bony seguía en las mismas; “estresado”, según él. Y yo en las mías, o sea, en que me estaba perdiendo algo. En tanto esperábamos el primer plato, me habló de su madre.

—Tú no le hagas mucho caso a nada de lo que pueda decir. Mi madre no es como mi padre.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a que no es tan... ¿cómo te explico para que me entiendas sin meter la pata? A ver,

que no es tan abierta, ¿me entiendes?

—Bueno, hombre, no todo el mundo tiene el agrado y la simpatía de tu padre —la defendí así.

—Ese es el problema, que depende de cómo le caiga la gente. Lo mismo se queda corta como que se pasa de “simpática” y empieza con sus chinitas. Por eso te digo que no le hagas mucho caso si oyes algo que no te encaje.

—Dime una cosa, ¿por ti no iríamos?

Se quedó pensándose un momento.

—No es eso. Alguna vez tendría que ser, quiero decir la presentación oficial en familia. Pero no te preocupes porque eso no quiere decir que vayamos a estar yendo por allí cada dos por tres.

Con lo de “la familia”, lógicamente, pensé en su hermana.

—¿Vendrá entonces también Sara?

—Ah, no. No cuentes con ello. Cenaremos solo con mis padres —me respondió.

Ea, pues tocaba cenar nada más que con los suegros. ¡Y nada menos!, que habida cuenta del dinero que tenían, ya iba yo de camino a mi casa pensando qué leches ponerme para no desentonar. No pensaba aparecer como si fuese a una boda, pero tampoco... en fin. Había que buscar un punto medio.

Cuando llegué al piso, Alexia, con los guantes hasta el codo, estaba dale que te pego con los cacharros en el fregadero. La cocina olía a carnaza a la plancha que daba gusto.

—¿Qué pasa, bruji? Aquí huele que alimenta.

—Se siente, chica. Haber venido antes.

—Tranqui, vengo de comer con Bony y me he puesto ya hasta la bandera. Pero espera que te cuente lo mejor.

—Aimsss, déjame que lo adivine. ¿Te vas de viajecito con él este finde?

—No, o sea, sí, me voy de viajecito, pero hasta casa de sus padres. ¿Cómo lo ves?

Alexia soltó el estropajo y la sartén que estaba “escamondando”, como diría el andalucísimo de Juan.

—¿Qué dices, chiquillaaa?

—Lo que te cuento, que me han o, mejor dicho, nos han invitado a cenar esta noche en su casa.

Mi amiga dejó caer una risilla.

—Qué rápido va este, la virgen, pero bueno, me alegro por ti. Eso es buena señal.

—Ya, aunque ha sido cosa de su padre, no de él.

—Sí, vale, y todo lo que tú quieras, pero si el hijo no hubiese estado de acuerdo, no habría más que hablar. ¿No crees?

—Cierto, y tan cierto como que no tengo muy claro con qué me voy a encontrar allí esta noche. Más que con qué, con quién.

—¿Y eso?

—Chica, porque Bony me ha dicho algo sobre la madre que me ha inquietado un poco. Me da a mí que esa debe tener también cacaruca.

—Jajaja, qué bueno. ¿Qué te digo yo? Bienvenida al club. Va a resultar que vamos a coincidir al final hasta en eso. Una buena harpía por suegra para cada una. Me parto.

—No, si está claro que al marinero en el mar nunca le falta una pena, como dice mi madre. Demasiado bonito todo como para que aquí la doña fuese también una santa.

—Shhh, escucha. Tu madre dice eso, y la mía dice que donde hay patrón nunca manda marinero. Bony está muy feliz contigo, y eso es lo único que cuenta. No creo yo que la madre vaya a saltar por encima del hijo para amargarte la existencia a ti.

—Eso espero. Y eso creo. Muy madrero no se le ve.

—Yo que tú no le daría más importancia al tema y me echaría una buena siesta. Tienes que estar descansada y ponerte guapa para conocer a tu *suegrastra*, así que, venga, tira *pá* la cama y relájate—más risas por su parte.

—Vale. ¿Tú vas a salir esta noche?

—De momento no hemos pensado en nada, así que lo más probable es que nos quedemos en casita. ¿Por?

—Nada, para que me asesores luego con la ropa, tú sabes...

—Anda, sí. Tira ya, que no veas si te me estás volviendo fina. Ahora la niña necesita también asesores de imagen, oigan ustedes, señores.

No era eso. Es que estaba nerviosa porque aquella cena representaba mucho para mí. Se trataba de un gran paso en nuestra relación; una relación todavía muy corta en el tiempo, pero que parecía

que iba a llegar muy lejos. Por mí, que no se acabara nunca...

## Capítulo 15



Esa tarde, efectivamente, me tumbé en mi cama con intención de echarme una siestecita, pero no pude pegar ojo. Al hecho de que no terminaba de entender ese distanciamiento de Bony se unía la nueva preocupación; salir airosa de aquella cena y que no me cayera por lo alto ninguna de esas chinitas que, por lo visto, tanto le gustaba lanzar a su madre.

Aproveché para hablar con mi madre de un asuntillo relacionado con mi padre. Sobre las seis me levanté y abrí mi armario. Como es natural, me había traído a Sevilla solo parte de mi vestuario, pues no tendría sentido haber acarreado con él al completo. A fin de cuentas, solo iban a ser unos cuantos meses en la capital andaluza.

Empecé a examinar una a una las prendas colgadas en las perchas y fui descartando por diversos motivos. Unos vestidos me parecían demasiado cortos, otros muy escotados, otros demasiados frescos (las temperaturas habían vuelto a descender bastante en aquellos días). Al final, terminé buscando a Alexia, que estaba tan tranquila echada en el sofá, para que me diese su opinión. Se vino conmigo para mi cuarto.

—A ver, saca ese que te pusiste el Domingo de Ramos —me lo señaló con el dedo, sentada en el borde de mi cama.

—¿Este? —lo descolgué de la percha—. Imposible, mira —le señalé la manchita de grasa en la solapa de la chaqueta—. Lo tengo pendiente de llevarlo a la tintorería.

—Demasiado bien llegó a casa con la juega que te pegaste, *joía*.

—Eh, listilla, no te columpies, querrás decir que nos pegamos, que aquí la armamos buena todos,

guapita de cara.

—Sí, tienes razón. Bueno, venga, al lío. ¿No tienes más trajes de chaqueta?

—No, lo que hay es lo que ves.

—Espera —me dijo levantándose—, vente conmigo a mi habitación, que creo que tengo algo que te va a venir como anillo al dedo.

Cuando abrió las puertas de su armario, me quedé con la boca abierta. Mira que era grande, pero allí faltaba espacio para tantísima ropa. La tenía toda comprimida y era casi imposible ver nada, con las perchas tan pegadas unas a otras. Pero Alexia sabía lo que buscaba y fue directo a por ello. Apartando hacia los lados, descolgó una con un precioso traje de entretiempo en color beis, de chaqueta y pantalón. Por el diseño, me recordó a la vestimenta que lució Doña Letizia en su pedida de mano, solo que el de aquella era blanco.

—Toma, Pruébatelo —me lo puso en las manos.

—Ayyy, es una virguería —al ir a ponerme por encima la chaqueta, vi que tenía todavía la etiqueta puesta—. Uf, ¡pero está hasta sin estrenar, Alexia! No puedo, me da mal rollo, no te lo vaya a manchar sin querer y...

—Anda ya, so tonta. No me seas tan sufrida, niña. Pues si se mancha, va para la tintorería con el tuyo y santas pascuas. Venga, cállate la boca y pónelo.

Me miré ante los espejos de las puertas centrales del ropero. Me quedaba que ni hecho a medida.

—Me encanta, me encanta. ¡Qué elegancia, por favor!

—Pues hala. ¿Tienes algún top blanco de esos de tirantes?

—Mejor aún. Tengo uno en color chocolate con zapatos del mismo tono que le viene que ni pintado.

—Genial, así, si luego tienes calor, te puedes quitar la chaqueta y tan mona tú.

Exactamente. Tan mona que salí aquella noche por el portal para meterme en el coche de Bony. Hete ahí otro detallito que realza mi teoría de que ya no era el mismo conmigo; en los últimos tiempos, mi chico no me esperaba fuera de él para abrirme la puerta del copiloto, sino dentro y, como siempre, matando el tiempo con su móvil. Eso sí, siempre me alababa lo guapa que iba. Y yo, con eso, tan contenta que cogía ya el rumbo con él.

La casa de sus padres quedaba por las afueras de la ciudad, allá en la quinta puñeta, como diría mi tío Román. Era un adosado en una lujosa urbanización de reciente construcción, de esas con piscina comunitaria.

Con lo que no contaba yo era con la recepción que me haría el cacho pastor alemán que tenía el matrimonio, de cuya existencia no tenía ni idea porque Bony no lo había mencionado nunca.

El *joío* por culo se volvió loco al verme y me plantó del tirón las patas en el pecho, sin que nadie pudiese evitarlo. Casi me da un telele, aunque, por suerte, no me manchó. A decir verdad, el perro estaba limpiísimo, con un lustre en el pelo que competía con el brillo de las baldosas de mármol. Se veía nada más entrar que en aquella casa la limpieza debía estar a la orden del día. Pronto lo comprobé.

Enseguida me enteraría también de que Buly, el susodicho perro, no era de los padres de Bony, sino de su hermana Sara, que se había marchado fuera de finde de semana y lo había dejado al cuidado de ellos, como solía hacerlo siempre en tales circunstancias.

No me disgustan los animales en absoluto, vaya eso por delante. No obstante, viendo mi nerviosismo porque no paraba de dar vueltas en torno a mí (más que nada, estaba sufriendo por lo del traje de Alexia), Bony lo agarró por el collar, lo echó al jardincito trasero y cerró las cristaleras del salón para que no pudiese volver a entrar.

En líneas generales, la cena fue mejor de lo esperado. Tengo que reconocer que la madre, ciertamente, no era lo más simpático que una se había topado hasta entonces en su camino, pero también es verdad que ni dijo nada fuera de tono ni me sentí incómoda en ningún momento. Y eso sí, como me aseguró Ernesto, en la cocina valía la mujer un potosí. Todo lo que nos puso por delante estaba exquisito. Recuerdo especialmente el postre: la tarta de queso más sabrosa que he probado en mi vida.

Ahora bien, al terminar la cena, la mujer se levantó para ir retirándonos los platos. Bony hizo lo mismo y yo fui a levantarme también para colaborar, pero él me lo impidió.

—Tú ahí quietita, corazón. Eres la invitada, así que ni te muevas de la silla.

Pues muy bien, ya no insistí. Luego me quedó la duda de si Bony no se levantaría con su sal y su pimienta para hablar a solas con su madre o si el hecho en sí fue producto de la casualidad. El caso es que yo me quedé con el culo pegado al asiento, pero justo en ese momento escuché la notificación de un wasap. Aunque tenía el bolso colgado en un perchero de pared en la entrada de la casa, la estridente música con que tengo personalizados los wasaps de mis padres llegó a mis oídos desde allí.

Mi padre llevaba tiempo fastidiadillo de un riñón y esa misma tarde iba a hacerse unas pruebas en el hospital, por lo que le había pedido a mi madre en la llamada de la sobremesa que me avisase con el resultado. Dado mi compromiso esa noche con los padres de Bony, quedamos en que, si no era muy grave, me dijese por wasap qué le habían dicho, que ya lo leería yo en cuanto pudiera. Pero yo conozco bien a los míos y sé hasta qué punto pueden llegar por no molestar, con lo que me puse nerviosa.

—¿Me disculpa un segundo, Ernesto? Es mi padre, que anda de médicos.

—Faltaría más, hija. Atiende al teléfono, espero que no sea nada grave.

Afortunadamente, no lo era. Y tampoco era normal lo que escucharon mis oídos al pasar por el

pasillo a la altura de la cocina y mientras leía y contestaba al wasap de mi madre allí en el recibidor. Pese a que la puerta estaba entornada, pude oírlos con claridad.

—Parece muy educada y muy majilla. Ahora, mucho cuidadito y que no pase lo mismo que con la otra—le estaba diciendo Alejandra.

—Joder, mamá, que no. Estate tranquila.

—Ya quisiera, pero no es tan fácil.

—Y dale, Carlitos...

—Y dale, no, Bony. Algún día, cuando tengas hijos, ya me entenderás. Eso si los tienes, que tampoco lo tengo yo tan claro.

Me quedé de piedra, pero no quise dar lugar a que salieran de repente y me sorprendieran allí tan cerca, por lo que, aunque me hubiera gustado seguir escuchando la conversación, me apresuré en volver junto a mi suegro.

—¿Malas noticias, Idaira?

—No, gracias a Dios. Mi padre tiene un bultito en el riñón desde hace mucho tiempo y querían descartar que fuese algo malo. Y no lo es, parece ser que se trata tan solo de un quiste. Si sigue creciendo, quizás tengan que operarle, pero bueno, al menos ya saben que no es un tumor ni nada de eso.

—Me alegro, dentro de lo malo.

—Gracias, Ernesto. Sí, yo también. La cosa podía haber sido mucho peor.

Terminando de explicárselo, aparecieron por la puerta Bony y Alejandra.

—¿Puede saberse de qué habláis, preciosa? —hizo un gesto como de satisfacción por la evidente complicidad entre el padre y yo.

Se lo conté y, a continuación, el tema dio paso a otros de trabajo. Como decía, en resumen, la cena resultó para mí bastante mejor de lo esperado.

Nuestra relación seguía avanzando en la misma línea, aunque en los dos meses siguientes no volvimos a poner los pies en aquella casa. A Ernesto sí que le veía de vez en cuando, porque de tanto en tanto me dejaba caer por el despacho para recoger a Bony para picotear por ahí a modo de almuerzo, que no siempre iba a ser él el que pasase a buscarme a mí.

Mira tú por dónde, una de esas noches de viernes en que habíamos quedado en cenar en la suya, mientras maniobraba en el garaje para aparcar de culo, lo hacía también una mujer en la plaza justo de enfrente.

—Vaya por Dios, hombre —el lamento de Bony me hizo sospechar de quién se trataba, aunque me hice la longui.

—¿Qué ocurre?

—Nada, que ahí tienes a mi divina hermanita. Mucho has tardado en coincidir con ella en el bloque.

La chica abrió la puerta de su coche, se bajó y se quedó mirándonos, principalmente a mí, supongo que atraída por la curiosidad. Me pareció que movía ligeramente de lado a lado la cabeza, como el que dice “ojú, ojú”. Bah, tonterías mías, pensé de inmediato. O no. ¡A saber!

Por su parte, Bony paró el motor y no se movió del asiento.

—Hazme un favorcito, cielo. Abre la guantera y mira a ver si están ahí mis gafas de sol, que no sé

dónde han ido a parar.

Anduve rebuscando entre los papeles, incluso en el hueco inferior de mi puerta y por debajo de mi asiento, y es que me había dado cuenta de su estrategia; ganar tiempo para que la otra nos cogiera la delantera y no coincidiésemos esperando al ascensor. Hubiera estado bonito el asunto. Más violento no lo imagino ya.

Sin embargo, podía habérsela ahorrado, ya que la muchacha no echó el paso en esa dirección. Debí querer evitar lo mismo y, en lugar de tirar para el ascensor, que hubiese sido lo lógico, salió andando hacia la rampa del garaje, seguro que para entrar al bloque por el portal tras un tiempo prudencial. Pues sí que estaba buena la cosa.

De todos modos, ni se me ocurrió ya volver a preguntarle nada relacionado con aquello que les había llevado a tal situación entre ellos. En todas las familias se cuecen habas y no falta un enredo. Que me lo digan a mí, que menuda la que se formó unos años atrás con dos primas mías, hermanas entre sí.

Lo triste del asunto es que todo vino a cuenta de un fulano por el que las dos estaban coladitas. No es ya que no se hablaran, que también, sino que aquellas dos terminaron dándose un día leña al mono, pero a lo grande, como en los combates de boxeo. Y tampoco es que fuesen dos quinceañeras, que una tenía ya 22 años y la otra casi 25.

Más triste aún resultó que, al final, el “trofeo” no fue para la una ni para la otra. El tipo pasó olímpicamente de las dos y se quitó de en medio. Y estas dos, aunque están felizmente casadas, a día de hoy siguen sin hablarse, todo a cuenta de lo mismo. Qué pena, madre mía.

Eso sí que lo tenía yo claro. En la vida me pelearía con ninguna mujer por un hombre, por muy valioso que fuera. Menos aún, siendo de mi entorno familiar. Hasta ahí podía llegar la broma...

## Capítulo 16



Aquel jueves por la tarde me había quedado en casa. En el máster nos estaban apretando las tuercas y Elvira, Ricky y yo teníamos que presentar un trabajo conjunto.

—Por lo que más quiera, Idaira, aplícate, que en ello se nos va parte de la nota—me comentó mi compañero al mediodía.

—Mira, ¿y por qué me lo dices a mí? Nos tendremos que poner hombro con hombro los tres, ¿no?

—Sí, pero es que como tú estás hasta las trancas de tu novio, no vaya a ser que él te entretenga más de la cuenta y al final el trabajo se quede cojo.

—Cojo, o tuerto o con un brazo en cabestrillo te vas a quedar tú como vuelvas a decir una tontería semejante. ¿Tú te crees que es normal?

—Ricky, Idaira tiene razón, por muy enamorada que esté ella siempre cumple como la que más, así que déjate de decir sandeces y ponte tú también las pilas, no vaya a ser que al final el que se quede corto seas tú.

—Cortito soy yo por abrir el pico sabiendo que estoy en minoría. Más anormal y no nazco, no sé cómo se me ocurre meterme en camisa de once varas siendo dos contra uno.

—Pobre mártir que está hecho él—nos burlamos a placer, menos mal que Ricky era un amor y que ya estaba acostumbrado a la guasa que gastábamos ambas con él.

El asunto fue que la tarde la pasé de lo más entretenida, con la sola interrupción de Alexia, que entró varias veces en el dormitorio.

—Galletas, galletas caseras, ¿alguien quiere galletas caseras?

Me pasó la bandeja por delante de las narices y la escena se me asemejó a aquella otra de la peli de Harry Potter en la que les ofrecen a los chicos algo del carrito de chuches en el mítico tren.

—No quiero, guapa, que con Bony no hago más que comer y ni tiempo tengo de ir al gym. Creo que voy cogiendo a kilo por mes.

—A kilo de *chala*, dirás. Si yo te veo como un espadachín, abre la boca que va.

Cualquiera le negaba a la niña nada. Y más si lo que te estaba ofreciendo era algo que había salido de sus manos.

Estaba con la boca abierta como si me fueran a operar de amígdalas cuando me sonó el teléfono.

—¿Cómo está la princesa de mi corte?

Para corte el que me habría dado a mí de verme mi chico de esa guisa, con la otra petarda haciéndome el avioncito con las galletas.

—Bien, bien, ¿y tú?

—¿Yo? Más cabreado que un mico, no te puedes imaginar. —El tono de su voz cambió por completo y sí que lo percibí disgustado.

—Cuéntame, cariño.

—Pues que me ha reventado una tubería del baño y llevo media tarde como un gondolero de Venecia, con los pantalones arremangados y metido en agua hasta las rodillas.

—¿Qué dices, niño? Pero ¿eso puede pasar en un ático de súper lujo como el tuyo? —ironicé una miajilla.

—Pues parece que sí, sobre todo si los fontaneros son unos inútiles de categoría. Yo no lo sabía, pero debe ser el caso. Ahora que te dijo una cosita, a mí me van a escuchar mañana los Pepe Gotera y Otilio estos. No te imaginas la que tengo formada en casa.

—¿Y qué vas a hacer?

Yo imaginaba a mi novio de muchas formas, pero lo de coger el mocho de la fregona y el cubo y ponerse a achicar agua como si no hubiera un mañana, no debía ser lo suyo.

—Pues he llamado a Lucía, la chica que me viene a limpiar un par de veces en semana, y me ha dicho que ahora se acerca por aquí con una prima suya, porque hace falta un buen batallón de escamondamiento para dejar esto en condiciones.

Me reí con el particular nombre que otorgó al batallón mientras le hice la oferta.

—¿Y qué vas a hacer tú mientras te dejan el piso como los chorros del oro? Yo creo que lo mejor sería que vinieras a cierta cama calentita que tu novia puede ofrecerte.

En honor a la verdad, desde que Juan y yo nos encamamos, mi menda lerenda no se sentía demasiado a gusto con el hecho de que ambos coincidieran bajo el mismo techo, pero aquello era fuerza mayor. Y situaciones extraordinarias requerían también acciones extraordinarias, por lo que no vacilé en invitarle a que se quedara en mi casa aquella noche.

El caso es que los jueves teníamos instaurada en el piso la denominada “noche de pizza”, por lo que hacíamos una vaquita para encargar unas cuantas a una pizzería que había en el barrio. Nos las servían pronto y calentitas, por lo que era un gustazo.

Esta costumbre no la había yo comentado con mi novio por la sencilla razón de que él era un poco pesadito y bastaría con que lo supiera para que se nos uniera o para que me pusiera en el palo de tener que ir a su casa. A ver, que a mí me encantaba estar con él, pero que también conocía las bondades de hacer algo de vida con mis compañeros. Todo tiene su lugar y su momento, y yo no soy demasiada amiga de las exclusividades.

A Bony le faltó el tiempo para llegar a la puerta, todo sea dicho de paso. Y no lo hizo con las manos vacías, sino que pasó antes por una tienda de comidas caseras que había en las cercanías de su casa. Por ello, vino provisto de varios túperes que yo le agradecí.

—Eres un cielo, lo único es que aquí los jueves solemos pedir pizza entre todos y no me gustaría hacerle ese feo hoy a mis compis, lo entiendes, ¿verdad?

—Claro que lo entiendo, ni que fuera yo un hombre de Cromagnon, pero no me lo habías comentado nunca.

Lo noté un poco contrariado, pero no le hice ni pajolero caso porque, a aquellas alturas, yo ya sabía que Bony era así. En ocasiones, sin comerlo y sin beberlo, su carácter se agriaba un poco, pero enseguida volvía a la normalidad y la sangre no llegaba al río.

—¿No te lo había comentado? *Sorry*, no me habré dado cuenta.

—Pues no. Y te digo más, que muchos jueves estamos hablando cerca de la hora de la cena y tú no sueltas prenda al respecto.

Estábamos los dos en la cocina, discutiendo el tema, cuando llegó Juan. Digamos que a mi compi no debió hacerle demasiada gracia tampoco que Bony me increpara de aquel modo, porque se estaba poniendo un poquito chocante.

Es más, lo que hizo el muy largo de él, que lo era más que un día sin pan, fue abrirse una cerveza y, mientras jugueteaba con el abridor, comenzar a tomársela sentado en la mesa, de modo que era

previsible que Bony se cortara un poco.

Sin embargo, lejos de mostrar una actitud prudente, mi novio se dirigió a él en unos términos que me disgustaron un poco.

—Perdona, mi chica y yo estamos hablando, no sé si te has dado cuenta.

—Sí, sordo no soy—le contestó el muy vacilón sin darle la menor importancia.

—¿Y entonces? —Lo dejó fuera de combate, no esperaba una reacción así.

—Entonces puedes seguir diciendo lo que te venga en gana, pero no echarme de mi cocina, yo vivo aquí.

—Valiente mala educación que tienes, chaval...

Mis mejillas iban a explotar. Yo tenía la sensación de que, desde la primera vez que Bony vio a Juan, le asaltaban ciertas sospechas. Imposible que supiera lo que ocurrió entre nosotros, pero puede que, la forma en la que mi compañero de piso me miraba, le delatase.

Digamos que a Juan se le notaba a la legua que se había quedado con las ganas de que nuestra historia hubiera continuado algún capítulo más, por más que yo estaba segura de que habría terminado como el rosario de la aurora.

No obstante, no tenía yo claro si lo suyo era pena o despecho, pero sus ojos reflejaban un sentimiento que no pasaba desapercibido tampoco a los ojos de mi novio.

Si dijera que yo me había olvidado por completo de Juan, mentiría. En ciertos momentos me seguía sintiendo atraída por él y hasta, una noche, fue el protagonista de un sueño húmedo que tuve y que me hizo despertar sintiéndome tremendamente culpable.

Pese a todo, yo llevaba la fidelidad por bandera y, una vez ennoviada con Bony, jamás me hubiera planteado volver a tener nada de nada con Juan.

—¿Te refieres a mí? —le contestó Juan, mirando hacia todos los lados.

—No, me refiero a mi prima, lo que pasa es que está sorda.

—¡¡Ya basta!! —vociferé—¿Habéis caído en la cuenta de que parecéis dos niños de parvulario? Como esto siga así, cada mochuelo a su olivo, y esta noche no hay cena que valga.

Viendo que me habían puesto de una mala leche extraordinaria, los dos guardaron sus recelos y dejaron eso de medir quién la tenía más larga para mejor momento.

En ese instante también entró Alexia en la cocina.

—Bony, no te esperaba, ¿cenas con nosotros?

—Esa era la idea, aunque lo mismo me voy con la música a otra parte.

Bien se veía que estaba molesto. Y es que el hecho de que no me posicionara de su lado, sino que me mantuviese neutral, le había hecho pupita y se notaba.

—Anda ya, hombre, qué te vas a ir. —Sali al quite porque tampoco quería echarle más leña al asunto.

—Tú me dirás, no sé si pinto algo en esta casa. —Enarcó una ceja, su molestia era más que evidente.

—Por supuesto que lo pintas, eres mi novio.

En ese instante fue Juan el que hizo ademán de levantarse e irse de allí. Yo me sentía nadando entre dos aguas, porque no sabía en qué momento se me había ido aquello de las manos.

—Bueno, bueno, vamos a hacer una cosa. Le voy a decir a Nacho que venga él también y así ya estamos todos—añadió Alexia, que se había percatado de la tensión y pensó que era la mejor manera para rebajarla.

Dicho y hecho. Nacho apareció en un pis pas y allí cenamos pizza a tutiplén. El estar con su amigo, sin embargo, no impidió que yo pillara a Bony mirando en más de un momento a Juan con ganas de tangana. Dios, cómo eran los hombres y eso que no sabía él lo que se había cocido entre nosotros hacía meses.

El que estaba como un cochino en un charco de contento era “el cenizo” con eso de tener a su jefe en casa. En la vida me hubiera imaginado que el puñetero pudiera hacerle la pelota tan bien a alguien.

En el fondo tenía su explicación. Él siempre decía que no podía haber tenido mejor suerte en el sentido de que estaba aprendiendo tela marinera en el estudio y su agradecimiento era total.

Al menos eso ayudó también a hacer la cena más amena, pues en diversos momentos le sacó temas de conversación profesionales a Bony y a Nacho, propiciando que los demás pudiéramos ir un poco más a nuestro aire.

Dichosos celillos, la que habían formado y dichosa tubería también, no podía haber reventado en otro momento...

## Capítulo 17



El viernes me sentí aliviada en el máster, con mis compañeros y fuera de tensiones. La impronta que me había quedado de la noche del jueves no había sido precisamente la mejor, pero ya pasó.

Yo ya creía conocer a Bony como si lo hubiera parido, por lo que esperaba un mensajito suyo en cualquier momento. No me equivoqué ni un ápice.

—¿Tu novio? —me preguntó Elvira, mientras yo miraba el móvil.

—El mismo que viste y calza—le contesté.

—Y anda que no viste bien ni *ná*, me quedé *alucinaíta* el otro día cuando vino a por ti. Además, parece muy simpático.

—Sí, es un amor. Bueno, de vez en cuando también es un poco metepatas, pero nadie es perfecto.

—Nadie, niña, y encima está como un queso, así que no le busques las faltas y quédate con lo mucho bueno que debe tener.

—Sí, que lo tiene, me cuida cantidad. Y lo dicho, es un amor, la mayoría del tiempo...

—¿Estáis hablando de mí? —nos preguntó Ricky en cuanto asomó la nariz por allí.

—Sí, sí, de ti. Anda y vete a coger cangrejos—le contestó Elvira, que también tenía salidas de

bombero torero.

A media tarde ya estaba yo poniéndome divina de la muerte. Lo que me había propuesto mi novio era cenar en su casa, pero yo no desperdiciaba ocasión de lucir palmito, por mucho que el encuentro fuera a ser íntimo. De hecho, hablando de intimidad, ese día estrenaría un delicado conjunto de ropa interior negro que había adquirido días atrás cuando fui de compras con Alexia.

Ella entró en mi dormitorio justo en el momento en el que me lo estaba poniendo.

—Ajá, brujona, tú le vas a dar al matarile esta noche.

—Y que lo digas. Anoche no estaba el horno para bollos con tanta miradita enrarecida entre los chicos y hoy toca rebajar tensiones.

—Ya, ya lo vi. No sé qué mosca le ha picado a Bony con Juan y eso que él no sospecha nada que, si no, le íbamos a tener que poner una correa.

—Sí, bueno, es que parece que le tiene bastante manía.

—Ni caso, ya se le pasará. Tú hazle un pase de modelos con esa ropita interior y lo tienes babeando siete días con siete noches.

—Si me da tiempo, sí.

—Explícate, venga...

—No, bueno, es un poco eso que te he dicho en otras ocasiones, que él es muy cariñoso y romántico en cantidad de escenarios, pero en lo tocante a la cama, le sale una parte salvaje de dentro...

—Ya, sí. Bueno, eso tampoco es malo, en el fondo mola tela.

—No, no... Si, como dice mi madre, “malo es meterse por el culo un palo”, pero a veces me deja un poco loca.

Alexia se dobló de risa con la susodicha expresión que, ciertamente, yo le había escuchado a mi madre unas cuantas decenas de veces a lo largo de mi vida.

Antes de salir de casa, me miré al espejo y me vi francamente bien. “Mierda”, pensé. Era el cumpleaños de mi hermana Ani y, aunque la había felicitado por la mañana, quería volver a hablar con ella para preguntarle qué tal le iba el día.

Tal hecho motivó que yo bajara diez minutos más tarde de lo acordado. Pensé que sería por eso que la cara de mi novio llegaba al suelo dentro del coche.

—Perdona, cariño, es que es el cumple de mi hermana y...

—Y tú no avises ni nada, que es malo, con lo mucho que sabes que me molesta la impuntualidad. De puta madre, Idaira, ganando puntos por momentos...

Me quedé descolocada. Tanto que, de haber tenido el valor, debí bajarme del coche en ese justo instante. Vale que yo no lo había hecho del todo bien, pero tampoco era para que me recibiera con ese mal talante. Joder, ¿qué le pasaba últimamente?

—Lo siento, no pensé que fuera a molestarte tanto, pero que, si no te apetece que cenemos, me quedo en casa y santas pascuas.

—¿Te quieres dejar de tonterías?

Más me molestó su nueva salida de tono, pero en mi defensa diré que estaba demasiado sorprendida como para reaccionar en ese instante.

Más callada que en misa, así fue como llegué a su casa. Desde que había empezado a salir con Bony, era la primera vez que se oía de lejos el anuncio de tangana. Madre mía, si lo llego a saber no me coge a mí en aquella, ¿qué le había pasado? Lo mismo es que estaba de mala baba por alguna cuestión de su trabajo e iba a pagar yo el pato bien pagado.

Él tampoco se dignó decir ni esta boca es mía durante todo el trayecto, por lo que no pude sentirme más violenta. De hecho, se me hizo eterno y cuando llegamos a su garaje, fue el sonido de mis tacones lo único que escuchamos.

Al entrar en el ascensor, noté que su mirada podía calificarse como de iracunda y lo cierto es que no supe dónde meterme. Nunca lo había visto así, parecía un animal acorralado, como si le faltase el aire en el ascensor.

Si digo que sentí algo de miedo, no exagero demasiado. Sé que la palabra miedo puede sonar muy fuerte, pero es que su mirada no lo era menos.

—Me estás asustando, Bony, ¿qué te pasa?

Tragué saliva ruidosamente después de pronunciar unas palabras a las que en principio no contestó nada.

No sé de dónde saqué el valor, pero las repetí. En esa ocasión sí que tuve suerte, por decirlo de alguna manera, y me contestó.

—¿Asustando? Menos miedo y más vergüenza, Iraida—me contestó con una cara que no sabría cómo calificar, pero que tampoco me calmó lo más mínimo, todo lo contrario.

—¿Qué dices? Mira, creo que no ha sido buena idea la de venir hoy. Si te parece, lo dejamos para otro día, prefiero irme para mi casa, ¿me acercas?

Vaya idea también la mía, que me acercara, con la mala leche de la que estaba. Más me valía haberme cogido un taxi he ido para mi casa, más tonta y no nazco.

—No, déjate de tonterías, tú y yo vamos a hablar, no te hagas la tonta.

—¿Hacerme la tonta? No tengo ni la más mínima idea de lo que me estás hablando.

—No te preocupes, que enseguida lo vas a saber, pero no creo que sea plan de que se enteren todos los vecinos, ¿eh?

Por desgracia, no puede evitar que la curiosidad me hiciera entrar, cuando su gesto habría sido suficiente para ahuyentarme.

En cualquier caso, no se trataba del primero que pasara por la esquina, sino de mi novio formal desde hacía meses, por lo que finalmente entré.

Cerró la puerta y ahí sí que sentí miedo, sin medias tintas.

—¿Te lo has pasado bien jugando a dos bandas? —me preguntó a chillidos en cuanto me tuvo a su merced, dentro de su ático.

—¿¿¿Cómo??? ¿Qué dices, Bony? Me estás volviendo majara.

—¿Yo te estoy volviendo majara? ¿Y tú a mí, Idaira?

—No te entiendo, Bony, te juro que no te entiendo. Me duele que me hables así, no sé a lo que te refieres.

Por mucho que quisiera hacerme la tonta, sí que lo sabía.

—Estoy hablando del malnacido ese de Juan, ¿te lo pasaste bien revolcándote con él en la cama?

—Bony, ¿de qué me estás hablando?

—Lo sabes muy bien, ¿creías que no me iba a enterar? Lolo me lo ha confirmado todo. Sí, no pongas esa cara, Lolo... Me ha venido muy bien tenerlo de mi lado, no creas que eso se me escapó esa posibilidad el día que lo metí a trabajar conmigo.

—¿Lolo? ¿Qué dices?

—Él y Juan son amigos. Me ha bastado con amenazarlo con ponerlo de patitas en la calle, y el tío ha confesado. Ya sabes que por dinero baila el perro.

El mundo se me cayó encima. Bien sabía yo que, aunque tuvieran sus diferencias, Juan y Lolo eran bastante amigos, efectivamente. A mí no se me había ido por alto que, en determinados momentos, Juan lo había pasado bastante mal, por lo que no tendría nada de particular que le hubiera confesado a Lolo el motivo; que se acostó conmigo y que después pasé de él. No podía culparlo, ¿quién no tiene necesidad de compartir sus penas?

Sería imbécil... Yo solita me había metido en la boca del lobo, al proponerle a mi novio que le dejara hacer en su empresa las prácticas a Lolo. Aunque, viendo el cariz que estaban tomando los acontecimientos, me parecía que era lo mejor que había podido pasar, pues así se quitaba la careta.

—¿Has amenazado a Lolo? ¿Tú qué clase de hombre eres?

—Por ahí no vayas, ¿eh? Aquí la única que tiene una catadura moral bastante cuestionable eres tú, bonita.

Su “bonita” no pudo sonar más sarcástico.

—Mira, Bony, te voy a decir una cosita. Yo no tengo por qué negarte nada. Es cierto que estuve una vez, una sola vez con Juan, pero cuando lo hice tú y yo no éramos novios. Es cierto que igual debí decírtelo, pero me imaginé que te iba a sentar fatal, no tenía sentido.

—Lo que no tiene sentido es que yo haya puesto el mundo a tus pies para comprobar que tú me has dado una puñalada traperera, Idaira, eso es lo que no tiene ningún sentido. ¿De veras creías que yo no me iba a coscar de vuestras miraditas?

—¿Qué miraditas? Estás loco, Bony, te digo que estás loco. Yo no he tenido ojos para nadie más que para ti.

—¿De verdad? Qué fuerte, Idaira. No salen más que mentiras por tu boca. No puedo creerlo, cada vez que lo pienso es que se me va la olla. Pensar en los dos juntos, en la cama, se me va la pinza... ¡Me das asco! Me das mucho asco, ¡eres una puta!

Como una losa cayó aquella palabra sobre mi persona.

Las lágrimas corrieron de mis ojos en dirección hacia mis mejillas. ¿Me había llamado puta? Tenía claro que hasta ahí habíamos llegado.

—¿Una puta? Te juro que es la última vez que me ves el pelo en tu vida, ¿me entiendes?

—¿Y ahora me dejas? ¿Te permites el lujo de darme la patada después de que he sido un cornudo? Toma...

Me dolió mucho más en el alma de lo que lo hizo en la cara, pero la cachetada hizo que mi moflete ardiera en ese instante.

Sin más, salí corriendo como alma que lleva el diablo de aquella casa, con las lágrimas como puños formando un río de lágrimas en el suelo.

Para mi sorpresa, conforme bajé corriendo las escaleras, me topé de frente con Sara, la hermana de Bony.

—¿Estás bien? —me preguntó, mientras pasó su mano por mi dolorido moflete.

—Eres Sara, ¿verdad? Yo, yo soy...

—La novia de mi hermano, sé perfectamente quién eres.

Por su forma de hablar, así como por el hecho de que, según me dijo, parecía haber corrido a mi rescate, no me pareció para nada el tipo de persona que me había descrito Bony.

—Sara, yo me tengo que ir—terminé por decirle antes de bajar del todo los escalones y coger el pasaporte hacia la calle.

—Te voy a dar un consejo, bonita, de mujer a mujer. Huye de mi hermano, no es el hombre que tú creías.

Y tanto que no era el hombre que yo creía... Mi novio era una bestia parda, celoso y violento, nada que ver con la persona que yo había idealizado.

A duras penas, y sin poder contener las lágrimas, pillé un taxi. Ojalá que no hubiera nadie cuando llegara a casa. Solo quería llorar, meterme en la cama y taparme la cabeza y todo.

Dios mío, ¿era posible que aquello hubiera ocurrido? Mientras el taxista ponía rumbo a mi casa yo iba pellizcándome, por si acaso existía la posibilidad de que todo fuera un mal sueño. No hubo suerte, ni nada que se le pareciera; la desgracia se había cernido sobre mí.

## Capítulo 18



Subiendo en el ascensor, me cayeron por encima todos los cabos sueltos, esos que ya se iban enlazando perfectamente; la tangana con Juan en la cocina mientras llegaban las pizzas, las palabras de su madre, a solas con él, en la cocina. Incluso el hecho de parecer odiar a muerte a su propia hermana me dio que pensar que allí había más de un gato encerrado.

Claro que sí, ya cuadraba todo más o menos. La tal Patricia había cogido el pescante y se había largado unos cuantos cientos de kilómetros más allá. ¿Huyendo de él? Seguramente, a la vista de las palabras de Sara. ¡Qué fuerte todo, válgame, Dios!

Nada más abrir la puerta del piso, entendí que allí dentro había alguien, y es que la lucecita del rincón del salón estaba encendida. Aquel era un salón de paso que tenía que cruzar, quisiera o no, para llegar a mi dormitorio.

Juan, que sabía que yo andaba por ahí con Bony, se extrañó de verme tan rápido de vuelta.

—Idaira, ¿qué haces aquí?, ¿se te ha olvidado algo?

No le contesté. En lugar de eso, me llevé a la sien con disimulo la mano abierta para que no se percatase de la rojez de mi mejilla, que aún me escocía, y enfilé hacia mi cuarto. Eso debió escamarle más todavía, porque se levantó del sofá dando un salto como las liebres y me enganchó por un brazo.

Por mucho que hubiéramos tenido nuestras diferencias, que eso era innegable, lo que no podía yo decir en ningún momento es que no se preocupara por mí, pues eran muchos los detalles que a lo largo de aquellos meses indicaban que así era.

—¿Qué te pasa, corazón? Sabes que si tienes algún problema puedes contármelo. Intentaré ayudarte si está en mi mano.

No había terminado aún de decirlo cuando alargó el brazo y le dio al interruptor de la lámpara del techo. Giré rápidamente la cabeza volviéndosela, lo cual terminó de delatarme. Juan me agarró por la barbilla y ahí ya no traté de seguir ocultándome. No pude.

—¡¿Se puede saber qué te ha pasado en la cara?! —se volvió loco de golpe y porrazo—. ¡No me jodas, Idaira, no me jodas! ¿Te ha pegado ese hijo de la grandísima puta?

Rompí a llorar como una descosida y asentí con la cabeza. Aquel compañero de piso con el que yo había recobrado la naturalidad en los últimos tiempos apretó los puños.

—¡Lo mato! ¡¡Me cago en su puta madre!!

—Cálmate, por favor —le pedí sin parar de llorar—. Hazme una tila, o un rayo que me parta, lo que sea, y vamos a hablar tú y yo.

—Ahora mismo, siéntate en el sofá que vengo volando, pero cálmate tú también, por favor.

Traté de serenarme en los dos o tres minutos que tardó en volver con el platillo y la taza de la infusión. Se sentó a mi lado y me cogió cariñosamente de las manos, mirándome a los ojos.

Se quedó frío cuando le relaté minuto a minuto lo ocurrido desde que saliera de allí hasta montarme en el taxi.

—Qué pedazo de cabrón, ya te dije en su momento que había algo en este tío que no terminaba de convencerme, y si no te he vuelto a dar bien la tabarra con lo mismo es porque... bueno, tú ya sabes el porqué.

—Lo siento, Juan, lo siento —las lágrimas empezaban a asomarse de nuevo a mis ojos.

—Eh, no vale llorar más, ¿de acuerdo? Por mí no te preocupes, ¿vale? Lo que quiero es que tú estés bien, así que venga, termínate la tila y relájate.

Qué distinta estampa a la de nuestra primera noche a solas en aquel mismo sofá. Qué hombre tan distinto trataba de consolarme como podía. Qué distintos mis sentimientos por el otro malnacido. Le había cogido un asco mortal de repente, asco... y más cosas que no voy a decir por aquí porque puedo dar la impresión de tonta. No iba a volver a verlo, de manera que... nada debía temer, lo cual no restaba un ápice a mi amargura en aquel preciso instante.

—Oye, Juan, tú no conocerás ni de lejos a la tal Patricia, ¿verdad? —se me ocurrió preguntarle.

—¿La chica que iba a casarse con él? No, personalmente no la conozco, pero sé de alguien que sí.

—¿En serio?

—Pero a ver, niña, ¿ella qué culpa tiene de nada de esto? —posó una mano en mi brazo y me hizo una ligera caricia. No me incomodó. Al contrario, me sentía arropada en esos momentos por él, cosa muy de agradecer.

—Ninguna, lo que pasa es que me encantaría poder hablar con ella.

—¿Para qué, Idaira? No te entiendo.

—Cosas mías, Juan. Ayúdame a contactar con ella, hazme ese favor.

—Puedo intentar localizarla por las redes, aunque no te garantizo nada. Se da la casualidad de que es amiga, o era, de una buena amiga mía.

—¿Y tú cómo lo sabes, si no conoces a Patricia?

—Porque mi amiga Paloma es de esas personas que cuelgan en su Face todito, todo. Una vez subió yo no sé cuántas fotos de un viaje que hizo con gente a Marrakech, *pá* colmo, puso una de portada, en la que aparecía ella con un chaval y una chavalita así muy mona, con una melena pelirroja de tirabuzones muy vistosa. No la cambió en muchos meses, y no te lo niego, la chica me pareció guapísima, con aquel pelo y unos ojazos verdes espectaculares.

—Te vuelvo a decir lo mismo. ¿Tú cómo sabes que es ella?

—De chiripa me enteré, hablando un día con Alexia de ella precisamente. Fue Alexia quien sacó el tema, mirando con nostalgia unas fotos de la pandilla. Se preguntaba qué habría sido de Patricia y me la mostró en una que aparecían ambas muy sonrientes. La reconocí de inmediato.

—Por favor, búscala en el Face de esa amiga tuya.

—Como quieras, yo no le veo mucho sentido, pero allá tú.

Juan echó mano de su móvil y entró en el perfil de la tal Paloma. Tenía tres amistades con el nombre de Patricia, dos con foto en el perfil, que nada tenían que ver con la ex de Bony, y otro con la foto de un collar de artesanía. Aparecía como Patricia G.S., “De Sevilla” y “Vive en Madrid”. En principio, todo apuntaba a que se trataba de ella.

Bajando por el muro, dimos con un enlace que llevaba a otra página de un negocio de bisutería, con toda clase de fotos de los artículos y datos como el teléfono o la dirección.

Y más abajo, aunque todo eran memes y cosas así, encontramos una foto de la chica junto a un grupo de gente como de excursión por ahí por las montañas. Juan la reconoció en cuanto vio la foto.

—Es esta—me aseguró ampliando la foto.

No me lo pensé dos veces. Entré en el Face desde mi móvil y le envié la solicitud de amistad, sin tenerlas todas conmigo de que la aceptaría. Al día siguiente, durante el desayuno, me llegó la notificación de que acababa de admitirme entre sus amistades.

Puede parecer que yo había perdido el norte, pero tenía un plan en mi mente que estaba dispuesta a llevar a cabo ya fuese en su compañía o sola, según a él le pareciera. Si le hablaba así sin más a la chica, entrándole directamente con el tema, corría el riesgo de que me mandase a tomar por culo ipso facto y que me bloquease. Patricia tenía un negocio de cara al público, con lo que... Pues eso, que servidora estaba más que dispuesta a abordarla en persona.

Le anticipé a Juan mi idea, temiendo que él también me mandara a ponerme en aquella misma posturita, pero nada de eso. Al contrario; estuvo de acuerdo en que cogiésemos el coche del tirón y nos plantáramos en Madrid. Alexia no daba crédito a lo que oía cuando se lo conté por teléfono, de camino a la gran ciudad.

Parece de locos, lo sé, pero a mí el cuerpo me pedía saber hasta qué punto había llegado la historia entre los dos, y para cabezona, yo. Contábamos con la ventaja de que la tienda también abría los sábados por la tarde, conque teníamos tiempo de llegar antes del cierre.

Caímos en Madrid a eso de las tres y algo de la tarde. Habíamos acordado, ya puestos, aprovechar todo el puente (el lunes era fiesta) para disfrutar de la infinidad de posibilidades que ofrece la capital a todos los niveles.

Lo necesitaba, necesitaba estar a unos cuantos cientos de kilómetros de Sevilla y en una compañía muy distinta. Cambiar de aires para mí era esencial en un momento que consideraba nefasto en mi vida.

Habíamos pillado por internet un par de habitaciones en un modesto hotelito no muy lejos de la tienda de Patricia, con lo que fuimos para allá del tirón y luego bajamos a almorzar en una tabernita.

Juan iba ganando puntos sobre mi persona a marchas forzadas, y es que tantas horas de conversación dan bastante de sí para ir conociendo a una persona más a fondo.

Como es lógico, mi oportunidad respecto a ver a Patricia no me llegó hasta unas horitas más tarde. Le pedí a Juan que no me acompañase. Preferí ir sola, y a solas la pillé, allí sentada en la tiendecita de estilo hippy.

Naturalmente, me tomó por una clienta más que iba a comprar algo, pero la cara se le mudó cuando nada más saludar le espeté que había venido desde Sevilla simplemente para hablarle de Bony.

De entrada, no quiso saber del asunto, e incluso me pidió por favor que, si ese era el único motivo que me había llevado hasta su tienda, que me marchase, que ella no tenía nada que hablar de ese “individuo” ni nada que ver ya con él.

Yo sí que le rogué a ella que me escuchase, con las palmas de las manos juntas por delante del pecho suplicándoselo, y la mujer terminó cediendo ante mi insistencia. Por ella supe al final todo con pelos y señales.

¿Su mayor delito? ¡Qué gracia, mae mía! Precisamente tenía que ver con aquella foto de portada que subió su amiga Paloma, mira por dónde. Patricia, sabiendo lo celoso que era Bony, le dijo que se iba aquel fin de semana con un par de amigas a los Pirineos, en tanto él atendía aquel par de días a sus negocios con un cliente por Ferrol.

Al otro le bastó ver que en el lote también había algún hombre para esperar la primera de cambio a la vuelta de sus respectivos viajes y, según ella entró por casa de él, le dio tal hostión por haberle mentado que le reventó el labio.

La cosa es que ella no se achantó y empezó a echar pestes por su ensangrentada boca, poniéndole de hijo de puta para arriba y amenazando con hacerlo público. Parece ser que Bony le dijo que mucho ojito con sacar los pies del plato que, como fuera capaz de abrir el pico, la siguiente vez iba a recibir hasta en el cielo de la boca. Y no solo ella, también aludió a su madre, que era viuda y que no tenía absolutamente nada que ver con el tema.

Tan fea se puso la cosa que terminó haciendo la maleta y poniendo rumbo a Madrid, una ciudad en la que no conocía a nadie, pero en la que no tardó en abrirse camino. Lejos de Bony, por fin había encontrado el amor en un chaval llamado Edu con el que ahora vivía una vida pletórica y no quería ni acordarse de Bony ni del Cristo que lo fundó.

## Capítulo 19



Nada le extrañó a Juan cuando le conté todo aquello. Y es que las muchas reticencias que él sentía respecto a Bony tenían mucho de realidad y muy poco de ficción provocada por celos, como yo había pensado todo aquel tiempo.

Pese a que no le cogiera de improviso, “los muertos” que pudo echar por la boca no estuvieron ni en los escritos.

—Maldito hijo de Satanás, te juro que esto no va a quedar impune, te lo juro...

—No, te lo juro yo a ti, porque me voy a ir a una comisaría y no sé si esta que está aquí conseguirá algo en un juicio, pero con las esposas sale ese por la puerta de su casa, palabra de Idaira.

—¡Esa es mi chica! —chilló Juan y, sin más, no sé cómo se las ingenió para darme un beso en los labios que, encima, me supo a gloria.

Después de hacerlo se quedó cortado, como pensando que se había pasado tres pueblos, pero quise tranquilizarlo. Ninguna manera mejor de hacerlo que dándole yo otro.

Sé que puede parecer todo surrealista, o incluso dar una imagen de mí como de una mujer tremendamente insensible o frívola, pero es que sentía que Bony había pasado a la historia. Dicen que del amor al odio solo hay un paso, y yo debía haberlo cruzado a marchas forzadas en cuestión de unas pocas de horas.

—¿Me acompañarás? —le dije tomando su mano.

—No me dieran más castigo que no poder hacerlo. Oye, ¿crees que hay alguna posibilidad de que Patricia corrobore tu versión de los hechos?

—Pues creo que no, pero tengo su teléfono y voy a hacer un último intento. ¿Sabes? Por lo visto su madre murió hace unos meses, víctima de una enfermedad, por lo que ya no hay ninguna posibilidad de que la comadreja esa la vuelva a amenazar con hacer daño a la mujer.

—Hay que ser malnacido para amedrentar así a la chavala, ojalá hubiera venido a medirse conmigo, que en ese caso sí que se hubiera llevado su merecido.

No me cabía la menor duda de que así era, sobre todo por la forma en la que Juan apretaba los nudillos mientras me decía aquello.

Un rato después, tras haber descargado un buen puñado de lágrimas en su hombro, me decidí a llamar a Patricia. Para mi sorpresa, después de hablar con su chico, ella también estaba decidida a denunciar a su ex.

Según me dijo, siempre tuvo la ilusión de que ninguna otra tuviera que vivir un calvario como el suyo, pero viendo que el tío no había escarmentado, consideró que la única manera de que no volviera a hacerle daño a otra mujer pasaba porque la justicia tomara cartas en el asunto.

Convinimos que ella nos acompañaría el lunes a Sevilla y que allí ambas interpondríamos la denuncia, por lo que aquel no sería un día nada, pero que nada fácil.

—De todas formas es un triunfo—me comentó Juan.

—Sin duda que lo es, ese hijo de mala madre no va a volverle a poner la mano encima a ninguna, de eso nos encargaremos nosotras.

—Y yo me encargaré de que, mientras, pases el resto del fin de semana lo mejor posible aquí en Madrid.

Entre pitos y flautas era ya casi la hora de cenar. Mi estómago estaba un tanto cerrado después de tal trajín, pero convinimos en que había que hacer un esfuerzo e intentar cenar algo.

La noche estaba de fábula y, desde el hotel, buscamos un lugar de tapas muy cuco en el que él me garantizó que nos íbamos a poner las botas.

Las botas no sabía yo si nos las pondríamos, que para eso sí que llevaba yo ya unas en los pies, pero el apetito sí que consiguió que se me abriera.

Lo hizo con ese pico de oro que Dios le había dado, que era imposible saber de dónde le salía tantísima gracia. Con decir que, en un pis pas, no era yo la única que le estaba riendo las gracias, sino que todos los que estaban en las mesas de alrededor andaban tirados de la risa con sus cosas.

Como consecuencia del show que el tío montó, se terminó acercando el dueño del bar a decirnos que estábamos invitados, cosa que no nos vino nada mal, pues no nos sobraba el dinero a ninguno de los dos precisamente.

En el caso de Juan, eso tenía los días contados, pues me comentó que ya tenía medio volteado su Trabajo Fin de Carrera y que eran dos las empresas que se lo estaban rifando.

—En cuanto acabe me cojo un pisito, que ya no me va a pegar vivir en uno de estudiantes...

—Ains, no me digas eso, que me va a dar penita.

—Penita de qué, niña, tú te vienes conmigo como Juan que me llamo.

—¿Contigo? ¿No estamos corriendo demasiado?

—Claro, como tú has vivido a tope este tiempo, no sabes lo mucho que yo he echado de menos tenerte cerca. ¿Crees que puede existir algún plan mejor que el que te estoy ofreciendo?

No lo creía, eso era cierto. Por esa razón, puse punto en boca y dejé que las cosas fluyeran como tuvieran que fluir. Y no me estoy refiriendo solo al futuro sino también a esa misma noche, en la que nuestros cuerpos quizás pudieran decir lo que nuestras bocas habían callado hasta entonces.

Antes de regresar al hotel, dimos un paseo cogidos de la mano por los alrededores del Parque del Retiro. Me hubiera encantado poder entrar y recorrer junto a él aquel edén de frondosos árboles con ese maravilloso lago en que tanta gente disfrutaba montándose en sus barquillas y dándole a los remos.

Desde luego, el nombre le hace justicia a aquellos inmensos jardines, y es que ese pulmón de Madrid, como lo llaman también, es un verdadero remanso de paz. Para chasco, a aquellas horas todas sus puertas estaban cerradas al público a cal y canto, así que me quedé con las ganas. Bueno, ¿quién sabía si tendría otras ocasiones en un futuro? Era pronto para hablar, muy pronto, pero cosas más raras se han visto.

Dicen que cuanto más rápido es el ascenso, más gorda es la caída, y eso era justo lo que a mí me había pasado con el indeseable de Bony. Lo nuestro fue muy rápido desde el primer día, lo sé, aunque una no fuese la única responsable de ello. E igual de rápido se fue todo a tomar vientos de un plumazo. Qué ciega había estado, la virgen.

El día había sido largo, por lo que no quisimos demorar mucho el paseo y fuimos acercándonos hacia el hotel. Todavía nos quedaba el domingo completo por delante, antes de poner rumbo a Sevilla la mañana del lunes.

Nos habían asignado habitaciones contiguas, de manera que subimos en el ascensor hasta la misma planta con nuestras respectivas llaves en la mano. Juan me tenía abrazada por la cintura y no me soltó al salir de él. Acercó su cabeza a mi oído.

—Entonces, qué, ¿nos despedimos ya aquí hasta mañana, cosa bonita? ¿Es eso lo que quieres?

Yo, que en la recepción me había anticipado mentalmente a ese posible planteamiento, lo tuve claro.

—Yo no—le contesté plenamente convencida—. ¿Y tú?

—Yo tampoco, reina mía.

Arsa ahí, nuevamente coronada, señores. Y como una reina me sentí esa primera noche con él entre las sábanas. Sí, ya sé que sería la segunda vez que nos acotásemos juntos, pero la primera casi que no contaba, entre otras cosas porque mi memoria no retenía ni el más mínimo detallito de aquel episodio nocturno.

En esa habitación volví a sentir la ternura en el acto sexual, esa pasión que tenía medio olvidada, y es que ya me había acostumbrado a las “palizas” en la cama de Bony, al punto de que me parecía lo normal y corriente.

Juan y yo lo hicimos esa noche una vez nada más, pero nos cundió. No faltaron decenas de besos con una entrega indescriptible y mil caricias por ambas partes. Terminamos exhaustos, y es que la cantidad de horas que llevábamos a nuestras espaldas sin parar empezaban a hacer mella en nosotros.

Me puse de lado (no consigo coger el sueño en ninguna otra postura) y él hizo lo mismo, abrazadito a mí como un peluchito, el muy mimosín. Recuerdo que estuvo acariciándome el brazo de arriba abajo y de abajo arriba hasta que me quedé dormida. Debí hacerlo antes que él, porque esas caricias no se detuvieron en ningún momento mientras estuve consciente.

El amanecer nos cogió en la misma postura en que nos quedamos fritos. Juan seguía con el brazo echado sobre mí, con la mano ahí caída. Se la acaricié cariñosamente y pronto se espabiló.

—Mmmm, qué gustito, no pares, amorcito mío.

—Qué te gusta que te dé un sobeteo, ¿eh?

—No lo sabes tú bien.

—Pues ¿sabes qué te digo? Que te voy a dar yo a ti la soba de los gitanos, pero no aquí. Acaba de ocurrírseme una idea.

—A ver, loquita, suelta por esa boca.

—No, no, no. No te pienso anticipar nada hasta...Jo, no te doy más pistas. Venga, levántate.

—Qué barbaridad, qué buyas, chiquilla.

Tal vez el pobre tuviera razón, pero yo quería disfrutar a tope del día por Madrid. Tiempo tendríamos de compartir otras cosas una vez que volviésemos a Sevilla, máxime teniendo en cuenta que vivíamos bajo el mismo techo.

Aquella mañana le pedí que me dejase conducir su coche, cosa a la que accedió de mil amores. Y luego a la Alexa, que no Alexia, que me indicase el camino hasta el parque de atracciones. Juan se partía la caja.

—¿Loquita te dije antes? Tú lo que estás es como un cencerro.

No pude decirle que como un cencerro estaría él. Contra lo que pudiera aparentar, ese hombre tenía la cabeza muy bien pero que muy bien amueblada. No me refiero ya a que fuese un cerebritito para los estudios. Aparte de eso, había demostrado sobrarle psicología para calar a la gente a la primera. Y más todavía, para mantenerse al margen sin insistir mucho, a sabiendas de que lo mío con Bony no iba a llegar muy lejos, como me llegó a decir la noche en que llegué abofeteada por él, hecha unos zorros.

Pasamos una mañana fantástica, montándonos en todos los cacharros como dos niños chicos. En la

montaña rusa, eso sí, me di un chocazo, y es que tuve vértigo en un momento dado al ver que tocaba una de las bajadas más pronunciadas de aquel circuito y no tuve más ocurrencia que dejar caer al tiempo la cabeza hacia atrás, dándome un buen testarazo.

Subidos luego en la noria, pensé en que lo mismo ocurre con la vida; que da muchas vueltas. La mía había dado una increíble en cuestión de minutos.

En un descanso, tomando una cañita y un pincho de tortilla en una terraza de por allí, Juan la tiró en plan cachondeo.

—¿Ahora qué? ¿Al zoo, nenita? Creo que está cerca de aquí, por lo que tengo entendido.

—Anda ya, hay uno mucho más moderno.

—Niña, niña, que lo decía en broma. Solo me falta ya pasarme la tarde tirándole cachos de pan a los monos.

—Pues yo no hablo en broma. Por lo visto, en Faunia hay hasta un pingüinario, y eso sí que no me lo pierdo yo por nada del mundo.

No me lo perdí, no, ni yo ni él. Allí que aterrizamos entre risas. La emoción por ambas partes era más que notoria y buena prueba de ello es el sinfín de fotos que en ese zoo nos hicimos también. Nuestras primeras fotos...

## Capítulo 20



A nuestro regreso a Sevilla, las cosas cambiaron bastante, y no me refiero solo a lo nuestro. Eso también, claro, pero a mejor, mucho mejor por minuto. Juan se mostraba bastante más simpático todavía que de costumbre y yo no volví a dormir una sola noche en mi cuarto, donde seguía teniendo toda mi ropa en el armario.

Puede decirse que ahí comenzó oficialmente nuestro noviazgo, eso mismo que mi mente no concebía tiempo atrás, por aquello de lo que me había contado Alexia sobre su carácter. Pero ya lo dice el refrán. “Unos tienen la fama y otros cardan la lana”. Ni más ni menos. El hecho de que hasta entonces Juan no hubiese tenido así ninguna relación estable como quien dice tampoco significaba mucho.

Es más, por lo que él mismo me había contado durante el finde en Madrid, la mitad de sus historietas las había cortado él y la otra mitad habían sido ellas. Se había enamorado hasta la médula una vez y le habían dado pasaporte, y no porque se hubiese comportado mal, sino que aquella chica no quería ningún compromiso serio. Así son las cosas.

El primer día que el guasón de mi chico pasó por el campus a buscarme, Elvira, que salía en ese momento a la calle conmigo y le vio allí fuera esperándome con los brazos abiertos, se quedó fría, y es que yo, que también soy una vacilona de aúpa cuando me parece, bien que me había callado la boca. Para la chica, esta que está aquí seguía su historia con Bony como si nada. Al día siguiente, según llegué, Elvira me cogió por el brazo con ojos de espanto.

—Niña, ¿qué pasó ayer?, ¿le estás poniendo los cuernos a tu chico? Ayyy, me quedo muerta —me lo dijo con una gracia que para qué, abriendo la boca de par en par y llevándose la mano al pecho.

Solté una carcajada y se me ocurrió sobre la marcha seguirle el rollo de eso que ella estaba dando por sentado.

—¿Qué? Está bueno, ¿eh?

—Nos ha *jodío* mayo, ya te digo. Como tonta la niña, pero guapita, deja algo *pá* las demás, ¿no?

—Venga va, te regalo al otro con lazo y todo.

Pobre mía. No le hubiera deseado yo eso ni a mi peor enemigo. Menudo cacho perro. Como es natural, enseguida puse fin a la comedia, aprovechando que Ricky no había venido aquella mañana. Y aunque hubiese venido, porque bastante me importaba ya a mí ir pregonando por todos los rincones qué clase de individuo era aquel arquitecto con carita de no haber roto un plato en su vida. Una mierda, eso es lo que era.

—Ven, anda —la cogí por el brazo —, vamos a tomarnos un cafelito, que te voy a contar una cosa que sí que te va a dejar muerta ya, pero del todo.

Por poco, porque Elvira no daba crédito a lo que estaba escuchando.

—De película de terror, niña. Mejor aún, de novelas de suspense de Mary Higgins Clark. Me estás recordando a la protagonista de “Un grito en la noche”. Yo me cago patas abajo si me toca un tío así.

—Para que veas, hay mucho lobo suelto disfrazo de cordero por ahí. Aquí no estamos ninguna libre de que nos toque una papeletita de esas.

—Ya, ya...

Pero vamos, que no se está libre de caer en manos de un malnacido o malnacida, ni de que te toque un compañerito de piso tan “majo” como el mío; un Judas totalmente. Otro cobarde de tomo

y lomo, además.

Este se había largado el viernes a mediodía para su pueblo, como solía hacer casi todos los fines de semana, y Alexia, que también se las gasta que no veas cuando le parece, se calló su boquita con toda la sangre fría del mundo. Ni le llamó para ponerle a parir ni nada por el estilo, por lo que nos contó el lunes a nuestro regreso de Madrid...

—Si llega a ser otra, coge el teléfono del tirón y le arma un expolio, pero, conociéndole, que sé que es un cagón, ya me sé yo que no hubiera tenido pelotitas de volver el domingo por la noche de Carmona ni a por su ropa. Preferí cogerlo totalmente de improviso.

—Qué bueno, jejeje. ¿Qué pasó entonces?

—Pues nada, que le metí toda su ropa y todas sus mierdas a pelotón en bolsas de basura y se las planté en el recibidor. Le dije a Nacho que se quedase aquí hasta que llegase. Por cierto, bueno se puso también cuando se enteró del pastel.

—Como para no. Fíate tú ni de Cristo —intervino Juan—. Me cago en *tó* lo que se menea. Ten tú amigos *pá* esto.

—Y tanto. Pues eso, que cuando le oímos abrir la puerta, salimos a hacerle nuestra particular “recepción”, jejeje. Si le veis la cara, os meáis.

Traté de imaginármelo sacando las bolsas de basura en plan Julián Muñoz con los sacos de billetes. Sí, debió ser de risa. Si a eso se le añade la bronca descomunal que le armó Alexia... ¡Happy fin de domingo, Lolito! Al parecer, el novio de Alexia tampoco se había quedado corto con los insultos. Qué bochorno, madre del amor hermoso.

Como dice mi madre, entre cielo y tierra no hay nada oculto. Mi desliz aquella noche con Juan había saltado rápidamente por los aires gracias al bocazas de Lolo. Tengo que reconocer que para mí también fue un cortazo horrible sentirme descubierta ante los ojos de Bony, pero en vista de lo ocurrido... ¡bendito corte!

Cierto que tarde o temprano aquel capullo hubiera dado la cara, pero mucho mejor así; prontito. De haber continuado más tiempo con él, ¿quién sabe? Lo mismo Juan hubiera conocido a otra en el impás.

Hubiera sido una pena, porque fue empezar con él una relación y darme cuenta enseguida que ese hombre con fama de donjuán sí que merecía la pena. Pero de verdad, nada de tonterías...

## Epílogo



*5 años después...*

Lo de los “8 apellidos vascos” lo dejaba yo en pañales. Llegar a Triana, el barrio de Juan, en coche de caballos fue un acontecimiento digno de filmar. Y por supuesto que fue filmado, anda que pocas veces lo hemos visto mi amorcito y yo desde entonces.

Aquella increíble mañana de primavera, Sevilla se engalanó para recibir a los novios, a mi Juan y a mí. El tiempo fue el primero que quiso felicitarnos, y lo hizo con una increíble luminosidad que volvió a recordarnos que la luz de Sevilla no tenía parangón.

Desde que dos años antes, en aquel increíble viaje a Jamaica con el que Juan me sorprendió por mi cumpleaños, me pidió matrimonio a ritmo de reggae, yo sabía que la nuestra iba a ser una boda especial.

En principio la habíamos proyectado para el año siguiente, pero un inesperado acontecimiento hizo que cambiáramos de planes; tanta efusividad le pusimos al asunto que, donde fuimos dos, volvimos tres.

Sí, llevábamos un mes de vuelta en Madrid, cuando una fatiguita vespertina dio la voz de alarma; un Predictor terminó por confirmarme la noticia que, pese a lo inesperada, acogí con gran júbilo.

Ocho meses después llegó al mundo Jairo, un rollizo bebé con la misma sonrisa que su padre, para hacer nuestras delicias.

En ese momento decidimos que sería nuestro niño el que nos llevara las alianzas, bajo la atenta mirada de su tía Ani, que lo llevaba de la mano. De la mano y con andares de pato, pues su añito de edad apenas le permitía andar derechito.

¿Qué decir de nuestro Jairo? Pues que ese nos tenía locos, pero locos, locos... Y no solo de contentos, sino de atar, porque nuestro niño era un culillo de mal asiento con el que no nos faltaba diversión. Además, había heredado la inteligencia de su papi, por lo que ese sabía más que Briján.

Hablando de su padre, Juan había ascendido en aquella empresa en la que confiaron en él tan pronto tuvo el título, por lo que ya era jefe de equipo. A mí tampoco me había ido nada mal y trabajaba en lo mío, aunque aquel último año lo había hecho desde casa, con la idea de poder simultanear mi puesto con el cuidado del peque.

Cuando hablo de casa, me refiero al ático que Juan y yo nos habíamos comprado sobre plano y que guardaba ciertas semejanzas con el de cierto ser que pasó a ser totalmente innombrable en nuestras vidas. Incluso su amigo Nacho, cuando supo cuál era su verdadera catadura moral, le dio la espalda por completo.

Nacho y Alexia se habían casado también hacía un año y los cuatro congeniábamos a la perfección. Ellos todavía no tenían niños y, de vez en cuando, se hacían cargo de nuestro peque para que Juan y yo pudiéramos salir a cenar o al cine.

En esa línea, también la familia de Juan nos echaba un buen cable, pues el niño era el primer nieto y estaban todos con él como Mateo con la guitarra. Dicho esto, se comprende que no nos podíamos quejar en absoluto, pues eran muchos los ojos que estaban puestos en nuestro niño.

Mis padres también venían cada dos por tres a vernos y eso que al principio les costó adaptarse a la idea de que yo me quedaría en Sevilla. En eso no tuvimos duda alguna Juan y yo, ya que, desde la primera vez que la pisé, me quedé prendada de la ciudad.

Casarnos allí se planteó como la mejor de las opciones, pues era el lugar en el que teníamos nuestra vida y que había visto nacer a ese otro sevillanito que, junto con su papá, me hacía perder

el norte y el sur, el este y el oeste...

Jairo se había levantado diciendo aquello de “aquí estoy yo” y es que ese tenía más peligro que un mono con dos pistolas. La anécdota de la mañana, que seguro que no sería la única que protagonizara durante el día, fue aquella en la que mi hermana lo cogió al vuelo cuando, subido en la cama de matrimonio, sacó un rotulador rojo y a punto estuvo de hacer una auténtica escabechina con la cola de mi vestido.

Si no llega a ser porque Ani saltó sobre él como un velociraptor, mi vestido no habría tenido nada que envidiarle a aquel pintado que luciera Angelina Jolie en su boda con Brad Pitt.

Y es que mi Jairo era mucho Jairo y allí lo estaba demostrando, en pleno altar, cuando de la mano de su tata demostraba un arte sin par al son de aquellas sevillanas que Alexia nos estaba cantando, como regalo de boda.

Hasta yo, que era más sosa que un pan sin sal, me había aficionado a ese alegre baile desde que vivía con Juan, que derrochaba arte por los cuatro costados cada vez que llegaba la ocasión de bailarlas.

Alexia, mi amiga del alma, esa que se había convertido en mi confidente desde que nos reencontramos, dejaba rodar por su mejilla una lagrimilla. Lo suyo era muy grande porque también cayó en la capital hispalense un día por casualidad y era más sevillana que muchos de los que exhibían en su carné un nacimiento en aquella maravillosa ciudad.

Del brazo de mi padre, que no cabía en sí de gozo, llegué hasta Juan, quien apretó mi mano tan fuerte que a punto estuvo de lograr que yo diera un gritito.

Mi cara, a modo de riña, diciéndole que por Dios no fuera tan efusivo, quedó también grabada para la posteridad. Esa, y la de risita de mi niño, a quien le hice un gestito indicándole que se comportara o que se las vería conmigo al salir.

No hizo falta que saliéramos, eso sí, para que la liara el mico, porque fue verme y venir como

alma que lleva el diablo a sentarse encima de mi cola. Mientras, el delicado cojincillo con las alianzas voló por encima de su cabeza y mi hermana Ani lo pilló al vuelo.

—Jairo con mamá—vocalizó alto y claro mientras sentaba su pompis sobre la aludida cola.

—Pero hombre de Dios, tú no puedes estar ahí—le recriminó el sacerdote, quien no debía haberse visto en otra en todos los días de su vida.

—Jairo, levántate, que te lo está diciendo el sacerdote—le indicó su embobado padre, que no podía contener la risa viendo la escena.

—Jairo con mamá—repetía el enano, que adolecía de una mamitis aguda.

La segunda vez que lo dijo, la iglesia entera se dobló de la risa y el sacerdote concluyó que había cosas contra las que era mejor no luchar. Y aquella resultó ser una de ellas.

Con mi prometido a un lado y mi niño sentado en la cola del vestido, entoné, a petición del sacerdote, un “sí, quiero” que llamó la atención de todos los presentes.

—Anda que te iban a quitar el novio anteayer—me comentaba Alexia a la salida.

Mi felicidad era completa, pues no faltaba aquel día ninguna de las personas que tanta importancia tenían en mi vida.

Elvira y Ricky, para entonces, no eran solo mis amigos, sino también mis socios en la empresa de Publicidad que juntos habíamos creado cuando acabamos el máster.

Lo de ser emprendedor suena muy bonito, pero al principio nos costó Dios y ayuda tirar para adelante. En mi caso, menos mal que tuve a Juan, pues en más de ocasión estuve a punto de tirar la toalla. Con el paso de los años, agradecí al cielo no haberlo hecho porque por fin nuestra empresa comenzaba a dar pasos firmes y ya habíamos devuelto el crédito que entre los tres pedimos al

banco para poner el negocio en marcha.

Tampoco faltaron a mi enlace mis amigos Laura y Jose, esos de toda la vida que miraban con cierto recelo a la niñata de mi prima Conchi, que era la única que estaba de rebote, pero a la que no quise hacer el feo de no invitar. Tan contenta estaba que no pensaba echarle ni la más mínima cuenta.

—Ole las sobrinas bonitas. —Mi tío Román estaba pletórico y, con ese gracejo tan suyo, le dijo a Juan que, o se portaba con su sobrina como era debido, o él mismo se encargaba de cortarle las orejas y el rabo...

—El rabo no me lo toques tío, que será cuestión de darle al niño al menos un hermanito, a ver si se apacigua—le contesté yo, encantada como estaba con la bonita familia que habíamos creado.

Tampoco faltaron al enlace el estirado de David, que ese seguía en su línea, ni Fede con aquel tic suyo, que ese sí que no se apaciguaba. Aunque la sorpresa del enlace vino de la mano del tímido de Javi, que aquel día sacó agallas de donde no las tenía para invitar a bailar a mi hermana Ani.

El caso es que ella ya le había echado el ojo días antes, en la despedida de solteros conjunta que Juan y yo habíamos organizado, por lo que salió a darlo todo en la pista con él. A Javi no lo habíamos visto bailar en la vida, y resulta que el tío tenía talento, por lo que pronto todos les hicimos un corrillo para jalearlos. Y no, por primera vez en su vida, su cara no se asemejó al color del tomate, sino que se vino arriba que era cosa fina.

De madrugada, después de un increíble puñado de horas de celebración y de que mis padres se hubieran llevado a Jairo, quedamos solos los más jóvenes. Aquello se prolongó hasta casi el amanecer, cuando con demasiadas copas encima, y la vergüenza muy lejos de nosotros, la mayoría acabamos en la piscina cantando por Paquito el chocolatero.

Fue nuevamente Alexia quien tomó la delantera mientras su marido, borracho como una cuba, la acompañaba. Aquella pareja también era la viva imagen de la felicidad, lo mismo que Juan y una servidora.

Mientras nos dábamos tan refrescante chapuzón, pensé en que no podía haber caído en un lugar mejor años atrás cuando llegué a Sevilla. En aquel piso de estudiantes me reencontré con la que se convertiría en mi mejor amiga y conocí al amor de mi vida.

Del único del que no volvimos a saber, como no podría ser de otra manera, fue de “el cenizo”. En el fondo, por mucho que en su día se fuera de la lengua, yo no le guardaba ningún rencor a aquel chaval. Al fin y al cabo, gracias a su gesto pude saber quién era de verdad el innombrable, algo que me permitió tener la vida que siempre deseé.

Por cierto, que ese innombrable, que pensó que se iba a ir de rositas porque ni Patricia ni yo presentamos ningún parte médico, terminó con una pequeña condena gracias a una serie de wasaps que intercambié con ella en la última etapa de su noviazgo y que daban a entender la pasta de la que estaba hecho.

Después de aquello cogió el pescante, pues con lo narcisista que era, no puedo aguantar la presión de que todos le señalaran con el dedo en Sevilla. A cambio, la que sí volvió fue Patricia, que también estaba en la boda y que ahora se preciaba de ser una de mis mejores amigas. Vivir para ver.

Chorreando agua llegamos aquella noche a nuestro nidito de amor, la suite del señorial hotel sevillano en la que compartimos junto a nuestros seres queridos la celebración de aquel día tan especial; en el que Juan y yo nos convertimos en marido y mujer.